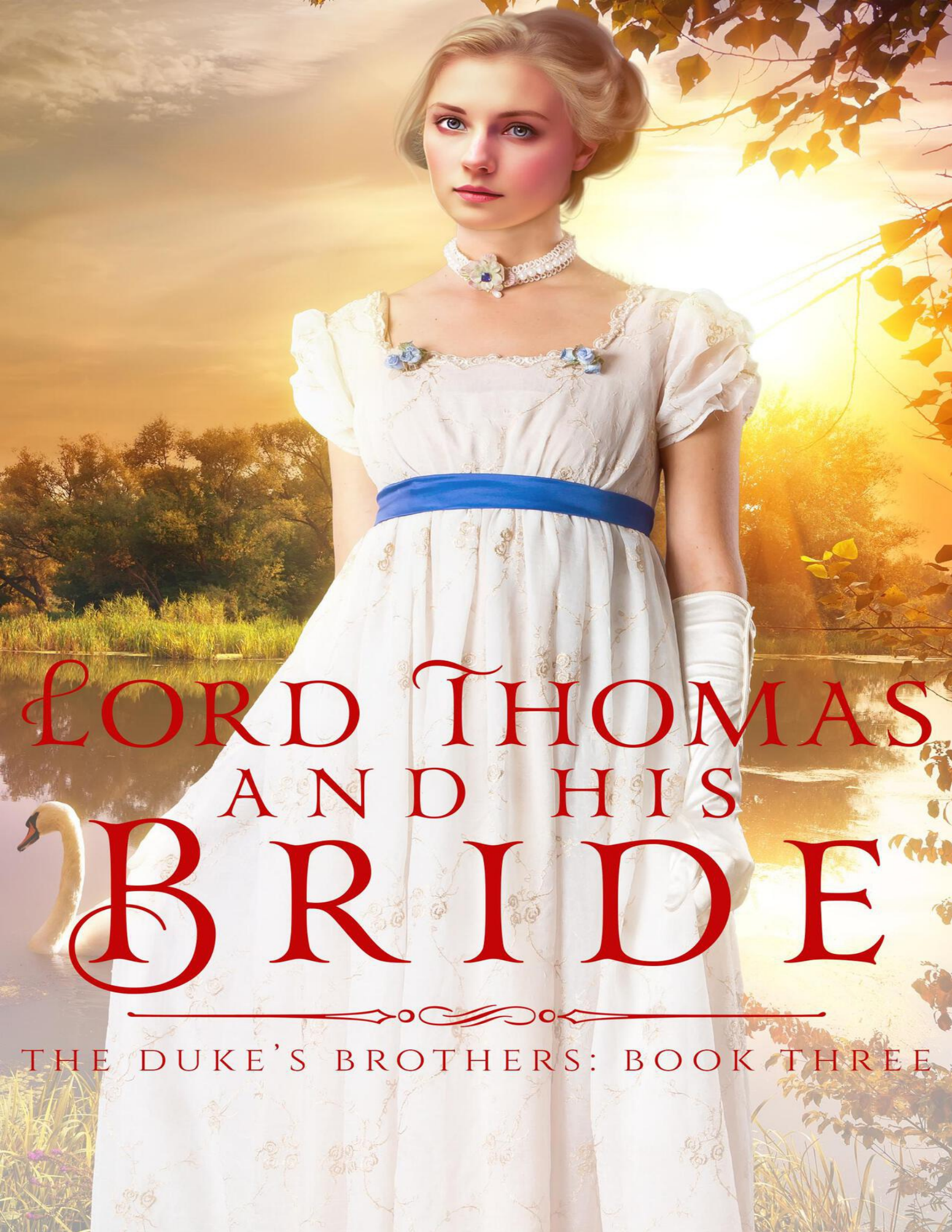




LORD THOMAS
AND HIS
BRIDE

THE DUKE'S BROTHERS: BOOK THREE

Lord Thomas y su esposa

Fiona Miers

Published by Harley Romance Publishing, 2024.

Table of Contents

[Title Page](#)

[Capítulo Primero](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tercero](#)

[Capítulo Cuarto](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo Primero](#)



Capítulo Primero

El sol apenas se había levantado por encima del horizonte y un resplandor rosado del amanecer todavía estaba presente en el cielo despejado de junio. Para Thomas Melton, era el momento ideal. Su momento favorito del día. La marea estaba baja, por lo que el agua estaba en calma, y era la oportunidad perfecta para escalar a través de las formaciones rocosas en la parte inferior de los acantilados. Las rocas expuestas eran fáciles de navegar y había pequeños charcos de agua esparcidos alrededor.

Como el más joven de los hermanos Melton, Thomas siempre había ocultado sus intereses a sus hermanos. Creía que sus hermanos encontrarían sus ocupaciones... inusuales.

A pesar de ser extrovertido y amigable, disfrutaba del tiempo a solas, especialmente cuando se trataba de rocas. Poseía un amor por todo lo antiguo en términos de naturaleza, particularmente lo relacionado con fósiles y conchas.

Había coleccionado muchas conchas y especímenes marinos fosilizados durante su vida y tenía una extensa colección en su casa de Poole. Tuvo su propia pequeña exposición en el Museo de Historia Natural de Bournemouth, donde se exhibieron sus descubrimientos. Por supuesto, visitaba el museo de vez en cuando, añadiendo piezas a la colección si el curador lo solicitaba.

Había pasado la mayor parte de su juventud incursionando en la búsqueda de fósiles, y estaba orgulloso de lo que había logrado. A diferencia de su hermano mayor, Robert, que era abogado en Londres, Thomas no tenía una profesión a tiempo completo. Pero disfrutaba de las excursiones al campo, a la playa y a las montañas del norte.

De vez en cuando disfrutaba de un evento formal con baile, así como del teatro. Combates de boxeo y juegos de cartas. Era muy bueno leyendo a la gente, lo que lo convertía en un excelente jugador de cartas.

Thomas mantenía su estilo de vida, así como su casa adosada en Poole, gracias a una generosa asignación de su hermano mayor, Charles, quien alentó a Thomas a seguir sus sueños. A veces, Thomas creía que Charles vivía indirectamente a través de sus aventuras.

Charles se había casado joven con una mujer encantadora, Emma. Pero el matrimonio había sido arreglado, y no estaba exento de problemas.

Era cercano a sus hermanos y por lo general pasaba toda la temporada baja en Weymouth.

El cielo a su alrededor comenzó a teñirse de un azul brillante. La mañana había llegado oficialmente, pero él seguía siendo la única persona en la playa, que era lo que prefería. La caza de fósiles y conchas era un interés personal, una actividad solitaria.

Una vez había invitado a sus hermanos, pero no le había ido bien. No había sido su mejor momento, ni el de sus hermanos. Robert se había quejado toda la mañana de la agudeza de las rocas bajo sus delicados pies. James había estado sufriendo un dolor de cabeza por los excesos de la noche anterior. Y Charles le había recordado constantemente a Thomas su disgusto por la excursión.

Por mucho que le gustaran sus hermanos, nunca les había pedido que se unieran a él de

nuevo.

La textura de la piedra caliza bajo sus pies era acogedora y mantuvo la mirada baja, moviéndose lentamente a lo largo de las rocas. Por primera vez desde que había llegado a Weymouth este año, se sentía en paz. A pesar de estar aquí solo unos días, las cosas no eran tan alegres como lo eran normalmente.

Este año todo era diferente.

Emma había dado a luz a otra niña, y parecía que ella y Charles habían superado su pelea de tres años. Parecían más felices y más contentos el uno con el otro, aunque eso puede haber sido simplemente el efecto de tener un nuevo bebé en su hogar.

Aunque no podía imaginar que tener otro hijo haría las cosas más fáciles y mejores. Según sus observaciones, los bebés requerían trabajo. Pero por el momento, todos parecían contentos.

James ahora estaba casado con Abigail, quien esperaba su primer hijo a finales de año. De todos sus hermanos, Tomás había imaginado que James nunca se casaría. Siempre había disfrutado de su libertad y se ocupaba de sus problemas de manera independiente.

Robert era a la vez un esposo enamorado de Julia y el padre cariñoso de su bebé recién nacido. Residían en Londres, en la casa de Robert, pero se esforzaban regularmente por visitar Weymouth, así como Cornualles, donde ahora vivían la madre y el padre de Julia. Thomas no estaba seguro de los detalles sobre la madre de Julia, pero le dijeron que había estado enferma.

Aunque sus hermanos ahora tenían sus propias esposas y familias, todavía tenían como prioridad visitar la finca durante la temporada baja, como lo habían hecho todos los años.

Finlay Hall no había estado tan animado desde que los cuatro hermanos residieron allí en su juventud. Eran recuerdos agradables, pero esos días habían quedado atrás. Ahora eran adultos y todos llevaban vidas diferentes. Vidas adultas, con responsabilidades.

Todos, excepto Thomas.

Por supuesto, Charles había dejado claro en más de una ocasión que esperaba que Thomas encontrara una esposa adecuada y se estableciera. Pero tales responsabilidades no figuraban en su plan. Todavía disfrutaba mucho de su libertad, a pesar de su amor y adoración por las esposas e hijos de sus hermanos.

En la actualidad, todo lo que Thomas creía que podía ofrecer era ser un tío para sus sobrinas y sobrinos, y un hermano amoroso para sus hermanos y sus esposas. Convertirse en esposo y padre le parecía demasiado extravagante.

Thomas se burló con desaprobación de las palabras de su hermano que resonaban en su cabeza y trató de concentrarse en su tarea actual. Al mirar hacia abajo, notó algo que no había visto antes. Sus ojos se abrieron de par en par y no podía creer lo que miraba. Sabía que las playas de Weymouth eran un tesoro en términos de conchas y fósiles, pero no esperaba encontrar uno tan valioso.

¿Puede ser? ¿Un fósil? ¿Un fósil bellamente conservado?

La emoción se apoderó de él mientras se agachaba para descender entre las grietas de la roca. Pudo ver el contorno de un raro fósil de caballito de mar, perfectamente conservado. Sonrió mientras se deslizaba por el borde de la roca, más cerca de la grieta donde yacía el fósil. Cuando se agachó, su pie resbaló y tropezó hacia adelante, jadeando mientras el dolor le recorría la pierna. Se agarró de la pernera del pantalón y dejó al descubierto su extremidad.

Desgarrado y sangrando. Maldita sea.

El filo de la roca había hecho un excelente trabajo al cortar un desgarró dentado en su carne. Thomas hizo una mueca, gimiendo de dolor, pero después de un momento extendió la mano y agarró el pequeño fósil que había querido. No había forma de que no lo aceptara después de lo

que había soportado para llegar a él. Deslizó el fósil en su bolso, que estaba especialmente reforzado con compartimentos para mantener sus tesoros a salvo, y luego se puso de pie.

Fue extremadamente difícil volver a la playa, y cuando llegó a la arena lisa, sus calzones color canela estaban empapados de sangre y apenas podía poner peso sobre su pierna herida. Rápidamente se quitó la camisa y la envolvió alrededor de la herida para detener la hemorragia. Recordó que la casa del médico local estaba muy cerca y que simplemente tenía que caminar una corta distancia para llegar a ella.

Con suerte, el hombre estaría en casa.



Capítulo Dos

Rebecca Morton desayunaba tranquilamente y miró a su padre, sentado frente a ella en la mesa del comedor. Su atención fue captada por el grueso diario médico que yacía junto a su té y tostadas. Se preguntó qué tenía en mente. Tendía a referirse a ese libro en particular cuando tenía casos que eran desconcertantes o inusualmente difíciles.

A la mayoría de la gente le parecería inapropiado que llevara algo tan gráfico y detallado a la mesa del desayuno, pero Rebecca estaba acostumbrada. Lo había hecho toda su vida.

Su padre había sido médico desde antes de que ella naciera y continuaba ejerciendo hasta el día de hoy. No podía imaginar que su padre fuera otra cosa. Le gustaba demasiado ser médico como para renunciar voluntariamente.

Le fascinaban las historias de la ocupación de su padre y disfrutaba cuando él le contaba historias de lo que había visto y de las dolencias que había tratado. Tanto es así, que tras el fallecimiento de su madre hace cinco años, no solo asumió el papel de la señora de la casa, sino que también ayudó a su padre con sus pacientes.

"¿Hay algo interesante en tu diario hoy, Padre?" preguntó.

"Siempre," respondió con un guiño. "Sin embargo, nada que no te haya contado antes."

"¿Y qué pasa con la condición de la Sra. Roth? ¿Ha mejorado?"

"De hecho. Nadar en el océano realmente hace maravillas tanto para el cuerpo como para la mente," dijo su padre. "Su hija está embarazada, me dice."

"¿De veras? Esa es una maravillosa noticia," dijo Rebecca con una sonrisa. "¿Está casada con Lord James Melton, es eso correcto?"

"Así es."

Rebecca asintió y bebió su té en silencio.

De repente, un fuerte golpeteo sonó en la puerta principal, y su mano se estremeció, haciendo que su taza chocara contra el platillo. Tal martilleo generalmente significaba solo una cosa. Había una emergencia, alguien necesitaba asistencia médica urgente.

"Iré," dijo y se levantó de la mesa.

Mientras caminaba hacia el vestíbulo, notó que su mayordomo ya había abierto la puerta y se detuvo bruscamente en su camino. En la entrada había un hombre increíblemente apuesto, sin camisa. Se apoyaba contra el marco de la puerta y Rebecca notó de inmediato su pierna ensangrentada, envuelta en lo que parecía ser una camisa.

"Dios mío," dijo con un suspiro.

"Pido disculpas por ser una molestia, señorita, pero ¿el doctor está en casa?" preguntó el joven, con el rostro pálido.

Era evidente que había perdido mucha sangre y necesitaba atención médica urgentemente.

"De hecho, sí está," dijo y se volvió hacia el mayordomo. "Christopher, por favor, ayuda al caballero a la sala de espera. Yo iré a buscar al doctor."

"Gracias," dijo el joven mientras Christopher lo guiaba hacia la sala de espera.

Rebecca exhaló lentamente, recuperando su compostura, y regresó a la cocina. "Padre, hay un joven herido, sangrando profusamente de la pierna. Parece muy pálido en el rostro, y sospecho que ya ha perdido una gran cantidad de sangre."

"Entonces no debemos demorarnos," dijo su padre y se levantó rápidamente de la mesa.

Rebecca siguió apresuradamente a su padre, siguiéndolo hasta su sala de examen y preparando la habitación para el paciente. Su apuesto rostro aún rondaba en sus pensamientos, y se reprendió por ser tonta. Debía mantenerse enfocada y comportarse tan profesionalmente como su padre.

Una vez que la habitación estuvo lista, Rebecca salió afuera y miró al joven en la sala de espera.

"El doctor está listo para verlo," dijo, y se acercó a él.

Lo ayudó a ponerse en posición vertical y lo llevó a la sala de examen.

"Lo voy a recostar en la cama de paciente ahora," dijo al joven.

"Eso es bastante rápido. Ni siquiera me ha dicho su nombre aún," dijo el joven con una sonrisa en el rostro. Claramente estaba tratando de coquetear, pero el gesto de dolor directamente después hizo que sus labios se fruncieran en lugar de sonreír cortésmente en respuesta.

No estaba en posición de coquetear en ese momento. Lo ayudó a acostarse en la cama del paciente. Se recostó sobre la suave almohada acolchada con un pequeño suspiro.

Sus cálidos ojos marrones brillaban en la habitación iluminada por el sol y, a pesar del dolor que debía sentir, las esquinas de sus labios se curvaron en otra sonrisa. "O tal vez los ángeles no tienen nombres, solo rostros hermosos."

Rebecca resistió la tentación de rodar los ojos, pero solo por poco. "Su lesión lo ha vuelto delirante, parece," dijo, ligeramente divertida por el hombre, pero sin desear que él lo supiera.

"Tal vez, pero no ha afectado mi vista."

Las mejillas de Rebecca se calentaron y bajó la mirada, sin saber cómo responder.

Para su alivio, su padre entró en la habitación en ese momento y se acercó a la cama con su habitual aire sensato. "Buenos días. Soy el doctor Morton."

"Un placer, doctor," dijo el joven. "Tomás Melton."

"Ah, el hermano menor de Su Gracia," dijo su padre. "¿Y qué lo trae a mis habitaciones tan temprano por la mañana? Una lesión, obviamente, pero cuénteme los detalles."

"Estaba escalando las rocas calizas al pie de los acantilados y me resbalé, lesionándome la pierna con un borde afilado de roca. Para detener la hemorragia, me até la camisa."

"Eso fue sin duda lo más inteligente", dijo el médico. "Permítame inspeccionarlo."

El señor asintió y miró brevemente a Rebecca, como si no estuviera seguro de su papel allí. Permaneció al lado de su padre, mirando solo de vez en cuando al joven señor. Ella no quería mirarlo descaradamente, aunque él no dejó de mirarla.



Capítulo Tercero

Rebecca lo encontró extrañamente halagador hasta que el sirviente de su padre llamó y entró a la habitación. “Doctor, disculpe la intrusión, pero es el Sr. Everly. Lo necesita con bastante urgencia.”

Su padre la miró, comunicando su preocupación con la mirada en sus ojos.

Ella le dio un pequeño asentimiento.

“Debo ir a verlo,” dijo su padre. “La herida del Lord Melton no pone en peligro su vida. ¿Podrías limpiarla y suturarla, por favor, Rebecca?”

Normalmente, a Rebecca no le importaría ayudar a su padre de esa manera, y había sido entrenada como su asistente durante años. Pero la mirada de Thomas la hizo sentir nerviosa. Sin embargo, dado que su padre necesitaba su ayuda, se la daría.

“Por supuesto, Doctor Morton,” dijo, y su padre salió de la habitación.

Rebecca procedió a quitar la camisa de Thomas de alrededor de su pierna, revelando una gran herida en la carne. Ciertamente no era el peor corte que había visto, pero aun así había un flujo constante de sangre. Detuvo la hemorragia y limpió la herida con trapos de algodón enjuagados en agua hervida, sintiendo mucha pena por el apuesto joven que gimió y se quejó cada vez que lo hacía.

Le ofreció un poco de whisky antes de suturar la pierna, pero él declinó. En cambio, sus manos se aferraron a los barrotes de la cama mientras ella trabajaba en su pierna usando la aguja curva. Sabía que, si no lo distraía de alguna manera, se enfocaría demasiado en el dolor. No deseaba eso para él, ni para nadie en realidad.

Necesitaba hablar con él sobre algo, cualquier cosa, pero su mente estaba confundida.

“Su hermano es el Duque de Waign,” comentó.

“De hecho lo es.” Su voz estaba ligeramente entrecortada. “¿Y usted es?”

Rebecca bajó la mirada mientras insertaba la aguja, esperando cada vez que lo hacía que él gritara de dolor, pero sus ojos estaban intensamente enfocados en ella. Su mirada se encontró con la suya y ella sonrió.

“Mi nombre es Rebecca.”

“Un placer conocerla, Rebecca. Aunque desearía que fuera bajo circunstancias más agradables.”

De hecho. El mayor de los placeres. Excepto, sin duda, por la gran aguja entrando y saliendo de su pierna.



Capítulo Cuarto

Rebbecca. *Un hermoso nombre para una hermosa joven.*

Thomas no esperaba conocer a alguien tan cautivadora como ella, y mucho menos bajo estas circunstancias. A pesar de estar sintiendo mucho dolor, especialmente mientras la aguja afilada se sumergía y salía de su pierna, se concentró en los labios de color rosa claro de la enfermera, que estaban juntos mientras ella cosía su herida. Afortunadamente, el dolor se convirtió en un ruido de fondo.

Sus ojos azules estaban fijos en la herida de su pierna, y su cabello rubio brillaba por los rayos de luz en la habitación.

Nunca había visto a una mujer joven tan bonita asistiendo a un médico y se sintió extrañamente aliviado al observar que no llevaba un anillo de bodas. Además, tenía un parecido sorprendente con el Doctor Morton. ¿Quizás era su hija?

“¿Puedo hacerle una pregunta?” preguntó ella.

Él miró hacia abajo a su pierna y notó la fila ordenada de suturas manteniendo cerrada su herida. Estaba impresionado.

“Por supuesto,” dijo él.

“¿Qué estaba haciendo al pie de los acantilados a esta hora de la mañana?”

“Estaba buscando algo.”

“¿Qué estaba buscando?”

“Conchas y fósiles. Soy un cazador de fósiles.”

“¿Un cazador de fósiles? ¿Por profesión?” preguntó ella.

Thomas frunció el ceño al darse cuenta de que no era algo familiar para ella. No se sintió ofendido, por supuesto. Muchas personas con las que había hablado no sabían de qué se trataba.

Sin embargo, había muchas personas que cazaban fósiles.

“Más por pasión que por profesión,” explicó él. “Visito las rocas de caliza en busca de fósiles y conchas raras para añadir a mi colección.”

“¿Esto es algo que hace a menudo?” preguntó ella, envolviendo la herida con una venda limpia. “¿Visitar los acantilados?”

“Es la primera vez este verano, pero necesitaba tiempo a solas,” dijo él, sin realmente querer compartir esa información. No estaba seguro de por qué salió de repente.

Ella lo miró y frunció el ceño. “¿Y por qué es eso?”

“Si conociera a mis hermanos, lo entendería,” dijo él con una sonrisa. “No compartimos los mismos intereses, y aunque adoro a sus esposas y sus hijos, a veces se necesita soledad.”

La mayoría de las personas no encontrarían nada malo en estar rodeadas por el caos de la vida con los Meltons. Y por supuesto, a Thomas también le encantaba ese caos. Pero incluso él necesitaba un breve descanso de vez en cuando.

“Entiendo. Los entornos ruidosos y animados también cortan mi paz,” dijo ella.

Thomas asintió y la estudió durante unos momentos. La suavidad y la comprensión en sus

ojos la hacían parecer aún más hermosa que antes.

“Aquí parece tan tranquilo y pacífico,” dijo él y señaló a su alrededor.

“Aún es muy temprano. Algunos días puede volverse muy ocupado y ruidoso aquí, así que entiendo esa necesidad de vez en cuando de alejarse de todo. Ayuda.”

“De hecho, lo hace.”

“¿Encontró algún... fósil?” preguntó ella.

“De hecho, sí,” dijo él, y tomó la cartera que estaba en la cama junto a él. Abrió el compartimento lateral y reveló el pequeño y delicado caballito de mar. “Encontré esto.”

Rebecca terminó de asegurar una venda sobre su herida y colocó los materiales sobrantes en la mesa detrás de ella. Cuando se volvió hacia Thomas, sus ojos se abrieron de par en par y sus labios se separaron.

“Oh, ¡es encantador! ¿Es un caballito de mar?” preguntó.

“Sí. Esta es una especie de caballito de mar muy rara. Dudo que aún exista en la naturaleza.”

“¿Es tan interesante! ¿Puedo?” preguntó ella y extendió ambas manos hacia él. “Seré cuidadosa.”

Él vaciló, pero solo por un momento. “Por supuesto.”

Colocó con cautela el fósil en su mano, sus dedos tocando ligeramente las palmas de ella.

“Es tan hermoso,” susurró ella, acercando el fósil a su rostro para inspeccionarlo correctamente. “Nunca he visto algo así. ¿Cómo sucede esto?”

“Lo más probable es que el caballito de mar muriera y fuera enterrado en la arena y el lodo. Todo menos los huesos y las conchas se descompusieron y el sedimento alrededor de la planta, o en este caso, del caballito de mar, se endureció a piedra y se preservó perfectamente.”

Ella lo miró con ojos curiosos y abiertos, “¿Cómo sabe todo esto?”

“Mi padre tenía varios libros sobre el tema. Mi abuelo y yo compartimos el mismo interés.”

Ella sonrió, mirando de nuevo al caballito de mar. “El mundo es un lugar maravilloso, lleno de tesoros. Veo su belleza casi todos los días, trabajando con mi padre.”

“¿El Doctor Morton es su padre?”

“Así es. He estado asistiendo con pacientes desde mi...” Su voz se apagó y bajó la mirada. “Mis disculpas. No debería estar revelando información sobre mí misma con usted.”

Ella devolvió el fósil a Thomas y se apartó.

Él lo colocó de nuevo en su cartera y la miró, sintiéndose extrañamente incómodo de repente. Probablemente se había quedado demasiado tiempo. “Debería irme.”

“No creo que sea una buena idea. Debería descansar aquí un poco, hasta que su cuerpo se haya recuperado del shock de la lesión y la reparación.”

Thomas se deslizó de la cama y trató de ponerse de pie, seguro de que podría arreglárselas solo. Claramente, se equivocaba. No esperaba que su pierna estuviera tan sensible como lo estaba, y su rodilla se dobló cuando intentó poner peso sobre ella. Un grito salió de su garganta mientras agarraba la cama para evitar caer al suelo.

Rebecca estaba a su lado de inmediato. “¿En qué estaba pensando? Su pierna está lesionada. No puede ponerse de pie de inmediato.”

Thomas no pudo evitar la repentina urgencia de reír. Ella se veía tan preocupada por él. “Mis disculpas. No deseo ocupar más de su tiempo.”

“¡No sea ridículo! Está bajo el cuidado de mi padre y de mí, y no puedo permitirle que esté en dolor. Enviaré un mensaje a la residencia de Su Gracia para que envíen a alguien a recogerlo aquí.”

Él intentó detenerla. Odiaba ser una molestia para su familia. Especialmente para sus

hermanos. “Eso no es necesario. Puedo arreglármelas por mi cuenta...”

“¡No! No voy a escucharlo discutir conmigo, Señor Melton. ¿O debería dirigirme a usted como mi señor?” preguntó ella.

“Por favor llámeme Thomas. No hay necesidad de tanta formalidad,” le dijo.

Una sonrisa se formó en sus labios a pesar del dolor palpitante en su pierna. La joven lo había reprendido. Le gustó su valentía al hacerlo. No muchas damas que había conocido harían tal cosa a un hermano de un duque.

Apreció su insistencia porque mostraba que realmente se preocupaba por su bienestar.

“Muy bien, Thomas,” dijo ella con un asentimiento. “Enviaré a nuestro sirviente a la residencia de Su Gracia...”

“Finlay Hall,” interrumpió Thomas mientras se reposicionaba en la cama del paciente.

“Regresaré enseguida. Por favor, luche contra la tentación de levantarse solo de nuevo, ya que seguramente se caerá. Y entonces, ¿quién sabe?, es posible que necesite aún más suturas.”

“Al menos sé que estará aquí para ayudar cuando eso suceda,” dijo Thomas con una sonrisa.

Rebecca frunció los labios por un momento y finalmente suspiró. “Por favor, no haga nada tonto hasta que regrese.”

“La esperaré antes de ser tonto,” dijo él. No quería que el doctor lo atendiera si se volvía a lesionar. Su hermosa enfermera había demostrado ser más que competente en suturas.

Rebecca lo estudió por un momento, con sus ojos fríos y evaluativos, antes de apartarse y salir de la habitación.

Él podría haber jurado que ella casi esbozó una sonrisa.

Thomas sonrió de nuevo y miró su pierna, perfectamente envuelta en una venda limpia. ¿Quizás su accidente y desgracia lo habían llevado al Doctor Morton y a la encantadora Rebecca por una razón?

Quizás era la forma de la naturaleza de guiarlo en la dirección correcta. O tal vez simplemente era una señal de que era hora de dejar las cosas del pasado en el pasado y concentrarse en el futuro.



Capítulo Cinco

Rebecca se apresuró al vestíbulo cuando el golpeteo urgente resonó por el pasillo. ¿Dónde estaba Christopher, el sirviente que normalmente atendía la puerta?

Afortunadamente, no estaba ocupada con un paciente. Había estado acompañando al apuesto Thomas mientras ayudaba intermitentemente a su padre con otros pacientes. No esperaba que el día fuera tan ocupado y animado como estaba resultando.

Thomas no solo era guapo, sino también agradable compañía, y la forma en que sus ojos brillaban mientras hablaba de la caza de fósiles era un espectáculo encantador. Tenía tanta pasión y energía. Realmente estaba cautivada por él.

Nunca había escuchado sobre la caza de fósiles, y la idea misma la intrigaba. Aunque solo había conocido a Thomas hace poco, sinceramente deseaba que la invitara a una excursión así. Sonaba divertido.

Por supuesto, eso nunca sucedería. Era el hermano del Duque de Waign. Era una persona noble e influyente. También una figura notable en el mundo de la caza de fósiles y tenía su propia exposición en un museo en Bournemouth, como él tan humildemente le había contado antes.

No era algo que pensara que sería interesante, pero el fósil de caballito de mar delicado y frágil era hermoso, y si alguien como Thomas quisiera introducirla en su mundo, aprendería felizmente todo lo que pudiera.

El golpeteo continuó y Rebecca abrió la puerta bruscamente. Su mandíbula cayó en shock.

Ante ella se encontraba el Duque de Waign, el hermano mayor de Thomas, luciendo regio e imponente en sus atavíos. Su presencia era impresionante e inesperada.

Cuando Rebecca había ordenado a uno de sus sirvientes más temprano en el día que llamara al duque para organizar el transporte de vuelta a Finlay Hall, no esperaba que el hombre en persona llegara a su casa. Habría pensado que estaría demasiado ocupado como para tomarse el tiempo de recoger a su hermano en persona.

"Su Gracia," dijo ella en voz baja y se inclinó lo más bajo que pudo sin tambalearse. "No esperaba su visita."

"Mi hermano está herido, y vine en cuanto me enteré," respondió el duque. "¿Está bien?"

"Está bien, aunque algo maltrecho. Lo llevaré hasta él," dijo Rebecca, sintiendo cómo su corazón latía un poco más rápido en su pecho.

El duque asintió y Rebecca se volvió para caminar por el pasillo lateral que conducía a la sala de espera. El duque la siguió mientras los pacientes a los que pasaba detenían sus conversaciones por un momento y reconocían al duque con discretos asentimientos de cabeza.

Rebecca abrió la puerta de la sala de tratamiento privada donde esperaba el hermano menor de los Melton y entró. Thomas le sonrió brevemente y ella se apartó para revelar a su hermano.

"Thomas," dijo el duque con voz firme.

Las cejas de Thomas se alzaron. "Charles. No esperaba verte aquí."

“¿Por qué la gente asume automáticamente que no vendría? ¿Todos piensan que tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo? ¿Y la salud de mi hermano menor no es una prioridad para mí?”

Rebecca miró al suelo avergonzada. Seguramente había asumido eso.

“No te pongas histérico, hermano,” dijo Thomas mientras rodaba los ojos y se sentaba derecho en la cama de paciente.

“¿Qué demonios sucedió? Tu pierna está vendada.”

“Caí sobre las rocas de piedra caliza al pie de los acantilados,” dijo Thomas con indiferencia.

“En los acantilados,” repitió el duque, con los ojos centelleando de enojo. Se volvió hacia Rebecca y respiró profundamente. “¿Podría disculparnos un momento, señorita?”

Ella miró al duque, un poco confundida sobre qué decir, pero simplemente asintió. “Por supuesto. Mis más sinceras disculpas.”

“No hay necesidad de ser grosero, Charles. Rebecca hizo un buen trabajo limpiando mi herida, suturándola y vendándola,” dijo Thomas, defendiéndola.

Rebecca sonrió a Thomas, agradecida por tener un amigo en este extraño momento.

“No dudo de eso ni por un momento,” dijo Charles y se volvió hacia Rebecca. “Gracias por eso, pero aún necesito un momento a solas con mi hermano.”

¿Quién era ella para interponerse en su camino?

“Por supuesto, Su Gracia,” dijo Rebecca asintiendo.

Después de un momento de vacilación, salió apresuradamente de la habitación, cerrando la puerta tras ella. Apoyó la espalda contra el panel de madera y bajó la mirada, escuchando al duque mientras hablaba con Thomas. Su voz era alta y firme, y ella podía escuchar cada palabra, aunque no tuviera la intención de escuchar su conversación.

“¿Qué estabas haciendo cerca de los acantilados? ¿A esa hora de la mañana y solo?” exigió el duque.

“Sabes por qué estaba allí, hermano. Y prefiero hacer mi búsqueda de fósiles solo. ¿Necesito recordarte la última vez que tú y los demás me acompañaron?” dijo Thomas, con tono despreocupado que daba la impresión de que Thomas no estaba afectado por la reprimenda de su hermano mayor.

“Podrías haberte herido gravemente.”

“Posiblemente, pero no lo hice. Afortunadamente, no fue un largo camino de vuelta desde allí hasta aquí.”

“Thomas, tu comportamiento imprudente me causa mucha frustración.”

“¿Por qué, hermano? Estoy perfectamente bien.”

“Las cosas podrían haber sido mucho peores.”

“No lo fueron. Estoy bien,” repitió Thomas, esta vez más fuerte.

“Pero...”

“Charles, por favor. Regañarme no va a cambiar lo que sucedió. Estoy bien.”

“Llamaré a nuestro médico de familia para que te examine...”

“No hay necesidad de eso. El Doctor Morton y su hija, Rebecca, me ayudaron. Mi herida fue limpiada a fondo, suturada. No hay necesidad de cuestionar sus capacidades.”

“Thomas...”

“Por favor, respeta mi decisión.”

Una sonrisa se formó en los labios de Rebecca y se alejó de la puerta, sin desear escuchar más de su conversación. Ya había cruzado suficientemente sus límites.

Mientras se dirigía al área de recepción, se encontró con su padre mientras traía dos

montones de papeles de sus consultorios.

“¿Cómo está Thomas?” preguntó el Dr. Morton.

“Él y el duque están hablando. Solicitaron un momento de privacidad. Pero debería estar bien para regresar a casa,” dijo Rebecca.

“¿Y está experimentando menos dolor?”

“Sí, está mejor.”

“Maravilloso. Pero debemos revisarlo en su hogar cada pocos días para cambiar el apósito de su herida. No queríamos que se infectara,” dijo el Dr. Morton.

“Por supuesto, padre,” dijo Rebecca.

La puerta de la habitación privada se abrió, y Charles y Thomas aparecieron. El primer instinto de Rebecca fue acudir a su lado para ofrecerle su hombro como apoyo.

“No es necesario, señorita Morton,” dijo el duque, como si percibiera su intención. Levantó la mano. “Asistiré a mi hermano.”

“Insisto, Su Gracia. Estoy aquí para los pacientes. Y no es problema alguno,” dijo Rebecca, acercándose a Thomas a pesar de la solicitud del duque.

Una pequeña sonrisa se formó en los labios de Thomas al acercarse ella, y él rodeó su hombro con el brazo. Era más alto que ella, así que encajó perfectamente bajo su brazo como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Rebecca sacudió la cabeza y se regañó por siquiera pensar algo tan absurdo.

“Gracias,” susurró Thomas mientras ella lo acompañaba fuera de la casa y hacia el carruaje que esperaba afuera.

“Su apósito necesita ser cambiado cada pocos días. ¿Hay alguna enfermera en Finlay Hall que pueda ayudar con eso, o necesitarían que mi padre y yo los visitemos en casa?” preguntó Rebecca.

“¿Por qué me negaría el placer de volver a ver su hermoso rostro?” preguntó Thomas.

Sus palabras hicieron que sus mejillas se calentaran y bajara la mirada. “Muy bien. Me aseguraré de que se programen visitas frecuentes.”

“Maravilloso. Espero volver a verla, Rebecca.”

Con la ayuda del duque, Rebecca ayudó a Thomas a subir al carruaje.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, Thomas extendió la mano hacia ella, tomando la suya. El calor de su piel contra la suya la tomó por sorpresa y soltó un pequeño suspiro.

Thomas llevó su mano a sus labios y la besó suavemente en la parte superior.

“Gracias, Rebecca. Estaré siempre en deuda con usted.”

Ella sonrió y liberó su mano de la suya, sintiendo aún el cosquilleo de su contacto.

Se apartó y se sintió extrañamente mareada mientras observaba el carruaje alejarse, el sonido de los cascos de los caballos golpeando el suelo en perfecta sintonía con los latidos de su corazón.



Capítulo Seis

Thomas nunca había sido el tipo de persona que disfrutara de la atención, especialmente no de demasiada gente al mismo tiempo. Por eso se sentía aún más incómodo cuando llegó de vuelta a Finlay Hall.

Por supuesto, sus otros hermanos y sus esposas no tenían ni idea de por qué Charles había salido tan rápidamente cuando llegó un mensajero a la finca.

Así que lo observaron con expresiones de sorpresa y preocupación cuando Thomas salió del carruaje con una pierna vendada y la ropa ensangrentada.

Lo llevaron a sus habitaciones, lo bañaron y le pusieron ropa limpia. Después, las esposas de sus hermanos intentaron desesperadamente hacerlo sentir mejor. Con expresiones llenas de preocupación, lo atendieron, lo alimentaron y se aseguraron de que estuviera cómodo.

Él entendía y apreciaba su preocupación, pero prefería que no se preocuparan tanto por él. Toda la atención lo estaba haciendo sentir cansado y ligeramente nauseabundo. Preferiría mucho más haber tenido el enfoque de la encantadora Rebecca, compartiendo con ella historias de sus aventuras encontrando sus fósiles favoritos.

Thomas finalmente se instaló en un gran sofá en el salón con su pierna ligeramente elevada sobre dos cojines apilados uno encima del otro y una bebida en la mano. La habitación estaba tranquila por ahora, con sus hermanos y sus esposas hablando entre ellos en voz baja, entrando y saliendo del salón en intervalos aleatorios.

Thomas no prestó mucha atención a sus movimientos o su conversación. Estaba demasiado concentrado en reflexionar sobre la encantadora señorita Rebecca Morton. Sus hermosos ojos oscuros, el color de su cabello dorado, la manera en que lo miraba. La ligereza de su toque, su sonrisa. Todo encajaba perfectamente, como un exquisito rompecabezas.

Ella ciertamente había dejado una gran impresión en él.



Capítulo Siete

Tomó un sorbo de su bebida, absorto en sus pensamientos. Nunca en su vida había conocido a una mujer que mostrara tanto interés por los fósiles. Ella le hacía preguntas y realmente lo escuchaba. La mayoría de las mujeres con las que había hablado sobre su interés en tales cosas estaban desinteresadas en el tema, lo encontraban tedioso y aburrido, sin mencionar que era sucio. Pero no Rebecca.

No estaba seguro de si ella simplemente fingía interés para distraerlo de su lesión o si era genuino, pero Thomas esperaba que su curiosidad fuera sincera.

Quizás la próxima vez que la viera, podría invitarla a acompañarlo en una excursión de caza. Al menos así sabría si realmente estaba interesada en su pasatiempo. Sería una buena manera de agradecerle por sus habilidades de costura y amables cuidados.

La risa cómica atrajo su atención de nuevo al salón y sus ojos captaron las miradas de sus hermanos y las mujeres.

Thomas arqueó las cejas expectante, y James se rio. "Él ha vuelto," dijo James.

"¿Perdón?" preguntó Thomas.

"Pensamos que te habíamos perdido por un tiempo, Thomas," dijo Emma con una expresión preocupada en su rostro.

Emma era una belleza clásica, como a menudo Charles describía a su esposa. Su elegancia era incomparable y, a pesar de su juventud, se había convertido en la figura materna de su familia. Estaba llena de sabiduría y consejos sobre cómo navegar por la vida y cualquier situación dada.

Llevaba casi una década casada con Charles, y eso por sí solo merecía una ovación. Charles no era el hombre más fácil para convivir, pero Emma lo hacía con la mayor gracia. Siempre estaba enfocada en el bienestar y la comodidad de su familia, a veces a expensas de la suya propia. Sin embargo, tenía un corazón cariñoso y se habían vuelto muy cercanos con los años.

"Mis disculpas. No escuché una sola palabra de lo que dijeron," dijo Thomas.

"¿Qué demonios ocupó tus pensamientos tan intensamente que no pudiste escuchar a ninguno de nosotros?" preguntó Robert.

"Debe ser algo muy importante," dijo Abigail.

"O tal vez, alguien," dijo Charles.

Los demás miraron a Charles con intriga, luego volvieron su atención a Thomas.

Gracias, hermano.

"¿Has conocido a alguien, Thomas?" preguntó Emma.

Lo había hecho, pero ¿debería compartir esa información tan pronto?

"Todos pensarán que soy un tonto," dijo Thomas.

"Ya lo hacemos, hermanito," dijo James con un tono divertido.

Sus hermanos rieron mientras las mujeres los ignoraban.

"Permítele hablar," dijo Emma y miró a Thomas con aliento, como solía hacerlo. "Cuéntanos,

Thomas."

"A menos que él no quiera, por supuesto," dijo Julia.

Emma asintió y lo miró.

Thomas suspiró. Más vale que se lo cuente. Se enterarían tarde o temprano y tal vez podrían ofrecer algún consejo femenino.

"Se llama Rebecca Morton. Es la hija del Doctor Morton, el médico que vi esta mañana. Ella atendió mis heridas y, de hecho, fue ella quien cosió mi herida."

"Hizo un buen trabajo," dijo Emma.

"Me preguntó qué estaba haciendo en los acantilados, y le conté sobre mi búsqueda de fósiles. A diferencia de todas las mujeres a las que se lo he mencionado en el pasado, ella parecía estar genuinamente interesada."

"¿Sus ojos no se empañaron en absoluto?" preguntó Robert.

"¿Como los tuyos ahora?" preguntó James a Robert con una risita.

"Para nada," dijo Thomas y miró fijamente el vaso en su mano. "Ella hizo muchas preguntas al respecto. Cómo se forman los fósiles, dónde los encuentro. Nadie ha hecho eso."

"Debes volver a verla," anunció Emma.

"¿Lo crees?" preguntó Thomas.

"Si sonaba genuinamente interesada, tal vez podrías llevarla a los acantilados. Cuando tu pierna esté mejor, por supuesto," dijo Emma.

"Estaba pensando exactamente lo mismo," dijo Thomas.

"Tal vez no sea una buena idea," dijo Charles.

"¿Y por qué no?"

"Ella también podría resbalarse y caer," dijo Julia.

"O Thomas podría aburrirla hasta la muerte," dijo James.

Thomas le lanzó a James una mirada fulminante.

"Eso es algo que ella decidirá," dijo Emma y se volvió hacia Thomas. "Estoy segura de que lo disfrutaría."

Él asintió. *Espero que sí.*

"¿Qué sabes de esta joven?" le preguntó Charles. "Aparte de que es la hija del Doctor Morton?"

"Sé que es amable y muy buena asistiendo a su padre en sus consultorios. Tiene una voz y una actitud calmada que me impidieron entrar en pánico mientras suturaba mi herida. Me hizo sentir cómodo. Y no se burló de mí ni me hizo sentir tonto por caerme."

"Parece encantadora," dijo Abigail con una sonrisa. "Y si sientes que quieres invitarla a una excursión, hazlo."

"Pero preséntanosla primero," dijo Robert. "Nos encantaría conocer a esta joven por nosotros mismos."

"En efecto. Y desearle suerte, por supuesto," añadió James.

Thomas entrecerró los ojos, pero no respondió al acoso de sus hermanos. Como el hermano menor de los Melton, se había acostumbrado a las burlas y molestias, y a menudo respondía de la misma manera.

Había aprendido a vivir con eso, pero admitía que era mucho más fácil molestar a Robert y James cuando aún no estaban casados. Abigail y Julia habían cambiado todo, y Thomas esperaba que Rebecca pudiera hacer lo mismo por él.

¿Estaba adelantándose? Tal vez, pero la querida Rebecca definitivamente había tomado residencia en su mente y no parecía inclinada a irse. No podía evitar sonreír un poco ante la

naturaleza frívola de sus pensamientos.

Esperaba que ella aceptara cazar fósiles con él, aunque no estaba seguro de dónde. Ahora no tenía mucha movilidad y seguramente tendría que caminar con un bastón por un tiempo hasta que su herida estuviera completamente curada.

Un momento de tontería posiblemente significaría el fin de sus días de búsqueda de tesoros. Al menos había un lado positivo en forma de una bella joven llamada Rebecca.



Capítulo Ocho

Esa noche, la cena en familia transcurrió en silencio. Rebecca todavía flotaba en el aire después de su mañana con Thomas. El beso que él había depositado en sus nudillos permanecía grabado en su piel y seguía enviándole ondas de emoción. Aunque hacía todo lo posible por no mostrar el efecto en presencia de su padre, por supuesto.

Ella era consciente de que su padre consideraba que los jóvenes que actuaban tontamente al intentar conquistar a una joven eran, en resumen... tontos. De hecho, lo había dejado bien claro en más de una ocasión, y creía que ella era demasiado joven para casarse con un hombre de mente tan inmadura.

"¿Ese tipo de comportamiento te resulta atractivo, Rebecca?" preguntó de repente su padre, y ella lo miró en blanco.

No había prestado mucha atención a su padre mientras cenaba, y ahora él la miraba con expectación, esperando una respuesta para la cual ella no sabía la pregunta.

"Perdón, padre. ¿De qué tipo de comportamiento hablas?" preguntó ella.

El Doctor Melton dejó sus cubiertos sobre el plato frente a él y apretó la mandíbula. "No escuchaste ni una sola palabra de lo que dije."

"Mis más sinceras disculpas, padre."

"¿Dónde está tu mente, Rebecca?" preguntó él, luego levantó el tenedor y lo agitó en el aire antes de que ella pudiera responder. "Y por favor, no digas que está con el joven que conociste esta mañana."

"Por supuesto que no, padre," dijo Rebecca y negó con la cabeza enérgicamente, aunque estaba mintiendo descaradamente. "¿Por qué sería eso?"

"Vi la forma en que te miraba y cómo te hablaba. Puede parecer muy carismático y encantador, pero no se puede confiar en él."

"¿Por qué dices eso? ¿Qué hizo para justificar esa reacción de tu parte?" preguntó ella, sintiéndose desconcertada al ser descubierta tan obviamente.

"No él en particular, querida. Jóvenes carismáticos como él. Sus intenciones no son en absoluto nobles. Lo peor de todo, parecías cautivada por sus palabras, como si te hubiera hechizado de alguna manera."

Ella miró a su padre, sorprendida de que fuera tan observador, pero también poco impresionada de que juzgara tan duramente a todos los hombres de nobleza. Seguramente, no era culpa de Thomas no tener que trabajar para ganarse la vida como el doctor lo hacía.

"Padre, espero que no estés cuestionando mi profesionalismo. Simplemente estaba asegurándome de que se sintiera cómodo hasta que el duque viniera a recogerlo. He proporcionado servicios similares para muchos de tus pacientes anteriormente."

Pero incluso al decir las palabras, sintió cómo el calor se acumulaba en sus mejillas. ¿Seguramente, su padre se daría cuenta de que estaba mintiendo?

El Doctor Morton inclinó la cabeza y respiró profundamente, pero no dijo nada más.

"No hay necesidad de preocuparse, padre. Él no me ha hechizado. Simplemente estaba conversando con él," dijo Rebecca, tratando de tranquilizarlo de que no estaba tan afectada por Thomas como él creía.

En verdad, era mucho peor de lo que su padre se imaginaba. Su enamoramiento por Thomas crecía con cada momento que pasaba. No podía sacarlo de su mente a pesar de haberlo intentado todo el día.

"Parece ser un buen hombre, con interés en la búsqueda de fósiles," dijo Rebecca, tratando de interesar a su padre en el caballero que había conocido. "No es algo comúnmente conocido."

"¿Búsqueda de fósiles? Qué absurdo. Eso no puede ser todo lo que hace. ¿Qué hay de una carrera?" El doctor se burló de sus palabras. "¿O acaso ser el hermano del duque significa que no necesita ganar su dinero como el resto de nosotros, personas humildes?"

Rebecca frunció el ceño. "Padre, eso no es algo muy agradable de decir. Cada uno tiene lo suyo."

Siempre había pensado que su padre era una persona tolerante. Esta era una faceta nueva de él que no había visto anteriormente.

"¿Qué hace todo el día? ¿Rebusca en las cuevas de caliza y en los acantilados buscando conchas marinas?"

"En efecto. Suena bastante interesante," dijo Rebecca asintiendo.

"Y parece peligroso."

"Fue solo una vez..."

"Que sepamos," dijo el Doctor Morton con un resoplido.

"Padre, no entiendo tu preocupación, ya que es muy poco probable que lo vuelva a ver. Estoy segura de que el duque tiene una enfermera en su empleo y no necesita que tú ni yo cambiemos sus vendajes."

"No deseo que te involucres en comportamientos peligrosos, Rebecca. Jóvenes como Thomas Melton nublan la mente de una mujer joven, y no quiero que eso te suceda a ti."

Casi rodó los ojos, pero se detuvo a sí misma para no mostrar tal falta de respeto a su padre. En cambio, dijo con calma, "Aunque puedo pasar por alto esa generalización sobre los hombres del mundo, no aprecio que me consideres una mujer tonta."

"No me disculparé," dijo su padre, golpeando su mano en la mesa. "Si tu madre estuviera aquí, te habría dicho exactamente lo mismo."

Rebecca lo miró durante un largo rato. Habían pasado cinco años desde que su madre había fallecido, y aunque a menudo veía la tristeza en los ojos de su padre, rara vez hablaban de ella. Ninguno de los dos lo hacía. Todavía era una herida cruda que necesitaba sanar, pero el proceso era largo y agotador, aún más cuando se le permitía empeorar.

Rebecca recordaba a su madre en tiempos más felices, cuando esperaba el nacimiento de su hermano o hermana pequeño. La noticia había sido una gran sorpresa para toda la familia cuando su madre quedó embarazada tan tarde después del nacimiento de Rebecca, pero todos estaban emocionados.

El embarazo de su madre fue difícil. Era como si se estuviera desvaneciendo lentamente con cada día que pasaba. El parto mismo fue aún más terrible. Rebecca no estaba en la habitación, pero recordaba los gritos, el bebé pequeño y azul que habían sacado para mostrarle, y poco después, el fallecimiento de su madre.

Ese día perdió un hermano y a su madre; el peor día de su vida.

La vida que ella y su padre llevaban ahora no era lo que ella había imaginado. Había imaginado a su madre y a su padre envejeciendo juntos, criándola a ella y a su hermano con

risas, calidez y amor.

Las cosas eran diferentes ahora. Tan frías y vacías como los inviernos aquí en Weymouth.

Bajó la mirada por un momento y luchó contra las cálidas lágrimas que le quemaban los ojos, borrando su visión. Colocó su servilleta en la mesa y se puso de pie. “Madre no me habría llamado tonta, independientemente de mis acciones.”

“Rebecca...”

Dejó la mesa, marchando por el pasillo y subiendo las estrechas escaleras hasta su habitación del segundo piso.

Una vez dentro de la seguridad de su habitación, cerró la puerta y se acercó a la ventana grande que daba al puerto. Había elegido esa habitación específicamente por la vista.

Siempre había adorado la playa y todo lo relacionado con la naturaleza. El paisaje frente a ella tenía la combinación perfecta de ambos. El puerto en la distancia, el hermoso cielo azul que se encontraba con el océano en el horizonte.

Y los acantilados.

Los acantilados que le habían traído a Thomas Melton, a pesar de su infortunio.

El joven lord la había hecho sentir bien consigo misma con sus palabras halagadoras y sus ojos amables. No había experimentado tal amabilidad y sinceridad de un hombre de tan alta posición antes. La mayoría de los nobles eran rudos y bruscos con un simple “señorita” para una mujer como ella. Ciertamente nunca habían revelado detalles personales sobre sí mismos. No de la forma en que lo había hecho Thomas.

Sabía que no debía esperar volver a ver a Thomas. Y aunque lo hiciera, dadas sus posiciones en la sociedad, apenas estaría en posición de hacer más que hacerle una reverencia. Ciertamente, no había manera de que eso cambiara, pero ese hecho no la desalentaba de pensar en él.

Una sonrisa se formó en sus labios al recordar su sonrisa burlona y sus ojos brillantes. Era increíblemente guapo, y dudaba que pudiera conciliar el sueño fácilmente esta noche con su imagen en su mente. Al mismo tiempo, era consciente de que él probablemente no perdería ni un momento de sueño por ella.

Pero ella era una soñadora esperanzada y siempre lo había sido. Era la llama de la esperanza en su corazón lo que la había ayudado a seguir adelante después de la muerte de su madre y su hermano pequeño. Y nunca iba a abandonar esa parte de su personalidad, sin importar lo que su padre quisiera.



Capítulo Nueve

Las suaves olas encontraron la suave arena de la playa, lamiendo graciosamente la superficie. No había alma a la vista, aparte de la criada de Rebecca, y la quietud de la playa traía consigo una sensación de paz en su corazón.

Estaba sentada sobre una superficie lisa de roca, la suave brisa matutina soplando en su rostro. Todavía era muy temprano, ya que el sol apenas había asomado sobre el horizonte.

Habían pasado varios días desde su encuentro con Thomas Melton, el joven lord que había capturado su atención. No podía dejar de pensar en él, aunque las posibilidades de encontrárselo de nuevo eran escasas. Sus mundos eran diferentes en todos los aspectos imaginables y aunque esto causaba mucha frustración en Rebecca, ella lo entendía.

Echó un vistazo a su dibujo de la playa, el horizonte y el océano que había dibujado, y una sonrisa se dibujó en sus labios. Había disfrutado dibujando desde que era una niña pequeña y su madre la había alentado, diciendo que tenía un talento natural para ello. Sin embargo, después del fallecimiento de su madre, había hecho muy poco, enterrando sus carboncillos y papel en lo más profundo de su baúl de cuero.

Rebecca no estaba segura de si había sido Thomas quien la había inspirado lo suficiente como para buscar sus utensilios de dibujo, o algo más. Pero hoy se sentía más liviana en su corazón de lo que había estado en un tiempo. La pesadez se había aligerado, no del todo, pero podía respirar un poco más fácilmente.

Inclinó la cabeza mientras estudiaba el horizonte antes de trabajar en su dibujo de la vista perfecta frente a ella. Su caballete estaba firmemente plantado en la arena.

Una mañana con cielo despejado, sin una nube a la vista, y la esperanza de un día nuevo e impactante que se extendía más allá del mar. ¿Qué más podría pedir?

"¿Señorita Rebecca?"

Frunció el ceño al escuchar la voz de su criada. Miró por encima del hombro y preguntó, "¿Sí, Connie?"

"Su desayuno está listo."

La criada se agachó junto a una alfombra extendida en la arena y ahora había platos de comida allí. Había una jarra de cristal llena de jugo de fresas y otras frutas, que a Rebecca le encantaban.

Cuando mencionó a su padre que deseaba dibujar en la playa esa mañana, su padre había sido escéptico en permitirle ir sola, de ahí Connie, la acompañante.

Aunque no la consideraban una niña ante el mundo, su padre seguía siendo protector con ella. Su razonamiento era que, si la perdía, no le quedaría nada de valor.

Ella entendía su proceso de pensamiento, pero a veces deseaba que fuera un poco más permisivo con ella. Se había prometido a sí misma cuidar de su padre después del fallecimiento de su madre, pero él debería darse cuenta de que ella deseaba empezar su propia vida y familia algún día.

Sin embargo, nunca le había compartido eso, y se había mantenido alejada de los hombres con los que su padre no quería que se asociara.

"Ningún hombre será lo suficientemente bueno para Rebecca," había pronunciado su padre muchas veces.

Esto no auguraba nada bueno para Rebecca, cuyos pensamientos aún regresaban a Thomas Melton, el joven que claramente no impresionaba a su padre. Pero entonces, ninguno de ellos lo hacía.

Rebecca se levantó cuidadosamente y se acercó a Connie y su desayuno. Cuando se sentó, una voz alegre las sorprendió.

"Buenos días."

Rebecca giró la cabeza hacia un lado y su mandíbula cayó en incredulidad. Por un momento estaba segura de que estaba soñando, ya que no era posible que lo estuviera viendo de nuevo.

"¿Thomas?" preguntó, la sorpresa evidente en su voz.

"Rebecca," dijo él con una sonrisa.

Ella se puso de pie y notó su cojera mientras caminaba hacia ella.

"¿Qué hace aquí?" demandó ella. "¿Y solo? Debería estar descansando."

Se detuvo abruptamente, pero siguió sonriendo, claramente sin verse afectado por sus reprimendas. "Es encantador verla", dijo calmadamente.

"Perdone mi regaño, Thomas, pero no debería estar caminando sin ayuda con su lesión," dijo ella.

"No estoy sin ayuda," respondió él.

En ese momento, apareció un criado desde detrás de una saliente rocosa. Llevaba un caballete de madera y un maletín de cuero. "¿Dónde preferiría que los dejara, mi lord?"

Thomas miró en dirección al caballete de Rebecca y señaló hacia allí. "Al lado de ese."

"Muy bien, mi lord," dijo el criado.

El ceño de Rebecca se frunció y cruzó los brazos. "¿Qué cree que está haciendo?"

"Bueno, su caballete está en mi lugar," dijo él.

"¿Su lugar?"

"En efecto. Suelo colocarlo justo allí."

Ella levantó las cejas ante él. Imposible. "¿Es verdad?"

"Absolutamente. Nunca la he visto a usted ni a su caballete en la playa antes. ¿Viene aquí a menudo?" le preguntó.

"Bueno, yo..." comenzó a tartamudear, sin estar segura de si quería revelar sus detalles personales a Thomas.

"Claramente, eso no es asunto mío," dijo él con un toque de incomodidad, como si se diera cuenta de que había sido demasiado directo.

"Mis disculpas. Es simplemente una historia larga y sombría."

"Una que no deberíamos investigar en este momento."

"En efecto," dijo Rebecca y tomó una respiración lenta. "¿Estaría interesado en desayunar conmigo? Y con Connie, por supuesto," agregó.

"Me gustaría mucho eso, Rebecca," dijo Thomas y miró a su criada. "Debe ser Connie."

"Sí, mi lord."

"Venga, permítame ayudarlo a sentarse, mi lord," dijo de repente el criado junto a Thomas.

Había extendido una alfombra junto a la de Rebecca y colocado una cesta con el desayuno de Thomas sobre ella. Thomas fue asistido para sentarse en la alfombra, y comenzaron a compartir sus comidas.

"No sabía que era una artista," dijo Thomas.

"Eso no debería ser una sorpresa," dijo ella encogiéndose de hombros. "Sabe muy poco sobre mí."

"Puedo decir lo mismo sobre usted. Pero aun así, no me parece del tipo."

"¿Y por qué es eso?" preguntó ella.

"Tiene un carácter cariñoso y compasivo. ¿No son los artistas temperamentales y ermitaños?"

"¿Es usted temperamental y ermitaño?"

Thomas rio y negó con la cabeza. "Mi padre diría que sí lo soy. Él no era en absoluto un artista. Pero sí tenía sus días de mal humor. Bastante gruñón también."

"Ciertamente no heredó eso de él," dijo Rebecca con una sonrisa.

"Gracias por el cumplido," dijo Thomas.

Ella estrechó la mirada, necesitaba saber. "Sea honesto. ¿Me siguió hasta aquí?"

"No, no lo hice. en verdad," respondió en un tono sincero que ella estaba inclinada a creer.

"Pero puedo decir que estoy feliz de haber decidido visitar esta playa particular esta mañana. Es bueno verla de nuevo."

"En efecto," respondió Rebecca lo más calmadamente que pudo, aunque su corazón saltó y un nudo se le formó en la garganta.

Los ojos de Thomas estaban intensamente enfocados en los suyos, y su piel se erizó. Aún encontraba inmensamente surrealista que él estuviera junto a ella, hablando de arte y dándose cuenta de cuánto tenían en común.

La boca de Thomas se curvó hacia arriba, y Rebecca apenas podía contenerse. Por supuesto, no se atrevería a tomar la mano de Thomas o a besarlo frente a su criada y su criado. Solo podía imaginar lo que diría su padre si se enterara de que había hecho algo así.

"Permítame, señorita," dijo Connie, interrumpiendo su momento.

Rebecca, a regañadientes, apartó la mirada de Thomas y miró a su criada. "¿Qué pasa, Connie?"

"Deberíamos regresar. El doctor Morton necesitará su ayuda hoy en sus habitaciones."

"Pero ¿qué pasa con la enfermera Beckett?" preguntó Rebecca, tratando lo más posible de no parecer molesta con su criada.

"El doctor Morton informó antes que ella no puede venir hoy. Una emergencia familiar, le dijo a él."

Rebecca frunció el ceño en desilusión, pero sabía que no habría manera de evitar este problema. Su tiempo con Thomas una vez más se vería reducido.

Ella suspiró. "Muy bien, Connie. Puedes empacar nuestras cosas."

Connie asintió y Rebecca se volvió hacia Thomas. "Realmente lo siento. Debo irme."

"No hay necesidad de disculparse. Aunque, admito que esperaba que pudiéramos pasar más tiempo juntos."

"¿Lo hacía?"

"Por supuesto," dijo Thomas. "De hecho, ¿le interesaría acompañarme en una expedición de búsqueda de fósiles?"

Ella contuvo el aliento. "¿A dónde?"

"Oh, solo en la Bahía de Weymouth. La lesión en mi pierna limita los lugares a los que puedo ir."

"Me encantaría, siempre y cuando mi padre lo apruebe."

"Estoy dispuesto a hablar con él, si es necesario," dijo Thomas con una sonrisa galante.

Rebecca se mordió el labio y bajó la mirada. Le costaría mucho convencer a su padre para

que le permitiera unirse a Thomas, pero haría todo lo posible.



Capítulo Diez

Rebecca caminaba de un lado a otro a lo largo del salón, con las manos entrelazadas. Había puesto un cuidado inusual en su atuendo y había elegido un vestido de verano ligero de algodón blanco suave y mangas cortas. Su cabello estaba recogido en lo alto de su cabeza y su sombrero de verano a juego descansaba en el sofá junto a ella mientras esperaba la llegada del carruaje que Thomas enviaría por ella.

No esperaba que su padre le permitiera acompañar a Thomas en su excursión. Pero, dado que su capacidad para escalar estaba restringida por su lesión y no podría ir a ningún lugar que pudiera representar un peligro para él o para ella, su padre había accedido.

Thomas había enviado una nota a su hogar, indicando que enviaría un carruaje para recogerla, y ella había estado emocionada y ansiosa desde entonces. Las condiciones para la aprobación de su padre eran que su mayordomo, Marcus, los acompañaría.

Marcus era un hombre robusto y se aseguraría de que tanto la persona como la reputación de Rebecca estuvieran seguras. Y aunque su padre no lo dijo claramente, dejó perfectamente claro que no deseaba convertirse en abuelo aún.

Por supuesto, Rebecca se rio de tal idea con indiferencia tranquila. Estaba segura de que ella y Thomas no se involucrarían en tal intimidad. Incluso si él sentía lo mismo por ella que ella por él, era demasiado pronto para tales cosas. Y, por supuesto, por encima de todo, sus diferentes estatus en la vida excluían cualquier cosa íntima.

Era un gesto de amistad solamente por parte de Thomas, estaba segura, aunque no podía evitar que su imaginación se desviara en muchas direcciones, incluida la intimidad, cada vez que pensaba en la excursión.

Rebecca escuchó el sonido del carruaje que se aproximaba incluso desde el salón, y su caminar se detuvo abruptamente. Su corazón latía fuertemente en su pecho y sus manos se entrelazaron aún más fuerte. Hubo un golpe en la puerta principal y, por una vez, no sería un paciente buscando atención médica. Sería Lord Thomas Melton, y la idea tanto la aterraba como la emocionaba.

"Señorita Rebecca," dijo una criada desde detrás de ella, y se volvió.

La criada estaba parada en la puerta. "Su carruaje ha llegado, señorita."

"Gracias," dijo Rebecca, sintiendo que se le cortaba la respiración al salir del salón.

De pie junto a la puerta principal estaban Thomas y su padre, quienes parecían no darse cuenta de ella hasta que estaba a mitad del pasillo. Estaban hablando de la pierna de Thomas, y el doctor Morton le había aconsejado que tuviera cuidado.

"Ahí está ella," dijo de repente su padre.

Rebecca sonrió, pero se sintió perpleja por lo educado y contento que parecía estar su padre en compañía de Thomas. Eso marcaba un cambio radical respecto a su actitud anterior. No le había gustado la idea de que Rebecca se uniera al joven señor para una excursión de búsqueda de fósiles, pero sus acciones y su comportamiento hacia Thomas ahora comunicaban algo diferente.

¿Qué había cambiado la actitud de su padre? ¿Acaso había comprendido finalmente que ella ya no era una niña y que era capaz de tomar sus propias decisiones?

Poco probable.

“Buenos días, Thomas,” dijo Rebecca.

“Un buen día, sin duda.”

“Marcus te acompañará en tu excursión esta mañana,” dijo su padre, entrecerrando un poco los ojos.

Entonces se dio cuenta de que el cambio de actitud de su padre probablemente se debía a la presencia de Marcus como el chaperón para su salida. Eso, obviamente, lo tranquilizaba.

Abrazó a su padre antes de salir por la puerta principal y entrar en la radiante luz de la mañana, donde los esperaba el carruaje junto con Thomas.

Y Marcus.



LA FRESCA BRISA ACARICIABA la mejilla de Rebecca mientras contemplaba la playa y el agua que chapoteaba en la arena prístina. Ella y Thomas estaban cómodamente sentados en una alfombra, disfrutando de un delicioso festín de pan, queso y frutas. Y aunque la comida estaba deliciosa, a ella le entusiasmaba mucho más la compañía de Thomas.

“Me sorprendió bastante que su padre no me recibiera en la puerta con un rifle de caza,” dijo Thomas. Una pequeña sonrisa suavizó las palabras. “No parece que le agrade mucho mi presencia.”

“Oh, padre no guarda rifles en la casa,” dijo Rebecca.

Los ojos de Thomas se abrieron de par en par y ella no pudo evitar reír. “Era una broma. Mi padre no usa un rifle. Los bisturís son su arma preferida.”

“Su sentido del humor es oscuro y perturbador,” dijo Thomas, luego agregó con una sonrisa: “Pero también refrescante.”

Rebecca rio una vez más y sacudió la cabeza. “Acepto graciosamente ese cumplido.”

“Quiero agradecerle por persuadir a su padre,” dijo él. “Es encantador pasar este tiempo con usted.”

“En efecto. No estaba segura de que mi padre estuviera de acuerdo.”

“¿Cómo lo logró?”

Rebecca apartó un mechón rebelde de su rostro con un gesto exagerado de la mano. “Una dama no revela sus tácticas”

Thomas rio. “Cierto. ¿Vamos a caminar hasta el acantilado allá? Se sabe que tiene una gran cantidad de fósiles.”

“¿Su pierna está bien para ese tipo de esfuerzo?” preguntó ella.

“Saber que está aquí conmigo hace que todo sea más cómodo, Rebecca,” dijo él.

La felicidad se apoderó de ella y una sonrisa apareció en sus labios. “En efecto.”

Se levantó de la alfombra y extendió la mano hacia Thomas, pero antes de que él pudiera tomarla, Marcus intervino y ayudó a Thomas a levantarse.

“Gracias, Marcus,” dijo Thomas, una sonrisa irónica decorando su rostro.

“De nada,” respondió Marcus. “Solo estoy siguiendo las órdenes del doctor Morton.”

“Por supuesto,” dijo Rebecca mientras el trío se dirigía lentamente hacia las rocas esparcidas en el acantilado.

El agua no llegaba a las rocas a esa hora del día, así que avanzaron sin mojarse. La arena estaba dispersa con los fósiles y conchas más hermosos que Rebecca había visto. Apenas podía

contener su emoción mientras se inclinaba para examinar cada uno de cerca.

Thomas la observaba con una mirada intensa que la hacía muy consciente de él y le provocaba mariposas en el estómago.

“¿Qué sucede?” finalmente le preguntó ella, mientras sostenía una concha de mar rosa pálido en la mano.

“Nada.”

“La expresión en su rostro cuenta una historia, Thomas.” Le gustaría que él le contara exactamente qué tipo de historia, aunque sospechaba que podría ser una que no podría repetir frente a Marcus.

Thomas sonrió tímidamente y asintió. “Simplemente estoy disfrutando la vista de usted. Ver la emoción y la maravilla en sus ojos mientras explora hace que no pueda apartar la mirada.”

Las mejillas de Rebecca se calentaron y bajó la mirada. “No puede decir cosas así.”

“¿Y por qué no?”

“Porque...”

“Señorita Rebecca,” gritó de repente Marcus. “La marea.”

Marcus estaba al otro lado de las rocas, y cuando ella miró a su alrededor, se dio cuenta horrorizada de que la marea había subido bastante rápidamente.

“Oh Dios,” dijo con un trago en seco mientras agarraba el brazo de Thomas. “¿Qué vamos a hacer? No podemos regresar a la playa.”

“Estaremos bien. Tome mi mano.”

Rebecca asintió mientras tomaba la mano de Thomas y él la guiaba hacia el agua. Un suspiro escapó de su garganta cuando el agua fría rodeó sus piernas y pies, pero Thomas continuó tirando de ella, y avanzaron por el agua.

El nivel seguía subiendo, de hecho, tan rápidamente que pronto les llegó hasta la cintura, y Rebecca apretó aún más la mano de Thomas. Su falda la pesaba y se preguntaba si se ahogarían. Quería gritar, pero solo podía jadear mientras el agua fría se arremolinaba sobre ella.

Miró a Thomas, segura de que el terror era evidente en su rostro.

¿Cómo estaría él, con su lesión?

“Estaremos bien,” dijo Thomas urgentemente, guiándolos aún a través de las rocas hacia la parte arenosa de la playa.

Antes de que Rebecca pudiera responder, una inesperada ola hizo que perdiera el equilibrio. Gritó fuerte cuando sus dedos resbalaron del agarre de Thomas y desapareció bajo el agua helada.

El terror la consumió mientras el agua se precipitaba sobre ella. No podía nadar y entró en pánico al instante. El agua helada a su alrededor se arremolinaba y retrocedía, como si tratara de hundirla en sus profundidades.

Cuando cayó al agua, su boca todavía estaba abierta por su grito. El agua salada llenó su boca abierta. Cuando trató de escupirla, aún más agua se abrió paso. El agua le picaba los ojos.

Cuando era niña, su abuela había hablado del océano como algo majestuoso y hermoso. Pero también había advertido que era un lugar peligroso y oscuro, que a menudo causaba devastación y caos.

Rebecca siempre le tuvo miedo al océano, esa era la razón por la que nunca le enseñaron a nadar. Ni siquiera deseaba aprender. Nunca se había aventurado al agua por sí misma, hasta este mismo momento.

La oscuridad pasó fugazmente frente a sus ojos, y antes de sucumbir al poder del agua, un par de brazos fuertes la rodearon por la cintura. La luz reemplazó la oscuridad cuando la sacaron

del agua. Jadeó por aire, con su garganta ardiendo por el agua salada.

De alguna manera, Thomas había logrado trepar hasta las rocas sin caerse, y la había alzado en sus brazos. Luego se encaminó a un lugar elevado contra la pared del acantilado donde la arena estaba seca, y la colocó suavemente en una repisa de arena.

Se agachó a su lado y ella tosió violentamente, así que él le dio palmaditas suaves en la espalda.

"¿Está bien, Rebecca?" preguntó.

El agua salada salió a borbotones de su boca mientras tosía más. Estaba avergonzada de que Thomas la viera en ese estado, pero estaba agradecida de que él hubiera estado allí para rescatarla. Asintió rápidamente y tosió algunas veces más.

"¿Está segura?"

"En efecto," dijo con voz ronca, su garganta y nariz ardían intensamente, haciendo que sus ojos se llenaran aún más de lágrimas.

"¡Señorita Rebecca! ¿Lord Thomas?" llamó Marcus desde el otro lado de las rocas, que ahora estaban separadas por un amplio arroyo de agua. "¿Están bien?"

"Estoy bien," gritó Rebecca fuertemente, agitando la mano a Marcus para mostrarle que no estaba herida.

Miró a Thomas. "¿Su pierna?"

"Todo en orden." Luego se volvió también hacia Marcus y levantó la voz. "Tendremos que esperar a que baje la marea."

No tenía sentido intentar cruzar el agua de nuevo. El primer intento casi la había matado. No deseaba volver a experimentarlo.

Rebecca cerró los ojos y cubrió su rostro con las manos. Su orgullo estaba herido. Era una joven tonta que necesitaba ser rescatada. Qué patética debía parecerle a Thomas. No se atrevía a mirarlo.

"Tragó mucha agua," dijo Thomas en voz baja y se sentó en la arena suave junto a ella.

"La ola me tomó por sorpresa. No esperaba eso," dijo ella, sus brazos temblando mientras se esforzaba por sentarse.

"Está a salvo ahora," dijo él. "Solo debemos esperar a que baje la marea."

"¿El agua no nos alcanzará aquí arriba, verdad?" preguntó, su pecho se apretaba solo de pensar en volver a estar en el agua.

"No, no lo hará. Está en su punto máximo ahora."

Comenzó a temblar y Thomas pasó su brazo por sus hombros.

"No permitiré que le pase nada," dijo.

Elevó la mirada y lo miró, su cabello oscuro mojado por el agua y sus ojos brillantes y claros.

"¿Cómo está su pierna?" preguntó nuevamente, su voz temblorosa.

"No se preocupe por mí. Estoy bien."

Asintió y frunció los labios.

Thomas llevó su mano a su rostro y con el pulgar, apartó un mechón de cabello húmedo de su rostro. Rebecca no quería saber cómo se veía, pero juzgando por la expresión en el rostro de Thomas, tal vez no era tan terrible como imaginaba.

Tembló una vez más, sus labios temblando por el frío. Para su sorpresa, Thomas la abrazó, sosteniéndola fuertemente contra él. Le permitió hacerlo sin oposición ni reluctancia. Aunque, si su padre se enterara, estaría furioso, y sin duda se enteraría. Marcus seguramente le informaría de lo sucedido.

"Tengo una confesión que hacer," dijo ella, sus dientes castañeando.

"¿Y cuál es?" preguntó él.

"No sé nadar."

"Lo deduje."

"Me avergüenza que tuviera que ver eso, y verme en tal estado," dijo.

"No hay necesidad de disculparse. Y no está en tan mal estado como piensa."

"Gracias por sus amables palabras, aunque dudo..."

Antes de que Rebecca pudiera decir más, Thomas se inclinó y presionó sus labios contra los suyos. Su beso la calmó, y a ella no le importó en lo más mínimo.

Sus labios se separaron por un momento, pero Rebecca no quería que su beso terminara tan repentinamente. Se inclinó hacia adelante y devolvió su beso con uno propio.

Sus labios se separaron al igual que los de Thomas, y su beso se profundizó. Se fundió en sus brazos y en su boca. Ya no sentía el frío ni ningún sentimiento de vergüenza. Su garganta ya no ardía, ni tampoco su nariz, y el sabor del agua de mar fue rápidamente reemplazado por el delicioso sabor de Thomas.

Rebecca nunca había besado ni había sido besada de esa manera por nadie, y no esperaba que se sintiera tan bien. Perdió todo sentido del tiempo y el espacio, y solo eran ella y Thomas en esa playa.

Perdidos en su propio mundo, su propio paraíso, su propio pedazo de cielo en esta repisa de arena privada.

Gimió suavemente contra los labios de Thomas, y a pesar de pensar que eso lo haría alejarse de ella, solo hizo que la besara más tiempo, más profundamente y con más pasión.

El momento era una perfección absoluta. Y decidió que ciertamente no le importaría besarlos todos los días por el resto de su vida.

De hecho, estaría de acuerdo en hacerlo en un abrir y cerrar de ojos.



Capítulo Once

Thomas no había besado a muchas mujeres antes. De hecho, Rebecca era una de las pocas mujeres que le había parecido atractiva. No se arrepintió de haberla besado, pero tan pronto como ella lo abrazó, se dio cuenta de que no había sido una buena idea.

Especialmente no con el sirviente de su padre cerca. El padre de Rebecca ciertamente tendría mucho que decir si se enterara de esto.

Thomas también sospechaba que este había sido el primer beso de Rebecca de esta naturaleza.

No sería terrible que la gente se enterara de que habían compartido un momento así, pero temía que pudiera arruinar la reputación de Rebecca y no deseaba que eso sucediera. A pesar de ayudar a su padre médico en un papel que muchas personas encontrarían objetable, era obvio que Rebecca era refinada y educada, y algo protegida e inocente. Una persona encantadora con un corazón bondadoso. El tipo de dama con la que la mayoría de los hombres insistirían en casarse.

Entonces, ¿por qué esta encantadora joven con tan encantadores atributos seguía soltera?

A Tomás solo se le ocurría una razón.

Su padre.

Miró a Rebecca, que seguía temblando a su lado. La fina tela de su vestido de verano se adhería a su cuerpo, dejando muy poco a su imaginación. Su mirada recorrió la curva de sus caderas, su cintura y la sutil forma de sus pechos. Su pecho aún se agitaba, acentuando aún más esas curvas. Regañándose a sí mismo por pensar cosas tan vulgares e inapropiadas de una mujer tan encantadora, bajó la mirada.

Maldición.

Tenía manchas rojas de sangre en los calzones. Su herida, o al menos parte de ella, debió de abrirse cuando llevó a Rebecca a un lugar seguro por las rocas. Le dolía más la pierna que antes, sin duda debido a que se había empapado con el agua salada.

Afortunadamente, el nivel del agua ya era más bajo de lo que había sido, y con la ayuda de Marcus, podría llevar a Rebecca y a él mismo a la playa y, finalmente, de regreso a la casa de su padre.

Thomas enderezó la espalda, levantó la mano en el aire y le gritó al sirviente. "Marcus, ¿el agua es lo suficientemente poco profunda como para que puedas cruzar?"

"En efecto, mi señor," respondió Marcus. "Creo que tal vez sea el momento de hacerlo. Iré por una manta del carruaje y me dirigiré hacia usted."

"Eres un buen hombre," dijo Thomas.

Se volvió hacia Rebecca y colocó su mano contra su mejilla. "Marcus cruzará el agua y usted irá con él."

"Pero ¿qué hay de usted? ¿Qué pasa si el agua lo arrastra?" preguntó ella.

"Soy un buen nadador."

"Con una pierna herida," dijo ella y frunció el ceño al mirar hacia abajo. "Está sangrando de

nuevo.” Ella miró sus pantalones manchados de sangre.

Exhaló lentamente. “Estoy perfectamente bien. Marcus es mucho más alto que yo y podría llevarla de regreso a la playa. Estaré bien cruzando el agua solo.”

Rebecca asintió y mordió su labio inferior. “¿Thomas?”

“Sí.”

“¿Puedo hacerle una pregunta?”

“Puede.”

“¿Por qué me besó?”

“¿Por qué cree?” preguntó él.

“Para evitar que balbuceara incesantemente o para calmarme en mi pánico,” dijo ella.

“¿Eso es lo que piensa?”

“No me ha dado razón para pensar lo contrario.”

Thomas observó mientras Marcus avanzaba por el agua. “Quizás deberíamos discutir esto en otro momento.”

Hubo un repentino destello de molestia en los ojos de Rebecca, pero no lo contradijo. Sinceramente, pareció aliviada cuando Marcus la llevó a través del agua y finalmente de vuelta a la seguridad de la playa.

Para él, adentrarse en el agua y nadar en la parte profunda fue más difícil de lo que había anticipado, pero apretó los dientes e ignoró el dolor en su pierna para que pronto estuviera una vez más saliendo del agua y dirigiéndose hacia la mujer que, apenas unos minutos antes, había sostenido en sus brazos.

No había querido dejarla ir.

Cuando Marcus colocó a Rebecca en el suelo, sus rodillas cedieron y terminó cayendo sobre la suave arena. Sus labios estaban de un azul pálido y su respiración era irregular.

Él se agachó junto a ella, preocupado por su color y aliviado cuando Marcus adelantó la manta que había recuperado del carruaje.

Tomó la pesada manta de Marcus y envolvió el grueso material alrededor de ella.

Rebecca miró al sirviente de su padre. “Marcus, ¿podría darnos un momento de privacidad?”

“Pero, señorita, sugiero fuertemente que regresemos a la casa lo más rápido posible. Está empapada y el doctor Morton...”

“Marcus, por favor, no me hagas repetir,” dijo ella.

Su tono firme sorprendió a Thomas, pero Marcus se alejó obedientemente. Rebecca se volvió hacia él y torció la cabeza.

“¿Estaba en lo cierto acerca de la razón por la que me besó?”

“Rebecca...”

“Dígame o no abandonaremos esta playa. Me congelaré y usted sangrará hasta morir.”

Thomas casi rio en voz alta. “Está bien,” dijo. “La besé porque es encantadora y disfruto pasar tiempo con usted. Vi que estaba en pánico, y quería distraer su mente de la crisis en ese momento.”

“Ciertamente funcionó.”

“Bueno,” dijo Thomas con una sonrisa y tomó su mano. “Pero desearía haberla besado en diferentes circunstancias, en lugar de como un medio para calmarla.”

Una oleada de decepción cruzó su rostro y él se preguntó por qué. Ella tomó una respiración profunda, pareciendo apartarlo.

“Gracias por ser sincero, Thomas. Aprecio la honestidad más de lo que jamás sabrá,” dijo ella.

“Yo también.” La calidez lo llenó. Rebecca era, en efecto, una mujer extraordinaria. “Nunca he conocido a una mujer que valore la verdad tanto como yo. Es refrescante tener eso en común con usted.”

“Estoy de acuerdo,” dijo ella, y sus ojos chispearon con algo que hizo que la calidez en su sistema se extendiera por todo su cuerpo. “Ahora, ¿deberíamos regresar a la casa? Me calentaré y mi padre debe examinar su herida. Parece que se ha vuelto a abrir. ¿Le duele?”

Encogió los hombros. “Escuece, pero eso podría ser del agua de mar también.”

“De todos modos, debemos hacer que la vean,” dijo ella.

“Sí, señorita,” dijo Thomas con una sonrisa. “La tomaría en mis brazos y la llevaría valientemente al carruaje...”

“Por favor, no lo haga,” dijo con una sonrisa. “Es por eso que tenemos a Marcus.”

Rebecca llamó al criado, y él regresó a la playa. Sin esfuerzo, tomó a Rebecca en sus brazos y Thomas los siguió hasta el carruaje. El escozor en su pierna comenzó a intensificarse, pero contuvo la mueca que quería distorsionar su rostro. No deseaba mostrar su dolor y malestar a Rebecca. En lugar de eso, simplemente se acercó al carruaje con la esperanza de no morir desangrado, como Rebecca había dicho antes.



Capítulo Doce

A pesar de estar envuelta en una manta y de que Thomas se sentara cerca de ella en el carruaje para prestarle calor con su cuerpo, Rebecca no podía dejar de temblar.

No esperaba que el agua fría tuviera un efecto tan perjudicial en ella, pero claramente se había equivocado. Aunque, si era honesta, no solo temblaba por estar helada hasta los huesos, sino también con un toque de miedo.

Su padre no estaría nada contento con ninguno de los dos. Él había confiado su cuidado a Thomas y Marcus. También había confiado en Rebecca para que no se pusiera en peligro. Y eso era precisamente lo que había sucedido.

Le había prometido que no tenía de qué preocuparse. Si se enterara de lo que había ocurrido entre Thomas y ella con el beso, estaría aún más furioso. Podría incluso insistir en que se casaran si los rumores comenzaban a propagarse.

No estaba segura de si alguien había presenciado lo que había ocurrido. Ya sea el incidente con el agua donde casi se ahoga, o cuando ella y Thomas compartieron más de un beso íntimo. ¿Habría podido verlos Marcus, cuando estaban sentados en la cornisa? Y si lo había hecho, ¿le diría a su padre?

Su corazón latía rápido a medida que se acercaban a casa.

No había nadie en la playa privada cuando se encontraron buscando fósiles, pero la gente era inquisitiva por naturaleza, y los dos vagando por las rocas atraerían atención. Especialmente si el hombre en cuestión era Thomas Melton.

Era potencialmente desastroso, para ambos.

No podía imaginar un peor comienzo para un matrimonio que ser forzados a ello.

Sería injusto hacia Thomas permitir que eso sucediera. También dudaba que el duque permitiera que su hermano menor se casara debido a circunstancias desafortunadas.

Y ninguno de los dos había pedido la desventura de hoy, aunque el beso había sido enteramente decisión de ambos. El segundo beso también.

Sus hombros temblaron una vez más cuando un escalofrío le recorrió la espalda, y Thomas extendió su mano para posarla en su hombro. Ella lo miró.

"¿Estás bien, Rebecca?"

Asintió ligeramente, aunque sus labios temblorosos contradecían su gesto afirmativo.

"Estaremos en la casa pronto," dijo él en tono tranquilizador, sus ojos suaves pero llenos de preocupación.

Ella no podía explicar fácilmente que era ese hecho lo que la asustaba. No quería que su mañana con Thomas terminara, y mucho menos deseaba que su padre se enojara tan pronto como llegaran a casa.

El carruaje se detuvo abruptamente, y su corazón latía con fuerza en su pecho. Se sintió bastante *mareada* cuando Thomas y Marcus la ayudaron a salir del vehículo, pero inhaló profundamente y permitió que Marcus guiara el camino hacia la puerta principal.

Cuando entraron, Rebecca esperaba que su padre estuviera atendiendo a un paciente y no viniera a recibirlos. Había silencio en la casa, y ella suspiró aliviada cuando entraron en el largo pasillo.

"¿Qué demonios?"

Sus hombros se encorvaron cuando la voz de su padre resonó por su hogar, y ella se giró lentamente sobre sus talones.

"Padre," dijo ella.

"¿Qué diablos te pasó? ¡Estás empapada!"

Su voz era lo suficientemente alta como para que todo el pueblo probablemente hubiera escuchado la exclamación de su padre.

"Padre, estoy bien," dijo ella, intentando tranquilizar al hombre enfurecido.

Los ojos del Doctor Morton se oscurecieron mientras miraba a Thomas, su dedo apuntando enojadamente hacia él. "*Usted.*"

"Doctor Morton," dijo Thomas y levantó las manos en señal de defensa.

"Le confié el bienestar de mi hija, y ahora veo que la devolvió a casa empapada, temblando y prácticamente congelada. ¿Cómo se atreve a poner un pie en mi casa después de permitir que mi hija se hiciera daño?"

"Padre, no fue culpa suya," dijo Rebecca, pero el hombre enojado la ignoró y centró su atención en Thomas.

"¿Qué tiene que decir en su defensa?" Su padre fulminó con la mirada a Thomas.

Rebecca se mordió el labio inferior, aterrada de que Thomas no solo le informara de lo que le había ocurrido a ella, sino también lo que había pasado entre ellos en el acantilado mientras esperaban que bajara la marea.

Nunca se le había dado bien ocultarle cosas a su padre, especialmente después de que su madre falleciera.

Estaba a punto de dar un paso adelante y confesarlo todo ella misma cuando Thomas colocó su mano sobre su pecho y dio un paso adelante.

"Doctor Morton, soy plenamente consciente de que usted depositó su confianza en mí para asegurarse de que su hija no sufriera ningún daño. Me equivoqué en el momento de las mareas, calculando mal la rapidez con la que subiría el agua. Rebecca y yo intentamos cruzar el agua, sin embargo, fue demasiado difícil. Rebecca se hundió, pero yo la ayudé a ponerse a salvo. Esperamos en la pared del acantilado hasta que el agua estuvo más tranquila. Tan pronto como fue seguro hacerlo, Marcus vino a buscarnos y salimos de la playa de inmediato."

Su padre la miró por un momento, luego volvió su atención a Thomas.

"Acepto toda la responsabilidad por lo sucedido y me disculpo sinceramente. Esto nunca volverá a suceder," dijo Thomas con seriedad.

"De hecho, no lo hará. Nunca más volverá a acercarse a mi hija. Ha arriesgado su vida por pequeñas conchas tontas. Probablemente ni siquiera sabía que no sabe nadar."

"¡Padre, su pierna!" Quería que le revisaran la herida a Thomas. Era importante asegurarse de que ya no sangraba y de que se limpiara adecuadamente. "No..."

"A tus aposentos, Rebecca."

"Pero..."

"¡Ahora!"

El tono áspero de su padre la hizo callar. Miró a Thomas por última vez antes de subir las escaleras al final del pasillo y dirigirse a sus aposentos. Ella estaba atormentada por la culpa de que él hubiera reclamado toda la responsabilidad.

Ambos habían sido responsables de las actividades del día. Se llevó los dedos a los labios, donde Thomas la había besado, y se le apretó el pecho. ¡Le había salvado la vida! Quería poder pagarle por eso, incluso si eso significaba arriesgar su reputación.

Otro escalofrío violento sacudió su cuerpo y se dio cuenta de que no estaba pensando con claridad. Tal vez todavía estaba en estado de shock. Necesitaba entrar en calor, y entonces podría decidir cómo proceder en relación con Thomas y la ira de su padre.



Capítulo Trece

Mientras Thomas cojeaba por el camino de roca aplastada hacia Finlay Hall, un dolor incómodo estalló en su pierna. Después de haber sido regañado por el doctor Morton por la seguridad de su hija mientras expresaba a gritos su decepción hacia Thomas, el médico, de hecho, había inspeccionado su herida.

El médico descubrió que la herida se había abierto por un extremo y la volvió a cerrar con suturas. No había sido tan amable como lo había sido su hija, pero Thomas era muy consciente de que el hombre todavía estaba enojado por lo que le había sucedido a Rebecca.

Honestamente, si hubiera sido su hija quien hubiera sufrido un evento traumático, probablemente él también habría estado en el mismo estado. Era natural que el médico se sintiera así, por lo que Thomas simplemente apretó la mandíbula, sin quejarse del dolor.

El doctor Morton había enviado a Thomas a su camino sin dejarle volver a ver a Rebecca y, según el médico, no podría volver a verla.

Thomas suspiró mientras entraba en la casa solariega solo para ser recibido por Charles, quien parecía interesado en cómo había ido su mañana.

"¿Ya has regresado?" Charles preguntó con una sonrisa, pero en cuanto notó la expresión sombría en el rostro de Thomas, su sonrisa desapareció.

La mirada de Charles cayó, notando la forma en que Thomas arrastraba la pierna con una cojera incómoda y se apresuró hacia él. "Eso parece peor otra vez. ¿Estás bien?" preguntó.

"Tanto como se puede esperar," dijo Thomas con un gesto de cabeza. No tenía ganas de intentar explicar lo que había sucedido. Se sentía cansado y fuera de lugar.

"Deberías estar de mucho mejor humor."

"¿Oh? ¿Y por qué es eso?" Pasó junto a Charles, cojeando aún más mientras caminaba.

"Me contaron que actuaste bastante valientemente en los acantilados. Tu casi ahogamiento y el heroico rescate de una chica local fueron toda una historia," dijo Charles.

Thomas se detuvo de golpe. "¿Dónde demonios escuchaste eso?" preguntó frunciendo el ceño.

"Toda la ciudad de Weymouth habla de ello. Emma y yo estábamos dando un paseo en carruaje con los niños y nos detuvo la señorita Lucy preguntándonos si habíamos oído hablar de tus hazañas heroicas."

"El relato está muy exagerado, hermano," murmuró Thomas.

"Entonces, ¿no tenemos un héroe en medio de nosotros?" preguntó de repente James desde atrás de Charles.

Thomas miró y se dio cuenta de que sus hermanos y sus esposas se acercaban en grupo por el pasillo.

Casi gimió en voz alta, luego sacudió la cabeza. "No fue así en absoluto."

"Entonces, ¿por qué se están difundiendo tantas historias tan rápido? Debe haber algo de verdad en ello," preguntó Emma.

"Algo, en efecto. Pero no mucho."

"Cuéntanos," instó Robert, y los demás estuvieron de acuerdo.

Thomas suspiró y pasó los dedos por su cabello desordenado. "Rebecca y yo estábamos en las rocas más planas junto a la bahía. Era encantador, y ella lo estaba disfrutando mucho. Al igual que yo. Luego la marea subió, inesperadamente rápido. Debo haber calculado mal..."

"O simplemente perdiste la noción del tiempo," dijo James con una sonrisa.

"Tal vez," dijo Thomas. "Sin embargo, el agua comenzó a subir, y cruzamos una pendiente empinada para llegar a la playa donde el sirviente del padre de ella nos esperaba. Allí, Rebecca perdió el equilibrio. Estaba sumergida en el agua, y simplemente la ayudé a salir. Esperamos en la parte más alta de las rocas hasta que el agua bajó y el sirviente la llevó a través de la playa. Yo nadé detrás de ellos. No fue nada heroico. Fue más bien un caso de imprudencia."

"No deberías ser tan duro contigo mismo, Thomas. Aún la rescataste."

"Eso no es lo que su padre cree," dijo Thomas.

"¿Qué quieres decir?"

"Naturalmente, la escolté a casa. Estaba mojada de pies a cabeza, y temblando profusamente, lo que estoy convencido de que fue por el shock más que por el frío, y su padre..."

Sus hermanos y sus esposas lo miraron expectantes y él inhaló profundamente. "Me prohibió ver a su hija otra vez."

"Eso es absurdo. La rescataste," dijo Abigail.

"Necesito sentarme," dijo Thomas, arrastrando la pierna mientras caminaba hacia la sala de estar y caía en la chaise con un suspiro.

Sus hermanos entraron después de él, acomodándose alrededor de la habitación y mirándolo expectantes.

"Sigue, hermano," instó James.

Thomas pasó una mano por su cabello y gimió. "Si no hubiera sido por mi descuido, ella no habría estado en peligro en primer lugar. Acepto la responsabilidad total por lo que sucedió, e incluso se lo dije a él."

Robert cruzó los brazos. Algo claramente le estaba preocupando.

"¿Qué pasa, Robert?" preguntó Thomas.

Robert cambió de peso y una sonrisa se formó en sus labios. "Obviamente, el padre de Rebecca es un médico decente y fino."

"Lo es," respondió Charles. "Es muy respetado en Weymouth, así como en gran parte del condado."

"¿Has estado investigando sobre su trayectoria, querido?" preguntó Emma y cruzó los brazos.

"No soy el que está en juicio aquí," dijo Charles suavemente y se apartó. "Solo estaba asegurando la seguridad de su propia familia."

Emma puso los ojos en blanco ante su esposo.

"Eso no era a lo que me refería, Charles," dijo Robert. "Simplemente quería decir que no muchos médicos habrían regañado a Thomas de la manera en que lo hizo el doctor Morton. Esos médicos que se deshacen ante la nobleza a menudo no son de confianza. El doctor Morton hizo todo lo contrario, y eso muestra que no está sesgado."

"No sesgado en una sociedad sesgada. El hombre tonto. Honesto y leal, pero tonto no obstante," dijo Charles.

"Pero el amor nos hace hacer cosas tontas. ¿No es así, Thomas?" preguntó James con una risita.

Thomas apretó los labios para evitar decir algo de lo que se arrepentiría. No podía descartar

los sentimientos que había desarrollado por Rebecca, pero ciertamente no eran amor. Enamoramiento y deseo, tal vez. Protección y preocupación por su bienestar, ciertamente. Deseo de pasar más tiempo con ella, absolutamente.

Pero ese barco ya había zarpado. El doctor Morton había dejado claro sus deseos y Thomas no se atrevería a rebelarse contra esos deseos, por mucho que anhelara a Rebecca.

"Oh, y hablando de tonterías," dijo James.

Su sonrisa divertida desapareció cuando Abigail le dio un golpecito ligero en el brazo, frunciendo el ceño desaprobadoramente. "James," advirtió.

"Mis disculpas," dijo James y se volvió hacia Charles. "Tal vez puedas informar a Thomas."

"¿Informarme de qué?" preguntó Thomas.

"Tenemos un visitante en la finca, hermano," dijo Charles.

Thomas suspiró y miró a su hermano mayor. "¿Quién es, y por qué es de alguna preocupación para mí?"

"Nuestra madre está aquí," respondió Charles. "Y quiere verte."

Nunca hubo una frase que causara tanto miedo en el corazón de Thomas como las palabras que acababa de pronunciar su hermano. Aunque Thomas no tenía precisamente miedo de su madre, el simple hecho de que hubiera algo que discutir en privado con ella le causaba mucha incomodidad.

Frunció el ceño y apretó la mandíbula y aunque su corazón latía aceleradamente en su pecho, se mantuvo exteriormente compuesto.

Con su madre, no había otra forma.



Capítulo catorce

Rebecca inspiró profundamente mientras Connie quitaba las capas de tela húmeda de su piel mientras un baño caliente la esperaba frente al fuego en sus aposentos. Todavía temblaba, pero ya se sentía mucho mejor. Quizás era simplemente la trepidación inicial de cómo reaccionaría su padre lo que había exacerbado el temblor.

Aún se sentía muy culpable de que Thomas hubiera asumido la responsabilidad total de lo que había sucedido. ¿Quizás había una forma de convencer a su padre de permitirle volver a la casa del pueblo?

El baño fue encantador y cálido, y los temblores de Rebecca desaparecieron por completo mientras se sumergía en el agua. No estaba segura de cuánto tiempo pasó sumergida, pero cuando el agua comenzó a enfriarse y Connie se acercó con una bata, sabía que era hora de salir.

Vestirse con ropa seca solo tomó un corto tiempo con la ayuda de Connie. Rebecca no apreciaba el alboroto, y se alejó de su doncella.

"¿Cuándo estará listo el almuerzo, Connie?" preguntó rígidamente, su estómago se contrajo de hambre.

"Se está preparando, señorita. Su padre insistió en que lo sirva aquí en sus aposentos. Él desea que descanse tanto como sea posible", respondió Connie.

"No necesito descansar. Debo hablar con él."

"No es negociable, señorita," dijo Connie. "El doctor dejó eso claro."

La mandíbula de Rebecca cayó cuando Connie se dirigió a la cama, apartando la manta para que ella pudiera meterse debajo. No podía creer que su padre estuviera siendo tan sobreprotector e irrazonable con ella.

Pero como siempre, hizo lo que le dijeron.

Horas después, Rebecca yacía en su cama, mirando el techo, un aburrimiento intenso la invadía. No había disfrutado su almuerzo en la soledad de sus aposentos, a pesar de lo delicioso que estaba. El aire tranquilo y aislante a su alrededor hacía que la comida supiera a nada, y no podía evitar sentirse llena de tristeza. Normalmente, adoraba la sensación pacífica que le brindaban sus aposentos cuando lo necesitaba, pero ya no era un refugio de paz y armonía. Ahora era una prisión a la que había sido confinada.

Ella no estaba consciente de cuánto tiempo había pasado desde que Connie se marchó con la bandeja vacía, pero su cuerpo le dolía por pasar demasiado tiempo en la cama.

Un golpe en la puerta hizo que el aburrimiento fuera reemplazado por alivio, pero tan pronto como la puerta se abrió y su padre entró en la vista, la ira reemplazó al alivio. Se giró para mirar por la ventana, evitando la mirada de su padre. Pero para su consternación, él se sentó al borde de su cama.

"No estaba seguro de si estabas durmiendo," dijo él.

"El silencio es ensordecedor, y no puedo dormir por eso," dijo ella, citando a uno de sus poetas más adorados. No estaba segura de si su padre recordaba el poema, pero no importaba.

Solo importaba su apropiación.

"De todos modos, debes descansar, mi querida hija," dijo su padre. "¿Puedo escuchar tus pulmones?"

Por mucho que ella quisiera discutir que no había necesidad y que estaba perfectamente sana, asintió. No se atrevía a rebelarse, ya que sabía que su padre todavía estaría muy enojado por lo que había sucedido.

Rebecca se sentó erguida a su solicitud y su padre puso ambas manos en su espalda, debajo de sus hombros.

"Inhala tres respiraciones profundas, y exhala lentamente," dijo su padre.

Ella hizo lo que le dijeron, inhalando lentamente por la nariz y exhalando por la boca como su padre le había enseñado muchos años atrás. Su padre realizaba esta prueba en todos sus pacientes, para ver si los dos lados del pecho se movían de manera similar. También escuchaba atentamente cualquier sonido anormal que viniera de la garganta o los pulmones.

"No hay sibilancias, pero no significa que puedas salir de tus habitaciones," dijo él, añadiendo rápidamente la última parte cuando ella comenzó a girarse hacia él.

"Padre, por favor. El aburrimiento me asedia, y el silencio a mi alrededor puede hacerme perder la cordura."

"Más vale tu cordura que tu vida," dijo él, casi entre dientes, mientras se movía hacia el borde de la cama. "Ahora, dime exactamente qué sucedió."

"¿No lo escuchaste de Thomas Melton? Escuché que lo interrogaste. De manera bastante agresiva."

"¿El joven irresponsable que puso en peligro a mi hija? Tenía todo el derecho de interrogarlo de la manera que eligiera," dijo su padre. "Ahora, dime."

Rebecca suspiró, pero como siempre, hizo lo que su padre le pidió. Pasó toda la historia, principalmente desde donde subió la marea, hasta donde cayó al agua y cómo Thomas la había salvado. Se aseguró de enfatizar ese último punto, queriendo que su padre supiera que Thomas realmente la había salvado la vida.

Por supuesto, se abstuvo intencionalmente de contarle sobre el beso que habían compartido.

"De todos modos, no puedo entender que un hombre pueda comportarse de tal manera como para poner a una joven en tal peligro," dijo su padre suavemente, su tono lleno de desaprobación.

"Padre, no fue culpa de Thomas que el agua se volviera turbulenta y que yo cayera. Soy una mujer adulta..."

"Que no sabe nadar, sin embargo, él insistió en que te unieras a su excursión arriesgando tu vida," dijo su padre.

Rebecca suspiró ante la actitud teatral y negó con la cabeza. "En primer lugar, él no sabía que no podía nadar. En segundo lugar, no tuvo la culpa. Me rescató del agua y me mantuvo a salvo mientras esperábamos que bajara la marea. Arriesgó su propia vida nadando a través del agua—con una pierna lesionada—mientras yo era llevada por Marcus. No hay necesidad de ser tan duro con él."

Él ignoró sus palabras y bajó la mirada, con la mandíbula apretada. "Permanecerás en cama por el resto del día."

Su boca se apretó. ¿Era este su castigo? "Padre, yo..."

"Instruiré a Connie para que te dé bebidas calientes cada hora y para que te mantenga cómoda."

"Padre, me siento mucho mejor. ¿No puedo al menos moverme al salón, frente al hogar? Seguramente, puedo mantenerme caliente también allí."

"Permanecerás en tus habitaciones, y eso es final," dijo su padre sombríamente y se levantó.

Mientras se dirigía a la puerta, Rebecca no pudo resistir decir: "Tal vez en lugar de ridiculizar a Thomas y encerrarme, deberías estarle agradecido por haberme rescatado, y realmente confiar en mis palabras."

Su padre la miró por encima del hombro y sacudió la cabeza. "La confianza debe ser ganada y no dada simplemente, Rebecca."

Después de todos estos años, ¿no había ganado su confianza? "Padre, espera. Por favor."

"Connie te será enviada pronto."

Cuando su padre se fue, lágrimas de ira llenaron sus ojos y arrojó uno de sus cojines a la puerta. Había sabido que su padre era testarudo en el pasado, pero nunca en su vida había sido tan poco razonable.



Capítulo Quince

Thomas miraba la puerta de la suite de huéspedes de la Duquesa Viuda desde el extremo del pasillo, con su corazón latiendo fuerte en su pecho. Tan solo pensar en enfrentarse a su madre, especialmente después de lo que había sucedido hoy, era intimidante.

Los eventos en la bahía ya estaban circulando por Weymouth, aunque su heroísmo había sido exageradamente magnificado, y había una buena posibilidad de que su madre ya hubiera escuchado las noticias. Ella querría saber cómo todo había ocurrido en detalle, y más sobre la joven a la que Thomas había rescatado.

Su mandíbula se apretó mientras avanzaba lentamente por el pasillo hacia la puerta, y se regañaba a sí mismo por su cobardía. Nunca había tenido miedo de su madre, aunque ella lo intimidara, así como a todos los que conocía.

Ella parecía agradable al principio, y su estatura pequeña te hacía sentir que no debías sentirte intimidado. Pero tan pronto como comenzaba a hablar, esos sentimientos cambiaban drásticamente. Hablaba con confianza y autoridad, y al parecer había sido así incluso antes de casarse con el duque. Su personalidad fuerte la hacía deseable para los hombres, aunque también eran cautelosos con ella. Su padre la había encontrado encantadora. Le gustaba que defendiera sus ideas y no permitiera que nadie la pisoteara.

La Duquesa Viuda no era una madre cariñosa y afectuosa, pero amaba a sus hijos y les había enseñado la manera correcta de tratar a las mujeres.

Thomas inhaló una última vez antes de detenerse frente a la puerta y golpear suavemente.

"Adelante, Thomas."

No debería haberle sorprendido que ella supiera que era él. Después de todo, ella lo había llamado.

Abrió la puerta y entró silenciosamente en la suite. Su madre, que estaba junto a la ventana, se giró hacia él e inclinó la cabeza. Estaba vestida con un vestido azul oscuro de día, su cabello grisáceo estaba dividido por el centro y sujeto firmemente en la nuca. Para su edad, se veía bien, aunque por la expresión de sus cejas, parecía molesta.

"Buenas tardes, madre," dijo Thomas mientras se acercaba a ella. "Es un placer verte de nuevo."

"En efecto, querido Thomas," dijo ella y lo abrazó. "Aunque desearía que pudiera ser bajo mejores circunstancias."

"¿A qué te refieres?" preguntó él.

"Siéntate conmigo," dijo ella.

Thomas asintió y tomó asiento en el sofá cerca de la ventana. Su madre se sentó en el sofá frente a él y colocó sus manos en su regazo.

"Esperaba más de ti, Thomas. Eres un joven inteligente con una mente brillante y curiosa, pero tus pasatiempos tontos y tu negativa a comportarte como un adulto responsable me hacen cuestionar tu carácter."

Thomas parpadeó ante ella. ¿Qué había provocado este ataque? "Madre, no son pasatiempos tontos. Tengo pasión por la búsqueda de fósiles, un profundo amor por ello, y me trae alegría de formas que nadie parece entender."

"Aunque eso te ponga en peligro," añadió ella.

Frunció el ceño. "No entiendo."

La duquesa suspiró y señaló su pierna. "Escuché que te lesionaste gravemente la pierna, y que el médico llamó a Charles para que te llevara a la finca, ya que no eras capaz de hacerlo."

"Perdí bastante sangre, en efecto, pero estoy perfectamente bien. No había necesidad de que viajaras todo el camino desde Portsmouth hasta aquí. No soy un niño."

"Entonces deja de comportarte como tal."

Su voz resonó en la habitación y Thomas bajó la mirada.

"¿Quién es la joven que rescataste esta mañana?" preguntó la duquesa.

"Ella es la hija del médico. La invité a acompañarme mientras buscaba fósiles."

"¿Y ella intentó ahogarse a propósito para que la salvaras?" preguntó la duquesa.

"¿Qué? ¿De dónde sacaste semejante tontería?" preguntó Thomas.

"Responde a mi pregunta, Thomas. ¿Cuáles son sus intenciones contigo?"

"No hay intenciones," respondió él, confundido por el tono de su madre y su creciente molestia. ¿Cómo se atrevía su madre a atacar a Rebecca, cuando no sabía nada sobre ella y nunca la había conocido? "Mostró interés en el fósil que encontré cuando estaba herido. Muy pocas personas muestran algún interés en él en absoluto, y yo simplemente pensé..."

"¿Que era diferente?"

Thomas suspiró y apartó la mirada. Tuvo que morderse los labios para evitar decir algo que luego lamentaría.

"Mi querido Thomas. Naciste en una familia prominente y noble. Ella es la hija de un médico local, sin título ni nobleza. Ella sabe exactamente quién eres tú y quién es nuestra familia. ¿No crees que ella solo fingió estar interesada en ti por tu estatus?" preguntó ella.

La mandíbula de Thomas se tensó y negó con la cabeza. "No. Rebecca no es ese tipo de persona."

"¿Y cuánto hace que conoces a esta mujer?"

Su mirada bajó y se dio cuenta de que su madre tenía razón. Realmente no conocía a Rebecca en absoluto, pero eso no significaba que su madre estuviera en lo correcto. Nunca tuvo la impresión de que Rebecca solo estuviera interesada en él por quién era su familia.

¿Había juzgado mal sus intenciones? Seguramente no.

El beso que habían compartido ciertamente no parecía como si ella estuviera fingiendo. De hecho, no había sido ella quien hizo el primer intento de besarlo. Él fue quien la besó a ella.

"Estoy *seguro* de que sus intenciones no son tan corruptas como tú afirmas," dijo Thomas firmemente, y se levantó del sofá.

"Apenas conoces a la mujer," dijo su madre.

"Madre, con todo respeto..."

"No hay ni rastro de respeto en tu tono, joven. ¿Necesito recordarte con quién estás hablando?" Su madre se levantó de su asiento. "Eres un Melton. Un hombre soltero noble y titulado. Un hombre rico, atractivo que aún no ha encontrado esposa."

"No, me niego a creer nada malo de Rebecca. Ella no es..."

"Ya sea que *pienses* que lo es o no, ella es un problema. Y debido a su intento de atraparte difundiendo rumores sobre ti y ella en un momento bastante íntimo al pie de los acantilados, te prohíbo tener cualquier contacto con ella, con efecto inmediato," dijo la Duquesa Viuda.

Los puños de Thomas se cerraron. "No puedes prohibirme. Soy un hombre adulto..."

"Hasta que comiences a actuar como un hombre adulto, yo tomaré tus decisiones por ti," intervino ella firmemente.

"No me dejaré controlar, especialmente no por ti. Esto no es asunto tuyo," dijo Thomas.

"Cuando afecta la reputación de mi familia, entonces es mi asunto. No vuelvas a ver a esa mujer. ¿Está claro?"

¡No! ¡No lo está! Thomas apretó la mandíbula y sin decir otra palabra, salió enfurecido de la suite de invitados y se dirigió a su habitación. Al cerrar la puerta de un portazo, un dolor punzante estalló en su cabeza y se deslizó hasta el suelo con la espalda contra la puerta.

Demasiados pensamientos confundían su mente, pero ninguno de ellos tenía que ver con que las intenciones de Rebecca no fueran nobles. No creía nada de eso. Ni por un momento. Sus ojos habían sido sinceros cuando lo miraban. Transmitían una inocencia que lo hacía creer que ella no lo veía como un Melton o un lord, o como el hermano de un duque. Ella lo veía como un ser humano, y estaba interesada en su mente y su corazón, no en su riqueza.

Su madre estaba equivocada. Y no permitiría que arruinara su vida con su propia ignorancia.



Capítulo dieciséis

Con el corazón latiendo con fuerza, Rebecca alisó el dobladillo de su vestido y abrió la puerta que conducía a los consultorios de su padre.

Se sentía mucho mejor y deseaba interactuar con la gente. No se había dado cuenta de lo sola que estaría, viendo a Connie solo brevemente cuando traía comidas y bebidas calientes. Connie no se quedaba mucho tiempo, lo que hacía que Rebecca anhelara aún más la interacción humana.

Lo que su padre diría quedaba por verse.

Rebecca entró en las salas y, para su consternación, la asistente de su padre, la enfermera Beckett, estaba detrás del mostrador de madera.

"Buenos días, Rebecca," la saludó alegremente.

"Buenos días, enfermera Beckett. No estaba segura de si estarías aquí hoy."

"De hecho, lo estoy."

"¿Está todo bien con tu familia? Mi padre me informó que tuviste una emergencia familiar," dijo Rebecca.

"La situación está mejor y bajo control. Mis hermanas llegaron de Londres y se harán cargo de las cosas mientras estoy en el trabajo."

"Estoy segura de que mi padre te habría permitido atender tu situación por unos días más."

"Soy consciente, pero mis hermanas pueden ser un poco molestas," dijo la enfermera Beckett con una sonrisa forzada. "De todos modos, estoy feliz de estar aquí."

Rebecca sonrió incómodamente y cambió su peso de un pie a otro. "Enfermera Beckett, ¿podrías...?"

Al sonido de la voz de su padre, Rebecca se giró hacia él e intentó con todas sus fuerzas no quedarse paralizada por el miedo. La voz de su padre se desvaneció al notarla de pie en el mostrador y bajó el archivo que tenía en las manos.

"Rebecca," dijo simplemente.

"Buenos días, padre."

"¿Qué haces aquí? Deberías estar descansando."

"Creo que he descansado lo suficiente. Me siento perfectamente bien," insistió ella.

La mandíbula del Doctor Morton se tensó, y miró a la enfermera Beckett, quien volvió a organizar una pila de documentos frente a ella.

Caminó hacia la puerta que conectaba sus salas con la casa y le hizo señas a Rebecca para que lo siguiera. Ella obedientemente hizo lo que le ordenaron.

Al entrar al pasillo, su padre cerró la puerta y se volvió hacia ella.

"Padre, soy consciente de lo que dijiste y sé que piensas que debería estar descansando, pero estoy perfectamente bien. No puedo soportar otro minuto sola en mis habitaciones. Deseo ayudarte con los pacientes hoy."

"La enfermera Beckett está aquí, así que no necesitas ayudarme. Podemos manejarlo," dijo

fríamente.

"Padre, por favor. No puedes esperar que me quede dentro de las paredes de mis habitaciones por más tiempo. Deseo salir, respirar el aire fresco. Por favor."

"No espero que lo entiendas, Rebecca, pero solo pensar en perderte es angustiante."

"Tal vez, pero apretar las riendas de mi vida solo me hará tirar más fuerte en la dirección opuesta."

Su padre entrecerró los ojos y cambió su peso. "¿Qué es lo que deseas, Rebecca?"

"Deseo ir a los acantilados, padre. Necesito sol y aire fresco. Necesito no estar en esta casa por más tiempo. No puedo soportar estas paredes."

"¿Necesito recordarte lo que sucedió la última vez que te acercaste a los acantilados?" preguntó él.

"Connie puede venir también. Puedo llevar mi caballete y dibujar. Sabes que eso me hace sentir mejor. Por favor, padre, ya que no soy de importancia aquí."

"Eso no es lo que dije," dijo él.

"No fue lo que dijiste, padre, fue la manera en que lo dijiste. Fue hiriente. Ahora quieres que simplemente vuelva a mis habitaciones, ¿y esperas que no esté molesta? Eso no es justo."

Él cambió su peso y la miró con enojo. Ella contuvo la respiración, con el corazón latiendo fuertemente en su pecho. Nunca había dicho tales cosas a su padre antes. Nunca había desafiado su autoridad de esta manera. Pero simplemente se volvería loca si él la encerraba de nuevo.

Finalmente, él dijo, "Puedes ir."

"Gracias..."

"Sin embargo," interrumpió y levantó la mano. "Solo podrás ir si Connie te acompaña, si te mantienes abrigada, te alejas del borde de los acantilados y evitas el agua."

"Sí, sí y sí, padre," dijo con una sonrisa aliviada.

"Y no debería recordarte que aún no te otorgo permiso para acercarte a Thomas Melton. Se le ha prohibido verte o tener cualquier contacto contigo, y tú debes hacer lo mismo. ¿Está claro?"

Rebecca inclinó la cabeza hacia un lado y miró a su padre sin decir una palabra. No deseaba discutir con él, y a pesar de su necesidad de defender las acciones de Thomas, su padre ya le había concedido la libertad de ir a los acantilados. No diría nada que pusiera en peligro la pequeña confianza que aún tenía en ella.

"Eso está claro, padre."

"Por favor, ten cuidado. No quiero verte en el estado en el que estabas hace tres días."

"Te lo prometo, seré cuidadosa."

Brevemente abrazó a su padre en agradecimiento antes de girar sobre sus talones para encontrar a Connie e informarle la maravillosa noticia. Estaba segura de que Connie también estaría aliviada de estar al aire libre después de atender a Rebecca en sus habitaciones.

Mientras subía los estrechos escalones, una sonrisa se formó en sus labios solo para encontrarse con un toque de tristeza. Ya sabía que un futuro con el encantador y apuesto Thomas era imposible, dadas sus respectivas posiciones. Ella era la hija de un médico cuyo único título era el de Doctor.

No provenía de una línea noble. Su familia no era adinerada, y no había asistido a la escuela de etiqueta más prestigiosa, o a ninguna, de hecho. No es que fuera de importancia. La educación y las oportunidades académicas de uno no determinaban si uno poseía gracia y bondad. No eran cosas que necesariamente fueran de la mano.

A Thomas no parecía importarle que no tuviera un título, y que su familia no fuera rica. Disfrutaba pasar tiempo con ella incluso sabiendo que su padre era el médico de la ciudad.

Su sonrisa se desvaneció al pensar en un futuro sin Thomas, lo cual la alarmó de la manera más sorprendente. Se detuvo abruptamente en medio del pasillo y su mano inconscientemente alcanzó su corazón. Imaginar un futuro sin Thomas era sombrío, pero era la mejor opción.

¿Pero lo mejor para quién? Ciertamente no para ella.

"¿Está bien, señorita?" Connie le preguntó tan repentinamente que la sorprendió.

Ella saltó y asintió. "Estoy perfectamente bien. De hecho, estoy encantada."

"Maravilloso, señorita."

"De hecho, lo es," dijo Rebecca con una sonrisa. "Prepare mi caballete y mis suministros de pintura, por favor. Nos dirigimos a los acantilados. Mi padre me ha dado permiso para ir y desea que me acompañe."

"Por supuesto, señorita. De inmediato," dijo Connie, una sonrisa brillante y alegre apareciendo en sus labios.

Tenía razón. Connie estaba tan aliviada y encantada con la noticia como lo estaba Rebecca. El aire fresco era necesario para ambas.



Capítulo Diecisiete

Algo no estaba bien. Thomas sacudió la cabeza con desaprobación mientras miraba su caballete. Aunque la vista a su alrededor de la bahía de Weymouth y los acantilados y la ciudad a su derecha era pintoresca, algo estaba mal. Su pintura parecía apagada y sin vida, completamente carente de inspiración. Le faltaba pasión y corazón, y Thomas conocía la razón precisa.

Después de que su madre le prohibiera groseramente volver a ver a Rebecca y la llamara "*esa mujer*", Thomas había estado de mal humor. Una nube oscura de ira y resentimiento lo había estado siguiendo desde entonces, y su tolerancia hacia su familia había sido muy baja. Incluso hacia sus hermanos, que tenían poco o ningún poder en el asunto debido al rango de su madre.

Incluso su hermano mayor, Charles, había venido a verlo tarde la noche anterior, informándole de la conversación de su madre con él. La duquesa le había pedido a Charles que se asegurara de que Rebecca no pusiera un pie en los terrenos de la finca, y que se encargara de ella si intentaba hacerlo. También dejó claro que a Thomas no se le permitía acercarse a Rebecca, y que su razonamiento para tomar tales medidas drásticas era que deseaba proteger el nombre de la familia Melton.

Sin embargo, sus razones no eran suficientes para Thomas. Su madre no conocía personalmente a Rebecca, ni había hecho ningún intento de conocerla. Su madre no estaba en posición de juzgar, aunque había sembrado en la mente de Thomas la idea de que Rebecca no era de fiar. Thomas se despreciaba por siquiera contemplar la idea, aunque fuera por un momento. Rebecca no era el tipo de mujer capaz de hacer algo así.

Sin embargo, había muy poco que Thomas pudiera hacer, aunque la mera idea de que su madre intentara controlarlo era exasperante. Sus acciones no habían sido infantiles o inmaduras, pero claramente su madre pensaba lo contrario. Había rescatado a Rebecca, no la había asesinado.

Gruñó de agitación y volvió a acercar su pincel al lienzo, desesperado por encontrar la inspiración dentro de él. De reojo, notó movimiento, y al girarse, su humor sombrío se alivió. Haciendo su camino por la ladera de la colina hacia el acantilado estaban Rebecca y su criada. La criada llevaba un caballete y Rebecca llevaba un taburete plegable y su cartera de cuero. Supuso que la cartera contenía sus suministros de arte, ya que la había tenido consigo cuando la había encontrado dibujando en la playa la última vez.

Rebecca estaba vestida más abrigada de lo necesario, pero seguramente era debido a que su padre era sobreprotector con ella. Thomas había aceptado que el médico no quería que él se acercara a ella, pero al ver a Rebecca en ese momento, ni las palabras del médico ni las amenazas de su madre tenían peso alguno.

“¡Rebecca!” llamó cuando ella se acercaba.

La joven se detuvo de repente y sus ojos se agrandaron. La expresión en su hermoso rostro alarmó a Thomas y su sangre se heló en sus venas. ¿Retrocedería y se iría? ¿También había sido

amenazada por su padre si se acercaba a él?

Thomas contuvo la respiración mientras veía cómo Rebecca se giraba lentamente hacia su doncella, temiendo que ella se volviera y corriera en dirección contraria.

Para su sorpresa y alivio, Rebecca y su doncella se acercaron a él con el caballete.

“Perdóneme, señor,” dijo Rebecca y se aclaró la garganta. “¿Está este lugar reservado para alguien en particular?”

Señaló el espacio vacío de césped junto a él y él le sonrió.

“Iba a encontrarme con alguien aquí, pero parece que ella tiene otros compromisos,” respondió Thomas, jugando su juego.

“Debe ser la persona más tonta que conozco por no reunirse con un hombre tan distinguido como usted,” dijo Rebecca, con una sonrisa en su hermosa boca.

“Es bienvenida a acompañarme, si no hay ninguna razón por la que no deba hacerlo,” dijo él.

“Oh, hay muchas razones por las que no debería, pero simplemente elijo ignorarlas,” dijo ella y señaló a la doncella para que instalara su caballete junto a Thomas.

Él le sonrió mientras ella esperaba pacientemente a que la doncella terminara, luego se sentó en el taburete frente al lienzo vacío.

“Su pintura parece carecer de algo,” dijo Rebecca mientras estudiaba brevemente su obra.

Él suspiró, no sorprendido de que otro artista pensara lo mismo. “Lo sé. Mi inspiración se vio detenida por la llegada repentina de mi madre ayer por la noche.”

“¿Su madre? ¿La Duquesa Viuda está en Weymouth?”

“¿Conoce a mi madre?” preguntó con sorpresa.

“No, en lo absoluto, pero estoy al tanto de los títulos de su familia.”

“¿Mi familia le interesa?” preguntó él.

“No en lo absoluto,” dijo ella, y rio. “Quizás mis palabras se malinterpretaron.”

Thomas no pudo evitar preguntarse si ella lo había hecho a propósito para evitar ser descubierta como mentirosa, o para quedar bien delante de él. Apretó la mandíbula mientras se regañaba por siquiera pensarlo, permitiendo que su madre afectara cómo percibía a Rebecca.

“¿Qué le preocupa, Thomas?” preguntó Rebecca de repente.

Él la miró y suspiró. “Muchas cosas.”

“Estoy de acuerdo. Mi padre me permitió salir de la casa para dibujar después de tres días de confinamiento. Está siendo bastante irrazonable. Me prohibió tener cualquier contacto con usted. Y estoy segura de que también le dijo que se alejara de mí.”

“En efecto,” dijo Thomas con un gesto de cabeza. “Mi madre hizo lo mismo, aunque no la aprehendió de la misma manera que su padre lo hizo conmigo.”

“Sinceramente, me disculpo por eso. Mi padre...”

“Por favor, no se disculpe. No fue culpa suya. Tampoco de su padre. Él solo la estaba protegiendo.”

“No necesito protección. Soy una mujer adulta,” dijo ella.

“Ciertamente,” dijo Thomas con un suspiro.

Sabía exactamente cómo se sentía Rebecca en manos de su padre, ya que coincidía con sus propios sentimientos en manos de su madre. Impotente y silenciado para hacer lo que se les obligaba.

Rebecca comenzó a reír y Thomas la miró perplejo. “¿Qué puede ser tan divertido?”

“Aunque debería estar mortificada, enojada y molesta de que su madre desee que se mantenga alejado de mí y que mi padre desee que me mantenga alejada de usted, no puedo evitar reírme de la ironía de todo esto. Después de todo, no hicimos nada malo,” dijo ella.

“¿No le contó del beso, verdad?” preguntó él.

“¿Y usted?” levantó una ceja.

“Por supuesto que no. No es asunto suyo.”

Rebecca suspiró aliviada y asintió. “¿Su madre lo sabe?”

“No. En absoluto.”

“Bueno,” dijo Rebecca, y sacudió la cabeza. “Tal vez debería empezar a llamarse Romeo a partir de ahora. Claramente esto se asemeja demasiado al cuento de los amantes condenados por las estrellas.”

“Preferiría que no lo hiciera,” dijo él con el ceño fruncido. “No soportaría que termináramos como ellos. Más bien la llamaría un rayo de sol, radiante y hermosa, siempre fuera de mi alcance.”

Una sonrisa dulce y soñadora se formó en sus labios y ella acomodó un mechón de cabello rebelde detrás de su oreja. “Y yo lo llamaré mi rayo de sol. Fuerte e impactante; devorador.”

Thomas mordió su labio inferior mientras el brillo en sus ojos encendía su alma, avivando la inspiración que le había faltado en los últimos días.



Capítulo Dieciocho

Rebecca entró flotando en la casa con Connie siguiéndola de cerca. Había pasado toda la mañana con Thomas, dibujando en el acantilado, y el tiempo que había pasado con él había sido más que delicioso. Lo había echado de menos más de lo que creía. Su presencia, su voz y su risa. Su alma estaba feliz una vez más. Por supuesto, no podía decírselo a su padre, pero culparía de su buen humor al aire fresco y a la capacidad de dibujar. Su padre sabía que ella adoraba la actividad y esperaba que no la cuestionara demasiado de cerca.

Connie se apartó de su lado para devolver su caballete y sus materiales de arte a sus dormitorios, y Rebecca caminó silenciosamente por el pasillo, con una sonrisa en los labios, el corazón ligero y el alma llena de felicidad.

A pesar de que Thomas le informó que su madre no deseaba que pasara tiempo con ella, ella no se sintió tan ofendida por la proclamación como pensó que lo habría estado. De hecho, fue bastante emocionante y excitante pasar tiempo con Thomas sin el consentimiento o la aprobación de sus padres. Hubiera preferido no hacerlo en secreto, pero parecía que sería la única forma en que podrían pasar tiempo juntos.

Una puerta se cerró con fuerza detrás de ella, sobresaltándola y girando. Su padre estaba de pie en el umbral de la puerta, pareciendo muy agitado.

"Ahí estás, Rebecca. Me preguntaba cuándo volverías," dijo.

"¿Pasa algo, padre?" preguntó.

"Me han llamado a Finlay Hall-"

Su corazón comenzó a acelerarse en su pecho. "¿Por qué, padre? ¿Qué ha pasado?"

"No estoy seguro, pero la solicitud llegó hace poco tiempo. La duquesa viuda requiere asistencia."

Rebecca asintió. "Espero que esté bien, y que no sea nada grave."

"Tú y yo veremos cuando lleguemos."

"Perdón, padre."

"Debes acompañarme. La duquesa viuda lo pidió."

La boca de Rebecca se secó casi al instante. "¿Por qué?" preguntó, con la voz ronca.

"No hay tiempo para todas estas preguntas. Debemos darnos prisa."

"Muy bien, padre. Tendré que cambiarme de ropa. No tardaré mucho."

"Estaré esperando en el carruaje."

Rebecca se dio la vuelta y se apresuró a subir la estrecha escalera hasta entrar en su dormitorio. Se mordió el labio inferior mientras se cambiaba rápidamente a un vestido más apropiado para la ocasión y se sujetaba el pelo cuidadosamente en la nuca. Aunque se dio cuenta de que cualquier intento de causar una buena impresión en la duquesa viuda sería inútil, lo hizo por el bien de su padre. No deseaba que lo vieran de mala manera, ya que no tenía nada que ver con la situación actual. De hecho, seguramente estarían de acuerdo en que sus hijos no debían estar cerca el uno del otro.

Rebecca corrió rápidamente hacia el carruaje después de vestirse adecuadamente y subió. Su padre parecía impaciente, pero ella sabía que era sólo porque no quería hacer esperar a la duquesa viuda.

Su padre había pasado muchos años construyendo su reputación como un hombre confiable y leal, y ella no deseaba dañarla, aunque temía que ya lo hubiera hecho. Un daño irreparable del que ni siquiera era consciente.

A pesar de la sensación de temor que se avecinaba dentro de su corazón, no deseaba darle a su padre ninguna indicación de que la duquesa viuda ya la despreciaba. ¿Quizás se debía a su bajo estatus? Pero, seguramente, la duquesa viuda no era *tan* superficial.

Rebecca exhaló y contempló las colinas que pasaban mientras el carruaje avanzaba por el sinuoso camino hacia Finlay Hall. Eligió pensar en la maravillosa mañana con Thomas en lugar de preocuparse por cosas que no estaban claras. Su padre no dio ninguna razón para que la duquesa los hubiera mandado a buscar, y tal vez podría deberse a que la anciana estaba enferma y requería atención médica.

Sin embargo, lo que estaba destinado a suceder sucedería, y no había nada que Rebecca pudiera hacer para cambiarlo.

"Parece que el tiempo en el acantilado dibujando te ha levantado el ánimo," dijo su padre.

Miró a su padre y asintió. "Efectivamente. Era precisamente lo que necesitaba."

Él sonrió con tristeza y asintió también. "Te pareces a tu madre. Cada vez que estaba molesta, triste o desanimada, se sentaba junto a su caballete en el jardín y dibujaba. Por una mañana, una tarde e incluso durante la noche. Era su momento de encontrar la paz en sí misma. Te pareces mucho a ella."

Había visto a su madre dibujar, vertiendo silenciosamente su corazón y su alma sobre el papel y el lienzo. Había sido elegante y hermosa, encantadora e inspiradora, y era algo que Rebecca anhelaba. Su madre había sido una parte importante de su vida, y extrañaba mucho su presencia. Incluso después de todo este tiempo, anhelaba escuchar su voz, sentir el calor de su abrazo.

"Se la llevaron demasiado pronto. La extraño todos los días," dijo Rebecca en voz baja. "Pero me siento más cerca de ella cuando dibujo."

"Entonces no te lo quitaré, Rebecca. Eres libre de dibujar donde y cuando quieras. Creo firmemente que tu madre estaría de acuerdo conmigo."

Ella sonrió tristemente y dijo: "Gracias, padre."

Un breve silencio llenó el carruaje hasta que su padre volvió a hablar. "Te preguntas por qué la duquesa viuda ha solicitado también tu presencia."

"Eso es correcto, padre."

Él la miró y frunció los labios. "Tal vez descubrió que eres es más atenta que yo a las mujeres mayores. Eres amable y gentil, y entiendes la vulnerabilidad de sus situaciones mejor de lo que yo podría hacerlo."

"Eso es algo muy bonito de decir, padre." Aunque lo más probable es que sea incorrecto.

"Lo digo en serio, querida. Siempre has poseído un corazón bondadoso y una mente curiosa, lo que algunos considerarían poco convencional para una mujer joven. Pero te hace única y muy especial para mí."

"Gracias, padre," dijo Rebecca con una sonrisa, y bajó la mirada.

Su padre nunca había expresado su amor por ella de una manera tan encantadora, y era a la vez entrañable y abrumador. Sin embargo, también temía que si se enteraba de su desobediencia y de su encuentro secreto con Thomas, aunque fuera por casualidad, no la tendría en tan alta

estima. Técnicamente, ella no le había mentido, pero una mentira por omisión seguía siendo una mentira.

Cuando Finlay Hall apareció en la distancia, sus hombros se tensaron, preparándose para un posible ataque de la duquesa viuda.



Capítulo diecinueve

Había un brillo alegre en el paso de Thomas mientras avanzaba por el amplio sendero de carros que conducía a la casa señorial. Había disfrutado mucho de su mañana con Rebecca, aunque no había sido planeada. Durante toda su conversación, Thomas no detectó ningún tipo de engaño por parte de ella, y el hecho de que el doctor Morton le hubiera prohibido verlo dejaba claro que la familia no estaba interesada en atraparlo.

Su madre obviamente estaba equivocada acerca de las motivaciones e intenciones de Rebecca, pero Thomas también conocía a su madre y lo terca que era. No se dejaría influenciar fácilmente por nadie, ni siquiera por sus propios hijos. Quizás había otra forma en la que Thomas podría convencerla de que Rebecca era una persona amable y genuina, sin ningún motivo oculto.

Francamente, a Thomas no le importaría si era atrapado en matrimonio por Rebecca. Ella no solo era hermosa y encantadora de contemplar, sino que también era una joven inteligente e ingeniosa que lo hacía reír. Su mañana había sido mejor de lo que había anticipado, y todo había sido gracias a su presencia. Ella lo había inspirado, y su belleza lo motivaba a ser mejor.

Un mejor artista.

Y un mejor hombre.

¿Qué más se podría desear en una esposa?

Thomas se acercó a la casa señorial y notó a un lacayo esperando en la puerta lateral. Normalmente no habría nadie afuera a menos que se estuviera recibiendo visitantes.

Thomas se dirigió a un sirviente que se acercaba y le entregó el caballete y los suministros de pintura. "¿Podrías devolver esto amablemente a mis aposentos?" preguntó Thomas al sirviente.

"Sería un placer, mi señor," respondió el sirviente, tomando los suministros de él.

"Gracias," dijo.

Thomas observó al lacayo por un momento antes de acercarse a él. "Tú, ahí," dijo. "¿Cuál es el propósito de tu presencia?"

El lacayo miró a Thomas y aclaró su garganta. "Su Gracia, la duquesa viuda, mandó llamar al médico local, y se me instruyó esperar su llegada."

"¿El doctor Morton?" preguntó Thomas, a lo que el lacayo asintió. "¿Por qué lo mandó llamar?"

"Su Gracia se siente indispuesta y deseaba que el médico viniera a examinarla."

Thomas entrecerró los ojos, inmediatamente sospechando de las acciones de su madre. Conocía bien a su madre, y ella se negaba a que cualquier persona excepto su propio médico la examinara. ¿Cuáles eran sus intenciones?

Esperaba que no actuara de una manera que pudiera insultar al doctor Morton.

Mientras abría la boca para responder, el sonido de las ruedas del carruaje y los cascos de los caballos pisando el suelo sonó en el aire, volviéndose más fuerte con cada momento que pasaba. Thomas se giró y vio el carruaje avanzando hacia la casa señorial.

Para su sorpresa, Rebecca estaba sentada junto a su padre, con los ojos abiertos y mirándolo

directamente a él.

¿Había solicitado su presencia también su madre? Si lo había hecho, ¿cuál era el propósito?

Thomas empezó a desconfiar más de las acciones de su madre, pero no tendría la oportunidad de enfrentarla antes de que llegara el médico. Sin embargo, estaba preparado para detener a su madre si intentaba dañar a Rebecca de alguna manera. Eso era algo que no toleraría.

El carruaje se detuvo y tanto él como el lacayo dieron un paso adelante. Pero Thomas se dio cuenta de que no era su lugar recibirlos en su carruaje. Después de todo, no eran sus invitados. El lacayo ayudó a bajar a Rebecca del vehículo, y el médico la siguió inmediatamente después.

La mirada fría que recibió del doctor Morton era comprensible, y estaba perfectamente contrastada por la calidez que permanecía en la mirada de Rebecca.

"Doctor Morton, es bueno verlo," dijo Thomas formalmente.

"En efecto," dijo simplemente el médico, apartándose de él.

"Buenas tardes, señorita Rebecca," dijo Thomas, saludándola con la formalidad a la que no estaba acostumbrado en su presencia, pero que ciertamente era necesaria.

"Buenas tardes, mi señor," respondió ella, correspondiendo su formalidad.

"Creo que mi madre solicitó su presencia, doctor Morton," dijo Thomas, desesperado por averiguar por qué Rebecca se había unido a su padre.

Rebecca le había informado antes de que su padre deseaba que se mantuviera alejada de él, pero allí estaba en la finca. ¿Fue por su propia voluntad, o de alguna manera había influido en la mente de su padre para que le permitiera visitar a Thomas?

A juzgar por la frialdad con la que el doctor Morton habló con Thomas, no fue así. Su madre también había dejado claro su desdén y desaprobación hacia Rebecca, y no apreciaría la presencia de Rebecca en Finlay Hall.

"Así es. Su madre solicitó la presencia de los dos," respondió el médico.

"¿Es así?" preguntó Thomas, mientras miraba brevemente a Rebecca.

"Efectivamente. Al parecer, Su Gracia se siente mal y deseaba que ambos la asistiéramos."

Thomas asintió. Su madre estaba tramando algo y él sospechaba que no produciría un resultado positivo. ¿Qué tenía planeado?

Su imaginación estaba volando, y aunque sabía que podría estar exagerando, era muy consciente de su madre y sus mañas. Thomas estaba decidido a averiguar qué estaba tramando, incluso si eso significaba confrontarla mientras el médico y Rebecca estaban presentes.

"Permítame que los acompañe a los dos a la suite de mi madre," ofreció Thomas, y antes de darle al doctor Morton la opción o la oportunidad de declinar, hizo un gesto hacia la puerta principal de la mansión. "Estoy seguro de que desearía ser examinada lo antes posible, dada la urgencia de su solicitud."

Rebecca y su padre lo siguieron mientras él los conducía a través del vestíbulo hacia la escalera principal. Notó el asombro y la maravilla en los ojos de Rebecca cuando tocó ligeramente la barandilla de madera lisa y anheló tocarla de la misma manera. Todavía recordaba la imagen de su cuerpo bajo el vestido mojado en la playa, la curva de sus caderas y sus pechos.

Un escalofrío recorrió su espalda, una sensación cálida se extendió rápidamente a través de él. Por supuesto, no tuvo más remedio que terminar sus pensamientos. No era apropiado pensar en ella de esa manera. Pensar en su beso no ayudaba en nada.

Decidiendo que debía ser un hombre responsable y maduro y no el niño impulsivo que su madre pensaba que era, se apoderó de sus pensamientos y enderezó los hombros. Tal vez después de hoy finalmente tendría la oportunidad de decirle a su madre que ya no deseaba cumplir sus deseos. Si eso significaba que él sería excluido de su testamento, lo que haría que no

heredara lo que era suyo por derecho, que así fuera.



Capítulo Veinte

Con los nervios a flor de piel, Rebecca siguió a Thomas y a su padre por una gran escalera. La barandilla estaba tallada en madera oscura y era suave al tacto. Aunque sus hombros estaban tensos, al no estar segura de lo que estaba a punto de suceder, se sintió un poco más tranquila por la presencia de Thomas.

Y a pesar de no poder caminar demasiado cerca de él, sus breves miradas en su dirección le aseguraron que él agradecía su presencia. Encontró consuelo en que estuviera allí, aunque eso no eliminaba la posibilidad de que hubiera problemas en el horizonte.

¿O tal vez simplemente lo estaba imaginando? Quizás la duquesa viuda simplemente necesitaba atención médica. Después de todo, era una mujer de edad avanzada.

Thomas se detuvo frente a una puerta intrincadamente tallada e inhaló lentamente. Golpeó en el panel de madera y, sin esperar respuesta, abrió inmediatamente la puerta y entró.

Rebecca y su padre intercambiaron miradas de incomodidad, pero siguieron su ejemplo.

Una anciana con el cabello grisáceo que caía sobre sus hombros estaba sentada en la cama, cubierta con delicadas mantas, con las manos cruzadas y apoyadas en su regazo. Ella fulminó con la mirada a Thomas. Su mirada se posó brevemente en Rebecca, y fue como si una flecha en llamas atravesara su pecho. Claramente, la duquesa viuda no pensaba bien de ella, para su pesar. Aunque la anciana parecía estar saludable a los ojos de Rebecca, ella y su padre respetuosamente se mantuvieron a un lado, esperando más instrucciones.

"Thomas, ¿cómo te atreves a entrar en mis aposentos sin mi consentimiento?" gruñó la duquesa viuda. "¿No tienes respeto por mi privacidad?"

Thomas fulminó con la mirada a su madre, luego se volvió hacia el padre de Rebecca. "Doctor Morton, esta es mi madre, la duquesa viuda de Wagn. Madre, este es el doctor Edward Morton y su hija, la señorita Rebecca Morton."

"Es un placer conocerla, Su Excelencia," dijo el doctor Morton y se acercó.

"De hecho, es un placer, Su Excelencia," dijo Rebecca con voz temblorosa.

"Ahora, si me lo permiten," dijo el doctor Morton y se sentó al borde de la cama. "¿Qué le aqueja?"

Rebecca escuchó mientras su padre le hacía a la duquesa viuda varias preguntas sobre su salud. Para ella, parecía que la duquesa viuda no sufría ninguna enfermedad. La forma en que la anciana fulminó con la mirada a Rebecca hizo que ella creyera que algo estaba mal.

Rebecca se giró ligeramente, permitiéndose mantener a Thomas dentro de su línea de visión sin atraer la atención ni de la duquesa viuda ni de su padre. Los ojos de Thomas estaban llenos de disculpas, como si él deseara que las cosas fueran diferentes.

En su corazón, ella sabía que su cariño por Thomas no era superficial. Sus sentimientos por él se habían desarrollado intensamente después de que regresó a casa desde el acantilado, donde habían bromeado y reído sobre cómo sus padres deseaban mantenerlos separados. Aunque era un problema serio y un gran obstáculo para ellos, estar con Thomas hacía que pareciera que no

importaba en absoluto.

El amor conquistaba todo, ¿no? Una vez que su padre se levantó del borde de la cama después de terminar su examen de la duquesa, la anciana se aclaró la garganta y miró a Rebecca.

"Doctor Morton, ¿sería un terrible inconveniente que su hija se quedara para leerme?" preguntó la duquesa viuda.

Los ojos de Rebecca se abrieron de par en par, y de inmediato miró a Thomas, llena de pánico por las palabras.

"Madre, creo..." intervino.

"No te estaba preguntando a ti, Thomas," dijo la duquesa viuda secamente.

El doctor Morton lanzó una breve mirada a Thomas, antes de dirigirse a la duquesa viuda y asentir. "Si eso es lo que Su Gracia desea, pero solo si puedo esperar abajo y acompañar a mi hija a casa."

"Por supuesto. No la retendré por mucho tiempo," respondió.

"Padre..." dijo Rebecca en voz baja, pero él negó con la cabeza.

"Te esperaré abajo."

Su corazón latía fuertemente en su pecho mientras miraba a la anciana. La duquesa viuda alcanzó un libro que estaba sobre la mesa junto a su cama y lo colocó cerca en el colchón.

"Puedes tomar asiento," le dijo a Rebecca. "Y tú también puedes dejarnos, Thomas."

"Eso está fuera de discusión, madre. Me niego a irme."

Por un momento, Rebecca se sintió aliviada, pero la duquesa viuda tenía otros planes para Thomas.

"Thomas," dijo, parpadeando las pestañas ante su hijo menor, lo que Rebecca claramente interpretó como una táctica para persuadirlo de que se fuera, "Tenía la esperanza de que fueras tan amable como para preparar esa bebida de chocolate por la que eres famoso."

"Seguramente, la cocinera puede hacerla," dijo Thomas y cruzó los brazos, frunciendo el ceño. Su firmeza en quedarse solo recibió un puchero de su madre.

"Por supuesto, pero no sabrá tan deliciosa como cuando la preparas tú. La cocinera la hace demasiado dulce," dijo ella. "Por favor, Tommy."

Rebecca nunca había escuchado a nadie referirse a Thomas de esa manera, y no estaba segura de si era un gesto afectuoso o despectivo. A juzgar por la expresión de total desaprobación en el rostro de Thomas, era lo último.

Ella suspiró, dándose cuenta de que su madre seguiría molestando hasta que él se rindiera.

Le parecía bastante manipuladora a Rebecca, pero decidió ser la mejor persona y quitarle la culpa a Thomas de tener que tomar la decisión.

"Esperaré con la Duquesa Viuda mientras traes lo que ella ha pedido."

"¿Está segura?" preguntó Thomas, levantando las cejas como si estuviera sorprendido.

Ella tragó saliva y sonrió valientemente, aunque estaba segura de que pronto lamentaría su elección.

"Muy bien. Pero regresaré inmediatamente," dijo Thomas.

Ella tragó el nudo en su garganta y Thomas le dio una mirada alentadora antes de irse. Su corazón latía fuertemente en su pecho mientras lo veía salir de los aposentos y cerrar la pesada puerta detrás de él. Un zumbido surgió en sus oídos mientras su corazón latía aún más rápido que antes y respiró profundamente. Se giró hacia la duquesa, quien la miraba fijamente desde la cama, sus largos dedos aun descansando en el libro junto a ella.

"Siéntese conmigo, Rebecca."

Rebecca frunció los labios y se acercó cautelosamente a la cama. Se sentó en la silla cercana

y extendió la mano hacia el libro, pero antes de poder hacerlo, la Duquesa Viuda apartó el libro.

“¿Acaso no deseaba que le leyera, Su Gracia?” preguntó Rebecca, frunciendo el ceño.

Ella estaba bien consciente de que la Duquesa Viuda nunca deseó que ella le leyera en voz alta. Simplemente deseaba estar sola con Rebecca para amenazarla, sin duda alguna.

Estaba claramente poco apreciativa de su presencia en la finca, lo que la desconcertaba. Si no quería que Rebecca estuviera en la propiedad, ¿por qué insistir en su presencia?

“Mi intención nunca fue realmente que me leyeras, Rebecca.”

“¿Cuál era su intención, Su Gracia?” preguntó Rebecca, sintiendo un nudo en el estómago.

“Hay algunas cosas que necesitamos discutir,” dijo la mujer mayor, con sus ojos oscureciéndose, y Rebecca se mordió el labio, ahora realmente aterrada por lo que estaba por venir.



Capítulo Veintiuno

A pesar de la renuencia de Thomas a abandonar los aposentos de su madre, eventualmente lo hizo. Estaba bien consciente de que ella deseaba tener a Rebecca a solas con ella. Sin embargo, la pregunta era por qué. Su madre había dejado en claro que detestaba a Rebecca, sin haberla conocido nunca antes de hoy, y dejar a las dos mujeres solas por mucho tiempo sería peligroso.

Aceleró el paso y entró en la cocina, donde Cook y dos doncellas habían comenzado a preparar el almuerzo. La cocinera se volvió hacia Thomas y sonrió.

"Mi señor, ¿qué lo trae a la cocina?"

"Mi madre solicitó una bebida de chocolate, y aparentemente la forma en que la preparo es como ella la prefiere."

"He escuchado que se queja de que la mía es demasiado dulce. Que estoy desperdiciando demasiadas tabletas de chocolate."

Thomas suspiró y pasó los dedos por su cabello. "Parece que mi madre encuentra cualquier motivo para quejarse estos días."

"Tal vez simplemente desea atención, con todo respeto."

"Tal vez," dijo Thomas asintiendo, aunque ya sabía que eso era cierto.

Desde la muerte de su padre, su madre había estado de mal humor constantemente, y la forma más eficiente que encontró para lidiar con la muerte de su esposo era quejarse o controlar la vida de sus hijos.

Sus cambios de humor habían sido una fuente de frustración para los hermanos Melton durante años, pero a medida que comenzaron a casarse y tener sus propias familias, ella se había distanciado. La interferencia disminuyó para aquellos que se casaron. Ahora, como el único hijo Melton que aún no estaba casado, la Duquesa Viuda claramente sentía la necesidad de forzarse en su vida y asuntos personales.

Thomas echó un vistazo a la mesa, donde reposaba un periódico local. Frunció el ceño y apretó la mandíbula al leer el ridículo titular.

"Hermano menor del duque disfruta de encuentro en la playa con la hija del médico," leyó en voz baja.

Thomas cerró los ojos por un momento, molesto y descorazonado por el artículo. Aunque estaban convencidos de que nadie había visto lo que había sucedido entre ellos en las rocas, excepto Marcus, por supuesto, claramente estaban equivocados.

Alguien los había visto y consideró que era digno de una noticia de primera plana. Thomas solo podía imaginar el daño que causaría a la reputación de Rebecca, si no lo había hecho ya. No importa cuántas negaciones hicieran, su reputación ahora estaba en ruinas, y era culpa suya. No debería haberla besado tan públicamente. Sin embargo, no estaba arrepentido.

El beso había sido perfecto para él y lo volvería a hacer en un instante. Pero, por supuesto, esos eran pensamientos egoístas. No había considerado la posibilidad de que su reputación se

arruinara, o de que alguien escribiera un artículo sobre su aventura. Aunque el artículo se centraba en Thomas, la gente se enfocaría únicamente en Rebecca. Ella sería etiquetada como una joven inmoral y promiscua. Thomas estaba lleno de culpa y bajó la cabeza avergonzado.

Afortunadamente, ni Rebecca ni el médico habían visto la horrible publicación hasta ahora. Al menos, asumió que así era, de lo contrario, Thomas estaría luciendo un ojo morado y posiblemente una mandíbula rota. Thomas estaba bien consciente de lo protector que era el padre de Rebecca, y si se enterara, significaría problemas.

"¿Podría asistir amablemente en preparar la bebida de chocolate para mi madre?" preguntó Thomas a la cocinera.

"Ciertamente, mi señor. ¿Solo una para Su Gracia?"

Thomas frunció los labios y dijo: "No. De hecho, hagan suficientes para tres, y fortifíquenlas con el jerez que disfruta mi madre. Ya es hora de que muestre un poco de hospitalidad a su invitada."

Una sonrisa apareció en el rostro de la cocinera y en el de las doncellas, y comenzaron a preparar las bebidas con alegría. Una doncella, Judith, colocó la fina tetera y las tazas en una bandeja y continuó preparando el almuerzo.

"¿Debería hacer preparar pan y mermeladas junto con las bebidas, mi señor?" preguntó.

"Sí, eso sería encantador. Gracias, Judith."

La doncella asintió y se unió a las demás en su trabajo. Thomas miró de nuevo el periódico y apretó la mandíbula, preguntándose cómo podría arreglar esto.

"¿Es cierto, mi señor?" preguntó la doncella de repente.

Thomas apartó la mirada del periódico y miró a la doncella. "¿Qué es lo que es cierto?"

"¿El artículo, sobre usted y la señorita Rebecca?"

Thomas cambió ligeramente su peso y tomó aire. Desde muy joven, Thomas había pasado sus días en la cocina, y su vínculo con la cocinera y las dos doncellas se había convertido en una sólida amistad. Les había confiado cosas que ni siquiera había contado a sus padres o a sus hermanos.

Se sentó lentamente en el taburete de madera junto a la mesa, como tantas veces antes, y puso las manos sobre la mesa. "Admito que la besé, y que ella correspondió ese beso," dijo Thomas y señaló con el dedo el artículo. "Pero todo lo demás en ese artículo es falso. No tuvimos un encuentro ni nada físico, aparte del beso. Temo que la gente juzgue a Rebecca, cuando no es culpa suya. Los cuentos sobre su promiscuidad se propagarán como un incendio, y no hay nada que pueda hacer para que desaparezcan."

"Podría casarse con ella, mi señor."

Thomas miró a Judith, y Cook también se volvió hacia él. "Eso es absurdo," dijo con una risa nerviosa. "Ella nunca aceptaría eso."

"¿Eso es lo que piensa, mi señor, o lo que ella le dijo?"

Thomas frunció el ceño y negó con la cabeza. "Yo... ella..."

"Usted la aprecia. Puedo verlo," dijo Judith.

"Incluso un hombre ciego puede verlo," dijo la cocinera con una risita.

Thomas estrechó los ojos al cocinero y una leve sonrisa se formó en sus labios. "No negaré que siento algo por ella, pero..."

"La vida es demasiado corta para peros, mi señor. Si aprecia a la joven y ella le brinda felicidad, debe contarle cómo se siente. Seguramente lo lamentará si no le hace saber sus sentimientos, en lugar de decírselo y preocuparse de que lo rechace."

"Lo cual no hará," dijo Judith.

Thomas inclinó la cabeza hacia la cocinera. "Suenan seguras."

"He vivido bastante, mi señor. Y he visto cómo cambia su mirada cada vez que alguien menciona a la señorita Rebecca."

Asintió y se encogió de hombros.

"¿Listos?" preguntó Judith mientras tomaba la bandeja con la tetera llena y las tres tazas.

Thomas asintió y se levantó. "Así es."

"Enviaré a Sarah con la comida en breve," dijo la cocinera.

"Gracias," dijo Thomas agradecido y salió de la cocina, con Judith siguiéndolo de cerca.

Thomas era consciente de que la Duquesa Viuda solo pretendía una taza para ella de las costosas tabletas de chocolate, pero esperaba con ansias la expresión en su rostro cuando se diera cuenta de que tomaría un refrigerio junto a él y Rebecca.



Capítulo Veintidós

Rebecca miraba en silencio a la Duquesa Viuda, demasiado asustada para hablar o incluso respirar. Estar sola en la alcoba con una mujer cuyos ojos eran oscuros y acusadores no le sentaba bien, pero no podía ser grosera con la Duquesa Viuda. La anciana claramente ya la despreciaba, y no deseaba empeorar las cosas.

"Estoy segura de que ya ha visto el artículo escrito sobre usted y mi hijo."

"Le pido perdón, Su Gracia," dijo Rebecca en voz baja. "No tengo conocimiento de a qué se refiere."

La Duquesa Viuda resopló y negó con la cabeza. "Habla muy bien para una mujer sin título. ¿Por qué es eso?"

"Mi padre me enseñó a hablar correctamente y con cortesía con todas las personas que conozco, independientemente de su título o estatus. Es respeto por todas las personas lo que él me inculcó."

"Sin embargo, no muestra ningún tipo de respeto por mí ni por mi familia," dijo la Duquesa Viuda.

"No entiendo, Su Gracia. Apenas conozco a su familia."

"De hecho," dijo la Duquesa Viuda con desaprobación. "Puede haber engañado a mi hijo, pero a mí no me engaña, ni siquiera por un momento."

Rebecca se recostó contra la silla y respiró hondo. "¿Engañarla respecto a qué, exactamente?"

La Duquesa Viuda alcanzó el otro lado de su cama y sacó un periódico. "Esto," dijo la anciana, y lo arrojó frente a Rebecca.

Ella lo recogió y sus ojos se abrieron de par en par mientras leía el sorprendente y bastante incriminatorio artículo escrito sobre ella y Thomas en la playa. Había estado bajo la impresión de que nadie había presenciado lo que había sucedido entre ellos.

Nunca en su vida había pensado que un momento privado aparecería para atormentarla y crucificarla en la portada del periódico local en Weymouth.

"Su Gracia, puedo explicar las circunstancias," dijo Rebecca con prisa, sus mejillas calentándose con un rubor ardiente.

"Por favor, hágalo."

"Thomas me invitó a una excursión de búsqueda de fósiles a la playa, al pie de los acantilados, ya que su pierna lesionada limitaba su capacidad para caminar."

Rebecca narró los eventos de la mañana en cuestión, explicándolo tan simplemente y claramente como pudo. Tenía confianza en sus palabras, pero las miradas fulminantes que recibió de la Duquesa Viuda la hicieron dudar de sí misma. Al terminar la historia, reinó el silencio en la alcoba.

"No," dijo simplemente la Duquesa Viuda. "No creo que eso sea lo que sucedió."

"¿Me está acusando de inventar una historia?" preguntó Rebecca. "¿Por qué diablos haría una cosa así?"

"Porque desea atrapar a mi hijo. Planeó todo meticulosamente. El artículo, los rumores. Es muy consciente del estatus y la riqueza de su familia, y planificó todo eso para asegurarse de que él se sintiera apenado por usted. Thomas es un joven amable y confiado, y sabía perfectamente que, si su reputación era arruinada por una noticia tan reveladora, especialmente en el periódico local, él le ofrecería matrimonio."

La mandíbula de Rebecca cayó y miró fijamente a la Duquesa Viuda incrédula. Estaba completamente desconcertada por la acusación. ¿Cómo podía la anciana pensar tales cosas horribles de ella?

¿Estaba Thomas bajo la misma ridícula ilusión?

Rebecca se puso de pie y estrechó la mirada a la madre de Thomas. "Eso no es verdad, Su Gracia. Nunca fue mi intención atrapar a su hijo. Tiene razón al decir que él es un joven amable y confiado, y lo he experimentado de primera mano con él, pero nunca hubo un momento en el que quisiera aprovecharme de Thomas. Nunca haría eso con él."

"No le creo. No es una mujer de nobleza. Es hija de un médico. Su familia no tiene riqueza..."

Rebecca interrumpió con un ceño fruncido, "La nobleza y la riqueza no hacen a una persona honesta y decente. Puede que no haya nacido en una familia noble, y puede que no tenga un título, pero tengo integridad, respeto y lealtad."

"No importa lo que diga, no me dejes engañar por sus palabras."

"Entonces, ¿por qué me pidió que viniera aquí? ¿Por qué interrogarme si no tenía intención de escuchar mi versión de los hechos?" Rebecca preguntó. "¿Por qué se molestó en atraerme aquí y humillarme frente a Thomas y a mi padre?"

El rostro de la Duquesa Viuda comenzó a cambiar de color, su mirada tan afilada como espadas mientras salía de su enorme cama. "Quería dejar claro que mi hijo está fuera de su alcance. Deseaba informarle personalmente que debe mantenerse alejada de Thomas, Finlay Hall, y mis otros hijos y sus esposas. No tiene lugar aquí."

Rebecca se alejó aún más de la horrible mujer parada en medio de la habitación mientras vibraba de ira. "Usted no es quien decide todo esto. Si Thomas desea seguir pasando tiempo conmigo, tiene derecho a hacerlo. Puede ser la Duquesa Viuda de Waign, pero no es nada para mí. No es mi dueña ni la dueña de mi vida, y no le obedeceré. Si eso significa que seré ridiculizada y tratada como una extraña o marginada, que así sea, pero usted no me controlará."

"¿Cuál es su precio?"

"¿*Disculpe?*" preguntó Rebecca incrédula.

"¿Cuál es su precio para dejar a mi hijo en paz? Para olvidarlo y nunca más ser parte de su vida."

"No puede comprar mis sentimientos por su hijo, Su Gracia," dijo Rebecca.

Estaba cada vez más indignada por la audacia de la Duquesa Viuda a medida que pasaban los segundos. No había cantidad de dinero que pudiera hacerla aceptar dejar a Thomas y nunca más contactarlo. Thomas significaba demasiado para ella, y definitivamente no iba a ceder ante las demandas de la Duquesa Viuda. No le importaba que su reputación fuera mancillada. Se negaba a permitir que alguien, independientemente de su estatus o título, la intimidara y controlara.

"No hay sentimientos en su corazón por Thomas aparte de la codicia. En este punto, estoy dispuesta a pagarle cualquier cantidad que desee para que deje a mi hijo en paz. No quiero que esté en su vida, nunca más. No es lo suficientemente buena para mi hijo. Se merece a alguien mejor."

"Y con mejor quieres decir, más titulada, más refinada, más obediente a sus deseos," dijo

Rebecca con un tono amargo en su voz.

"Sus palabras, no las mías, querida."

"¿Cómo se atreve?" dijo Rebecca, poniendo sus manos con furia en sus caderas. Su voz resonaba fuerte y enojada mientras se escuchaba en la alcoba justo cuando se abría la puerta.

Rebecca se giró y miró directamente a Thomas, quien le devolvió la mirada con ojos abiertos y una expresión perpleja en su rostro.



Capítulo veintitrés

Thomas se vio sorprendido por la escena ante él. Tanto así que dio un paso atrás. Cuando entró en el dormitorio de su madre, estaba muy consciente de que podrían estar teniendo una conversación acalorada, pero no imaginaba que las dos mujeres estarían mirándose airadamente.

El rostro de su madre estaba carmesí y sus ojos estaban llenos de ira y entrecerrados. Incluso el hermoso rostro de Rebecca estaba tenso, y la tensión en la habitación era palpable. Lo que sea que su madre había elegido decir o hacer claramente había ofendido a Rebecca.

La Duquesa Viuda parecía perturbada al ver a Thomas, como si se sintiera culpable por algo, y retrocedió.

Por mucho que Thomas deseara abordar la tensión en la habitación, optó por ignorarla y se acercó a la cama. "Deberías descansar, Madre," dijo mientras acomodaba las almohadas en su cama, indicándole que volviera a su lugar de descanso anterior.

Su madre asintió en silencio y volvió a subir a la cama. Thomas colocó ordenadamente la manta sobre su parte inferior del cuerpo y la metió por los lados. Notó que sus ojos se estrechaban cuando vio a Judith llevando una bandeja con la gran tetera que contenía la bebida de chocolate, así como tres tazas grandes. Para añadir insulto a la herida, Judith se había asegurado de que las bebidas fueran servidas en el mejor juego de vajilla de la Duquesa Viuda.

Thomas esperaba que su madre expresara su desaprobación por una multitud de cosas, pero no mostró ningún signo de responder a la situación.

"Judith, por favor sirve las bebidas. Mi madre debe estar sedienta, como todos nosotros, sin duda," dijo Thomas.

Un momento de ligera sonrisa se formó en los labios de Judith, y desapareció de la misma manera mientras servía la bebida en las tazas, entregándolas primero a la Duquesa Viuda, luego a Rebecca, y por último a Thomas.

"Este es mi famoso chocolate caliente. Apparently, soy el único que puede hacerlo según el gusto de mi madre," dijo Thomas, dirigiendo su comentario hacia Rebecca, y actuando como si nada estuviera mal.

Era consciente de que su madre eventualmente estallaría y lo reprendería, pero hasta entonces, disfrutaría viendo cuánto malestar le causaba.

Podría ser cruel, pero dado que su madre claramente había molestado a Rebecca, quizás no era tan cruel como parecía.

"Pruebe," dijo.

Rebecca sonrió tensamente, llevó la taza a su boca y sorbió lentamente la bebida. Thomas esperó con anticipación y levantó las cejas expectantemente.

"Está encantador. ¿Qué lleva?" preguntó.

"Solo las mejores tabletas de chocolate y algunos ingredientes más que no puedo mencionar," dijo con una sonrisa pícaro. "Es mi receta secreta, después de todo."

"¿Realmente lo hizo usted?" preguntó ella, y Thomas asintió.

"¿Le sorprende?" preguntó él.

"Para nada. He aprendido que hay más en una persona que su apariencia exterior," dijo Rebecca, y Thomas no pudo ignorar el sutil tono en su voz dirigido a su madre.

Un golpe en la puerta sonó y antes de que la Duquesa Viuda pudiera responder, Thomas dijo: "Adelante."

A medida que la puerta se abría, la desaprobación en el rostro de la Duquesa Viuda aumentó diez veces, y sus labios se apretaban en una fina línea en su rostro.

Una criada entró en la alcoba con una gran bandeja de pan horneado, mantequilla fresca y mermelada casera. El dulce aroma llenó la habitación e incluso provocó una sonrisa en el pálido rostro de Rebecca.

"Gracias," dijo Thomas a la criada, quien asintió en respuesta y salió tranquilamente de nuevo. "¿Le gustaría un brioche, Rebecca? Está recién horneado y va maravillosamente con la mermelada."

"Gracias, Thomas. Ciertamente huele delicioso," dijo ella con una sonrisa.

Mientras él y Rebecca intercambiaban cortesías y hablaban sobre la deliciosa comida, permaneció consciente de los movimientos y expresiones de su madre. Todavía le sorprendía que no hubiera pronunciado una sola palabra ni a él ni a Rebecca desde que había entrado en la habitación, y se preguntaba cuánto tiempo sería capaz de mantenerse callada.

"¿Estás disfrutando de tu bebida, madre?" preguntó Thomas con indiferencia. "Espero que no te importe que le haya pedido a las sirvientas que sirvan el almuerzo en tus aposentos. Yo, por mi parte, aún no he comido y estoy bastante hambriento. Tampoco deseáramos que nuestra huésped pasara hambre, ¿verdad?"

"De hecho, me molesta," dijo finalmente la Duquesa Viuda.

Thomas miró fijamente a su madre y frunció el ceño. "¿En serio?"

"Ni siquiera me informaste de antemano ni pediste mi permiso para hacerlo, lo cual considero muy irrespetuoso. Después de todo, soy tu madre, y esta ha sido mi casa durante muchos años," dijo su madre.

"Thomas, perdóneme por interrumpir, pero Su Gracia y yo estábamos en medio de una discusión antes de que entrara," dijo Rebecca.

"¿Una discusión?"

"Thomas..."

"Su madre estaba negociando conmigo, sobre cuánto dinero tomaría para que yo retirara mis garras de usted y saliera por completo de su vida," dijo Rebecca con una mueca.

"¿Perdón?" Thomas preguntó, parpadeando rápidamente.

"Eso no es cierto en absoluto," dijo su madre petulantemente.

Thomas se puso de pie y su mandíbula cayó. "¿Por qué harías algo así, madre?"

"Ella desea atraparte intencionalmente, Thomas," acusó la Duquesa Viuda, agitando los brazos.

Al hacerlo, accidentalmente derramó la bebida caliente sobre sí misma y soltó un grito.

"Oh, ni siquiera está caliente," dijo Thomas rodando los ojos.

Rebecca se levantó, tomó un paño de cocina de la mesa y comenzó a limpiar la bebida caliente de la Duquesa Viuda.

"Quite sus manos sucias de mí," chilló su madre.

"Deja de insultar a Rebecca," gritó Thomas.

La Duquesa Viuda alcanzó su campana y comenzó a tocarla continuamente y con una

urgencia que solo podía describirse como exageradamente teatral. Tocó tantas veces que los oídos de Thomas comenzaron a doler, y él se alejó.

"¿Qué diablos está pasando aquí?" Charles preguntó mientras corría por la puerta de las habitaciones.

"Estoy cubierta de chocolate caliente," chilló la Duquesa Viuda.

"Nuestra madre piensa que puede pagar a las personas para que se aparten de mi vida."

Charles parecía abrumado por la actividad en las habitaciones. Inhaló profundamente y aplaudió con las manos juntas, fuerte. "¡Eso es suficiente!"

Su voz resonó en la habitación, y un silencio instantáneo cayó sobre Rebecca, Thomas y una Duquesa Viuda cubierta de chocolate.

"Ahora, ¿alguien podría decirme amablemente qué diablos está pasando aquí?"

Los orificios nasales de Charles se ensancharon mientras los miraba y por un momento, Thomas se sintió arrepentido hacia su hermano. La visita de su madre a la finca siempre había aumentado el ya alto nivel de estrés de Charles, especialmente en esta época del año.

Charles era un perfeccionista y le gustaba controlar cada posible elemento de su existencia. Por supuesto, la presencia de sus hermanos, sus esposas y sus hijos complicaba mucho esto. Ahora que su madre se había unido a ellos en la finca, Charles estaba fuera de sí, y este estado de ánimo era claramente detectable en su rostro.

"Charles..."

"Thomas, no ahora," fue todo lo que Charles logró decir.

Estaba rojo de la cara y resoplando. Obviamente estaba enojado y molesto, y todo lo que Thomas deseaba hacer era disculparse. Charles no era una persona agradable con la que lidiar en su estado actual.

Charles pasó los dedos por su cabello y suspiró mientras miraba a su madre. "Thomas, ¿podrían tú y Rebecca esperarme amablemente en el estudio de arriba?"

"Sí, por supuesto," dijo Thomas, ansioso por salir de las habitaciones de su madre.

Thomas se volvió hacia Rebecca. "Demos espacio a Charles."

Ella asintió en silencio, luego se mordió el labio y se volvió hacia Charles. "Mi padre me está esperando abajo..."

"Hablaré con su padre," dijo Charles, su tono no admitía argumentos.

Rebecca asintió una vez más y juntos abandonaron rápidamente las habitaciones. Thomas la llevó por el largo pasillo y notó que su atención estaba en los retratos colgados de las paredes. Una sonrisa se formó en sus labios y señaló un cuadro de la Bahía de Weymouth.

"¿Ve ese? ¿El de la Bahía de Weymouth?"

"Sí."

"Mi padre lo pintó. Fue el primer y último cuadro que pintó en su vida."

"Era muy talentoso," dijo Rebecca, luego frunció el ceño. "¿Por qué solo uno?"

"Porque estaba convencido de que era su mejor obra, y que no sería capaz de pintar una pintura más perfecta," dijo Thomas. "Y mi madre pensaba que los pintores eran tontos."

Rebecca se burló y negó con la cabeza. "Parece una descripción bastante precisa para algo que diría su madre."

Thomas reprimió una sonrisa y continuaron por el pasillo. Cuando se acercaron al estudio de arriba, que Charles usaba para la mayor parte de sus negocios, Thomas abrió la puerta y entraron.

Estaba interesado en saber qué le había dicho exactamente su madre a Rebecca, y cerró la puerta tras ellos, haciendo caso omiso de lo correcto. Él la empujó hacia el diván y ella se sentó.

"Rebecca," dijo, y ella lo miró, con los ojos tristes. "Cuénteme qué dijo mi madre antes de

que yo regresara a sus habitaciones."

Rebecca encogió los hombros y bajó la mirada. "No importa lo que haya dicho. ¿Por qué creería mis palabras sobre las de su propia madre?"

La mirada de Thomas se suavizó y se sentó a su lado, tomando su mano en la suya. "Para mí sí importa lo que diga. *Usted* me importa."

"¿En serio?"

"Por supuesto."

Rebecca lo miró durante un largo momento, luego inspiró profundamente. "Su madre no me considera digna de usted. Ella cree que planeé todo en la playa. Que fingí ahogarme solo para que me salvara. Que planeé que alguien viera nuestro beso y extendiera rumores sobre mí. Rumores que arruinarían mi reputación, y como es un hombre de buen corazón, se sentiría culpable y me pediría que me casara con usted para restaurar mi reputación."

"Restaurar su reputación no sería la razón por la que le pediría que se casara conmigo, Rebecca," dijo Thomas sinceramente.

Sus mejillas se sonrojaron y bajó la mirada. "Sea cual sea la razón, Thomas, su madre no lo aprobaría. Ella quería pagarme cualquier cantidad que pidiera para que lo dejara en paz, para que nunca pusiera un pie en la finca de nuevo. Me sorprendió que me pidiera eso. ¿Me desprecia tanto que cree que puede comprarme? No hice nada para merecer un ataque tan despectivo y cruel."

"No es usted quien tiene la culpa, Rebecca," dijo Thomas, y puso su mano sobre la suya. "Mi madre nació en una familia noble, y continuó su vida como dama titulada cuando se casó con mi padre. No la criaron para despreciar a otros que no fueran de su misma clase, pero parece que eso se convirtió en algo natural para ella. Ella desaprueba enormemente a Abigail y a Julia también, porque no nacieron en familias nobles."

"¿Las aprueba ahora?"

"Por supuesto que no, pero las tolera. Tal vez se dio cuenta de que no podía hacer mucho para cambiar la situación. No lo ha aceptado, pero su desprecio parece haber disminuido considerablemente después del matrimonio."

"Me suena muy injusto, si debo ser honesta."

"Estoy de acuerdo con usted, Rebecca."

Aunque trató de no mostrarlo, Thomas estaba furioso porque su madre intentara llegar a tales extremos para asegurarse de que Rebecca no fuera parte de su vida. Lo enfurecía increíblemente que su madre creyera que ese comportamiento era aceptable.

Y aunque la Duquesa Viuda seguramente usaría la excusa de que deseaba proteger a sus hijos de mujeres cuyas intenciones no eran puras, Thomas no podía evitar sentirse enojado por su intromisión.

"Siento sinceramente las acciones de mi madre. Aunque no me gustaría pensar que llegaría a tales extremos para deshacerse de ti, no me sorprende. Mi madre ha controlado todos los aspectos de nuestras vidas desde que éramos jóvenes, y probablemente eso le da un sentido de importancia ahora."

Rebecca negó con la cabeza y se mordió el labio. "Todavía no justifica sus acciones hacia mí."

"Estoy de acuerdo," dijo Thomas, deseando poder besar su ceño. "Y lamento sinceramente si la ofendí. No fue mi intención, se lo aseguro."

Rebecca asintió lentamente y luego inclinó la cabeza hacia Thomas.

Sus ojos estaban llenos de tristeza y confusión y Thomas se llenó de culpa. "¿Qué pasa,

Rebecca?”

“Su madre me mostró un artículo en el periódico esta mañana,” dijo. “Sobre nosotros.”

Thomas hizo una mueca. Había esperado que ella no se enterara del artículo, pero gracias a su madre, ahora lo había hecho. Un deseo estúpido, considerando que todo Weymouth pronto lo habría leído. Pero había deseado mantener el dolor de la revelación lejos de ella todo el tiempo que fuera posible.

También habría sido mejor si lo hubiera escuchado de él y no de nadie más. Especialmente no de su madre.

“Rebecca...”

“Estaba al tanto,” dijo, con los ojos abriéndose de sorpresa.

“Lo estaba, en efecto. Pero solo lo vi poco antes, cuando estaba en la cocina con la cocinera preparando la bebida de chocolate,” dijo él. “¿Lo ha leído?”

“Solo el titular del artículo. Su madre no me dio mucha oportunidad de leer más allá de eso.”

Thomas suspiró aliviado y asintió. “Quizás es mejor que no haya tenido la oportunidad de leerlo completo.”

Sus cejas se levantaron. “Me gustaría saber qué están diciendo sobre mí. Sobre nosotros,” dijo.

Thomas la miró por un momento, sorprendido ante la mera idea de que la encantadora joven sentada frente a él deseara leer los terribles detalles del artículo, claramente escrito por alguien que no poseía un ápice de dirección moral.

Por supuesto, no estaba en posición de negárselo ya que merecía una revelación completa, pero también deseaba protegerla. Lo último que quería era disgustarla más.



Capítulo veinticuatro

Rebecca miró expectante a Thomas y levantó las cejas. No estaba del todo segura de por qué quería leer el artículo completo, porque sabía que sería terrible. El reportero del *Weymouth Bay Post* era un hombre astuto que a menudo recurría al puro sensacionalismo al escribir artículos. Rara vez había verdad en lo que escribía, pero a la gente no le importaba si los artículos que leían estaban basados en hechos. Simplemente deseaban ser entretenidos con relatos sensacionalistas de escándalo y emoción.

Para este tranquilo pueblo costero, los rumores y escándalos basados en mentiras eran la única forma de entretenimiento disponible.

Incluso su padre había sido objeto de un escándalo menor tras su traslado a Weymouth, pero rápidamente aclaró esos rumores con una carta honesta y llena de ira al editor del periódico. Se publicó una disculpa pública en el periódico en primera página, revelando que las acusaciones sobre la razón por la que el Doctor Morton y su hija se mudaron a Weymouth eran falsas.

Por supuesto, esto ahora había despertado el interés de los residentes, especialmente de las mujeres del pueblo, en su padre. Rebecca lo había encontrado divertido en ese momento, ya que su padre ahora era el hombre más deseado del pueblo. Incluso le había dado permiso, aunque no lo necesitaba, de que aprobaría si quería volver a casarse, incluso si fuera solo por compañía y no por amor.

Pero su padre seguía amando desesperadamente a su difunta esposa y a su hija recién nacida, y parecía que ninguna mujer volvería a entrar en su corazón. Él le había dicho que simplemente no tenía la capacidad de amar a otra persona.

Rebecca inclinó la cabeza y miró a Thomas, quien se movió incómodo en su asiento.

"Thomas," dijo y exhaló lentamente. "Por favor, permítame leer el artículo completo."

"Rebecca, no deseo conceder su solicitud."

"¿Y por qué no?" El conocimiento siempre era lo mejor, sin importar el dolor que causara.

"El reportero es un hombre despiadado, y no deseo que lea lo que escribió. Es simplemente absurdo, en mi opinión."

"¿Incluye detalles de nuestro beso?" preguntó, con el corazón latiéndole en el pecho.

"De hecho, sí," respondió Thomas. "Entre otras cosas."

"¿Como cuáles?"

"Preferiría no decirlo. Como mencioné antes, fue escrito de manera cruda y reveladora, plagado de mentiras e inexactitudes."

"Sensacionalismo en su mejor forma, sin duda."

"Exactamente," dijo Thomas, bajando la mirada.

"Thomas," dijo ella, con voz tierna mientras intentaba no revelar cuán molesta estaba.

Quizás "molesta" no era del todo correcto, ya que ya no se sentía enojada por lo que había pasado. Ciertamente estaba decepcionada por los eventos y tener que enterarse de los detalles del artículo solo la hizo perder la fe en la humanidad.

También era muy consciente de que Thomas solo deseaba protegerla del juicio del mundo, pero él no podía protegerla de todo lo que cruzaría su camino.

El hecho de que quisiera hacer eso significaba el mundo para ella, pero tenía que saber qué decía el artículo. Quizás no por su propia cordura, pero también por su paz mental.

Thomas se puso de pie y comenzó a caminar por el estudio, con la mandíbula apretada y los ojos preocupados.

"Thomas," repitió ella su nombre.

"No puedo permitirte leer ese artículo, Rebecca. Simplemente no puedo. Lo que se escribió de usted... de nosotros... No es de extrañar que mi madre piense esas cosas terribles de usted, si cree en el artículo."

"Todavía quiero leerlo."

"¿Por qué? ¿Por qué querría leer las mentiras sensacionalistas que una persona sin corazón escribió sobre nosotros simplemente para vender periódicos y proporcionar entretenimiento a las mismas personas que la ridiculizarán por esas falsas acciones?" preguntó Thomas, su voz resonando en el estudio. "¿Por qué querría hacerse eso a sí misma? ¿No ha pasado ya por suficiente dolor?"

Rebecca se levantó lentamente y juntó las manos. "Si bien me siento halagada porque quiera protegerme, aun así quiero verlo. Entiendo lo que intenta transmitirme, y su preocupación por mi bienestar no pasa desapercibida, pero es simplemente algo que debo leer, Thomas. Por favor."

Su mirada se encontró con la suya y su mandíbula se relajó por un momento. "¿Hay alguna forma en la que pueda persuadirla de que no haga esto?"

"Desafortunadamente no, Thomas, pero su persistencia es verdaderamente admirable."

Una sonrisa irónica se formó en sus labios, luego asintió. "Muy bien," dijo. "Solo será un momento. Por favor, no se vaya a ningún lado."

Rebecca observó cómo salía del estudio solo para regresar unos momentos después. El periódico estaba en sus manos y se acercó lentamente a ella, como si aún no estuviera dispuesto a entregarlo.

Pero, como prometió, le dio el periódico a Rebecca y ella se sentó en el sofá una vez más. Apoyó el periódico en su regazo y comenzó a leer.

En el primer párrafo, el reportero ya había hablado muchas mentiras sobre lo que había ocurrido en la playa esa mañana, y no podía creer que alguien escribiera tales mentiras descaradas sobre ellos.

Mientras miraba el nombre de la persona que lo escribió, apretó los dientes y negó con la cabeza desaprobadoramente. Lágrimas ardientes le picaban los ojos y apartó el periódico de ella.

Al menos ahora sabía lo que todos pensarían de ella.

"Rebecca," dijo Thomas y se sentó a su lado. "Lo siento mucho por ponerla en esta situación. Yo fui quien la besó primero y debería ser el que se ridiculizara."

"¿Por qué me besó esa mañana, Thomas?"

Cuando abrió la boca para darle la misma respuesta que le había dado en la playa, ella negó con la cabeza.

"Recuerdo que ya respondí mi pregunta ese día, pero ¿fue su respuesta verídica?"

"Rebecca, debe entender. Fue una mañana llena de acontecimientos, donde usted y yo ambos experimentamos una experiencia traumática y..."

"Solo entiendo que está evitando la pregunta," dijo Rebecca, y se levantó una vez más. "¿Por qué es tan difícil responder sinceramente mi pregunta? ¿Es porque realmente no soy lo suficientemente buena para usted?"

"Eso es absurdo. Debería saber que no me importa si viene de una familia con título o no."

"¿Y cómo debería saber eso? No estoy tan familiarizada con usted como pensaba. Puedo conocer su corazón, pero ciertamente no conozco su mente. Y eso me aterra aún más que la antipatía que su madre tiene por mí."

Rebecca se apartó y se acercó a la puerta, sacudiendo la cabeza con decepción. Había tenido la impresión de que Thomas era un hombre fuerte, seguro de sí mismo y confiado. Al menos, así le había parecido a ella, pero tal vez también estaba equivocada en eso.

"Rebecca, espere."

"¿Por qué? ¿Por qué debería esperar? Deme una sola razón por la que no debería salir por esa puerta," dijo y señaló la puerta del estudio, "y nunca volver."

"Porque no lo permitiré," dijo Thomas.

La puerta se abrió de repente detrás de ellos y entró Charles al estudio.

"Qué bueno que estén ambos aquí todavía," dijo Charles y cerró la puerta detrás de él.
"Hablemos."



Capítulo veinticinco

Thomas intercambió una mirada con Rebecca mientras Charles entraba al estudio y juntaba las manos. No estaba seguro de lo que su madre le había contado a Charles, pero por la expresión en su rostro, no era positivo.

Ambos tomaron asiento en el sofá y miraron en silencio a Charles, esperando las palabras que finalmente saldrían de su boca. Charles frunció los labios por un momento mientras se balanceaba lentamente de un lado a otro, tal vez reuniendo sus pensamientos antes de hablar.

"Charles," finalmente habló Thomas. "Antes de que digas algo..."

"Thomas, espere," intervino Rebecca, luego se volvió hacia Charles. "Entiendo por qué su madre piensa de mí de manera tan negativa como para pedirme que salga de su vida. El artículo en el periódico ciertamente me pone en una mala posición, pero por lo que vale, la mayor parte no es verdad. Mis intenciones hacia Thomas no son lo que su madre cree que son."

"Ese artículo molestó mucho a mi madre. Como puede imaginar, ella es muy protectora de sus hijos," dijo Charles.

"Y de la reputación de su familia," murmuró Thomas.

Charles lo miró con furia por un momento, pero Thomas no lamentó sus palabras. Sabía perfectamente hasta dónde llegaría su madre para proteger la reputación de la familia.

"¿Qué más dijo ella?" preguntó.

"No importa realmente," suspiró Charles. "Lo que quiero saber es qué harás ahora, Thomas."

"¿Yo? ¿Qué se supone que debo hacer?" Thomas repitió.

"Así es. El resultado de toda esta situación depende de tu curso de acción, hermanito," dijo Charles con una expresión sombría en su rostro.

Intercambió miradas con Rebecca y luego volvió a mirar a Charles, deseando saber cómo debía proceder, ya sea con su madre o respecto al artículo. ¿Quizás podría escribir una carta contundente al editor del periódico? Pero lo más probable era que el daño ya estuviera hecho. La gente en Weymouth probablemente ya había comenzado a difundir rumores sobre lo que había ocurrido entre él y Rebecca. La única forma de devolverle su reputación sería...

Thomas bajó la mirada y se sintió avergonzado de solo pensarlo. No deseaba casarse con ella bajo tales pretextos, simplemente para salvar su reputación. Ella merecía algo mucho mejor que eso, y Thomas se negaba siquiera a considerarlo como una opción. Pero, ¿cuál sería la alternativa?

Antes de que pudiera hablar, Rebecca dijo: "Quiero regresar a casa con mi padre."

"Su padre ya ha regresado a casa," dijo Charles simplemente.

"¿Qué? ¿Cuándo?" preguntó Rebecca.

"Poco después de que viniera a mi estudio. Le informé que la Duquesa Viuda solicitó que se quedara más tiempo y él aceptó, a regañadientes," dijo Charles.

"Me sorprende que no haya insistido en quedarse," dijo Rebecca, casi en voz baja. "Dejó muy claro que no debo estar cerca de Thomas."

"Interesante," dijo Charles. "¿Por lo que pasó en la playa?"

"Así es. Pero no como se describe en el artículo..." Rebecca jadeó en voz alta y se cubrió la boca con ambas manos. Sus ojos se abrieron de par en par mientras dejaba caer las manos a los costados y se volvía hacia Thomas.

"¿Qué?"

"El artículo. Mi padre no sabe de eso. Encontrará el periódico en la cocina y..." Su voz se desvaneció y tragó saliva ruidosamente. "Debo irme y hablar con él. Explicarle que no es verdad."

"No. Eso está fuera de discusión," dijo Charles.

"¿Por qué? Debo contarle la verdad a mi padre. Él me creerá," dijo Rebecca.

"¿Está segura de eso?" preguntó Charles.

Rebecca se puso de pie y juntó las manos. "Ciertamente. Esta no ha sido la primera vez que este reportero en particular ha atacado a mi familia."

"¿Qué quiere decir?" preguntó Charles.

"Poco después de nuestra llegada a Weymouth, un artículo en el periódico informaba sobre la razón por la cual mi padre y yo nos mudamos a un pueblo costero. Eran puras mentiras que fueron tremendamente perjudiciales para la reputación de mi padre como médico. Es ese mismo reportero quien escribió el artículo sobre Thomas y yo."

"¿Qué hizo su padre?"

"Él escribió una carta al editor y los acusó de publicar información difamatoria sobre él. El editor y el reportero publicaron una disculpa pública hacia mi padre en el periódico. Su reputación fue restaurada, y rápidamente se ganó el respeto y el cariño en la comunidad," dijo Rebecca. "Sin embargo, temo que este no sería el caso conmigo. Las reputaciones de las mujeres son tan frágiles como el cristal, mientras que las reputaciones de los hombres son tan firmes como las rocas que encuentras al pie de los acantilados."

Thomas frunció el ceño y bajó la mirada, sintiéndose culpable de que sus acciones imprudentes llevaran al artículo. Aunque la mayoría de las cosas en el artículo no eran precisas, no habría sido escrito si no fuera por él.

"Rebecca, estoy de acuerdo en que necesita hablar de esto con su padre. El periódico es de esta mañana, y en este momento toda la ciudad lo sabe. Pero no puedo permitir que se enfrente a su padre sola."

"Thomas, yo..."

"Tiendo a estar de acuerdo con mi hermano," dijo Charles. "Su padre estará furioso y requerirá una explicación detallada de lo que sucedió, incluso si no es algo que desee escuchar, y especialmente no de parte del hombre que hizo esas cosas a su hija."

"Supuestamente," dijo Thomas.

"Thomas solo me besó, eso es todo," dijo Rebecca firmemente, mirando con furia a Charles.

Charles levantó las manos en el aire. "No emito ningún juicio en absoluto. No es como si pudiera decir que nunca..."

"Charles, por favor," dijo Thomas, sin desear escuchar detalles íntimos de su hermano.

"Mis disculpas. Llamaré a un carruaje y los llevaré a ti y a Rebecca a la casa del Doctor Morton lo más rápido posible."

"Gracias, Charles," dijo Rebecca, y Charles asintió, dándose la vuelta. "Deberíamos apurarnos..."

Antes de que Rebecca pudiera terminar su frase, Thomas tomó su mano, apretándola con fuerza. La giró y ella lo miró con ojos muy abiertos.

"Thomas..." Su voz era apenas un susurro, y por mucho que Thomas deseara besarla, abrazarla fuertemente contra su pecho, ahora definitivamente no era el momento adecuado.

A pesar de sus sentimientos, que parecían crecer con cada momento que pasaba con ella, había problemas más importantes en juego. El padre de Rebecca estaría furioso cuando viera el artículo, y Thomas comenzó a prepararse para la ira del doctor. Ya lo había experimentado una vez antes, pero sospechaba que sería leve en comparación con cómo reaccionaría el Doctor Morton si leyera las cosas que supuestamente Thomas había hecho a su hija.

Frunció los labios y aflojó su agarre en la mano de Rebecca. "Vamos. No hay razón para demorar esto."

"Veo el terror en sus ojos, Thomas. Realmente lo siento por involucrarlo en esto."

Él sonrió y apartó un mechón de cabello de su rostro. "No necesita disculparse conmigo, Rebecca. Todo lo que necesito es un último vistazo a su hermoso rostro antes de que su padre me mate."

Rebecca hizo un puchero y colocó su mano en su mejilla. "Por suerte, puedo cuidarlo hasta que se recupere."

"¿Incluso si estoy muerto?" preguntó él.

En un momento que debería haber sido sombrío, se rieron compartiendo la diversión antes de salir silenciosamente del estudio para dirigirse al carruaje que los esperaba afuera.



Capítulo Veintiséis

El carruaje avanzaba en silencio hacia la casa en la ciudad, y Rebecca miraba sus manos reposando en su regazo. Aunque ella y Thomas se habían divertido con la idea de que su padre pudiera golpear al pobre Thomas hasta matarlo, esa era ciertamente una posibilidad. Ella era la única familia que le quedaba a su padre, y él haría todo lo posible para asegurarse de que ella no fuera dañada de ninguna manera.

Estaba bastante ansiosa por regresar a casa, preguntándose qué tipo de reacción tendría su padre respecto al artículo. Su padre era un hombre racional, pero estaba convencida de que no habría forma de que pudiera actuar racionalmente una vez que escuchara la noticia.

"Rebecca," dijo Thomas suavemente y ella lo miró. "¿Está bien?"

"No estoy segura de cómo responder a su pregunta, Thomas. Han sucedido tantas cosas en rápida sucesión que no he podido procesarlo todo. Su madre, el artículo, su hermano y ahora mi padre. Me siento bastante abrumada. Un sinfín de sentimientos revolotean dentro de mí. Los pensamientos giran en mi mente a un ritmo alarmante, y me siento impotente para detenerlos," dijo con un suspiro. "¿Está bien?"

"Evaluando mi vida, como uno hace cuando está a momentos de la muerte," dijo Thomas, evidentemente todavía tratando de ser alegre.

Rebecca sonrió débilmente y miró las colinas que pasaban. Estaba al borde de las lágrimas, pero se convenció a sí misma de permanecer fuerte. No deseaba que Thomas la viera en un estado emocional tan vulnerable y se compuso silenciosamente, rezando para que todo saliera bien.

O al menos eso esperaba.

Después de todo, sabía que Thomas no permitiría que le sucediera ningún daño, incluso si el responsable fuera su padre.

El carruaje se detuvo y Thomas bajó. Extendió la mano hacia ella, pero ella la ignoró. No tenía la intención de ser grosera con él, sino que era su estado ansioso el que la hacía retraerse y no aceptar su ayuda. Bajó al suelo y se dirigió a la casa de la ciudad.

Al llegar a la puerta, esta se abrió y fueron recibidos por el rostro enrojecido del padre de Rebecca. Su mirada era afilada como una daga, dirigida completamente hacia Thomas.

"Dentro. Ahora," dijo el doctor Morton firmemente.

Rebecca tragó saliva, su estómago se hundió al ver la expresión en su rostro. Pero asintió obedientemente y entró en la casa, dirigiéndose inmediatamente al salón.

"¿Qué es esto?" exigió el doctor Morton mientras agarraba el periódico y lo agitaba en el aire.

"Padre, puedo explicar..."

"Por favor, hazlo," interrumpió el doctor Morton.

Rebecca inhaló profundamente, pero antes de poder pronunciar una palabra, Thomas intervino. Si sería considerado heroico o tonto aún estaba por determinarse.

"Doctor Morton, si hay alguien aquí que deba explicarse, debería ser yo."

"¡Entonces hágalo!"

Thomas claramente se sorprendió por la manera enérgica en la que habló su padre, y ella abrió la boca para intervenir.

"Hable, cobarde."

"¡Padre!"

"No, su padre tiene razón al llamarme cobarde, Rebecca," dijo Thomas y se volvió hacia el doctor Morton. "Si hay alguien responsable del daño causado a la reputación de Rebecca, soy yo."

"Esto es inaceptable," dijo el doctor y arrojó el periódico al suelo.

El movimiento repentino hizo que Rebecca saltara y su labio inferior temblara. "Padre, no es cierto. El artículo no es preciso en absoluto."

"¿Thomas no te besó?" preguntó el doctor Morton.

Vaciló por un momento y luego dijo la verdad. "Sí me besó, y yo también lo besé. Pero no ocurrió nada más. El resto del artículo está lleno de mentiras."

El rostro de su padre se oscureció en un carmesí profundo y su mirada se dirigió hacia Thomas. "¿Qué tiene que decir en su defensa, Thomas Melton? ¿Cuáles son sus intenciones hacia mi hija?"

"Padre..."

"No te estoy hablando a ti, Rebecca," dijo en tono de advertencia.

Su padre dio un paso adelante y fulminó con la mirada a Thomas, que estaba a poca distancia. "Hable. Ahora."

Thomas carraspeó y Rebecca lo miró expectante. "Mi intención era venir aquí hoy y solicitar su permiso."

"¿Permiso para qué?"

"Para cortejar a su hija con miras a un compromiso," dijo Thomas.

"¿Qué?" Rebecca preguntó con un suspiro.

Eso ciertamente no era lo que esperaba que Thomas dijera.

"¿Y por qué debería permitirle cortejarla?" preguntó el doctor Morton.

"Soy la razón por la que su reputación ahora está en ruinas y no deseo causarle ningún daño o vergüenza adicional. Me preocupo por su hija, Doctor Morton, y creo que puedo hacerla feliz. Su reputación no me importa, porque sé qué tipo de persona es ella."

Rebecca miró a su padre, con la mandíbula floja de shock.

"Realmente es el culpable de que la reputación de mi hija esté arruinada, especialmente porque dejé muy claro que no deseaba que se casara joven. Quizás hice esto para protegerla de hombres como usted. Pero admitir sus errores y estar dispuesto a llegar a extremos para corregirlos me muestra que tiene un sentido de madurez y responsabilidad. ¿Deberíamos discutir esto más a fondo?"

La mandíbula de Rebecca cayó mientras escuchaba la conversación que se desarrollaba entre su padre y Thomas, como si fuera lo más normal del mundo. Parpadeó varias veces, sin creer realmente que estaba presenciando ese espectáculo ante sus ojos.

No había imaginado que su padre siquiera consideraría permitir que Thomas la cortejara con la intención de casarse con ella. La enfureció, no solo porque su padre había cambiado de opinión repentinamente con la promesa de matrimonio de Thomas, sino que prácticamente estaban planeando la boda ya.

Ella no había acordado nada, ni se le había preguntado si esto era lo que quería. Una vez más,

estaba siendo ignorada.

En varias ocasiones intentó hablar, pero su padre no se lo permitió. Simplemente le lanzó una mirada desdeñosa antes de continuar su conversación con Thomas. Incluso Thomas evitaba su mirada, lo que la hacía sentir insignificante y que ni ella ni su opinión importaban en absoluto.

Cuanto más discutían su futuro su padre y Thomas, más enojada se sentía ella. Lágrimas calientes le picaban los ojos y eventualmente un suspiro escapó de su garganta.

No pudo contener las palabras por más tiempo. "No puedo creer que estén discutiendo mi futuro sin siquiera preguntarme si esto es lo que quiero. Deberían avergonzarse," dijo enojada. "¡Ambos!"

Escuchó a Thomas llamarla mientras se daba media vuelta y salía corriendo del salón, pero no esperó ni se dio la vuelta. Su corazón estaba destrozado, al igual que su reputación, y ni siquiera un matrimonio arreglado con el hombre al que quería podía arreglarlo.



Capítulo Veintisiete

Thomas encontraba bastante difícil concentrarse en el Doctor Morton mientras en el fondo de su mente pensaba en Rebecca y en cómo ella se había marchado furiosa a sus aposentos.

Era consciente de por qué estaba molesta, pero tenía que decirle cosas al padre que necesitaban ser dichas. Tenía que tranquilizar la mente del doctor de que su hija no sería expulsada de la sociedad y tratada con dureza. Había sido honesto con el Doctor Morton, contándole la verdad sobre lo que había ocurrido en la playa, aunque ya lo había hecho antes. Esta vez, incluyó sus besos, y parecía que el Doctor Morton lo respetaba más después de hacerlo.

La única opción que Thomas encontró creíble fue solicitar casarse con ella, cortejándola antes, por supuesto. Sabía que no lo había discutido con Rebecca, pero no había habido tiempo. Había sido una decisión muy espontánea por parte de Thomas, y obviamente había tomado por sorpresa a Rebecca. No de una manera buena.

Esperaba que se sintiera perturbada, pero no tanto como realmente estaba. Sintió la necesidad de seguirla hasta sus aposentos, pero el Doctor Morton estaba ansioso por discutir las cosas en detalle con él. Thomas ciertamente no deseaba faltarle el respeto al padre de ella, aunque temía que solo pudiera molestar aún más a Rebecca.

“Thomas, puede que haya subestimado su madurez,” dijo el doctor cuando finalmente entraron en el pasillo.

“Gracias, Doctor Morton. Sus palabras son apreciadas más de lo que nunca sabrá,” dijo Thomas y estrechó la mano del padre de Rebecca. “¿Puedo preguntar una cosa?”

“Por supuesto.”

“¿Estaría bien si me despido de Rebecca? No deseo irme sin hacerlo.”

“Por supuesto,” dijo el doctor, y llamó por el pasillo a Connie.

La joven doncella que Thomas reconoció del acantilado apareció en el pasillo.

“Connie, ¿serías tan amable de traer a Rebecca? Está en sus aposentos,” dijo el doctor.

“Lo siento, señor. Pero estuve en los aposentos de la señorita Rebecca hace un momento y ella no está allí.”

“Por favor, revisa el resto de la casa y dile que baje al pasillo de inmediato.”

“Por supuesto, señor.”

La doncella se apresuró y Thomas frunció los labios. Quizás se había escondido entre las páginas de un libro y había perdido contacto con el mundo, sin escuchar a su doncella llamándola. O tal vez ni siquiera estaba dentro de la casa, pero seguramente eso no era posible. Thomas no había oído su salida. A menos que...

“No está adentro, señor.”

“Connie, encuéntrala, por favor,” dijo el Doctor Morton con el ceño fruncido. “¿Dónde demonios podría estar?”

“Quizás busque al borde del acantilado,” dijo Thomas a la doncella y ella asintió, corriendo rápidamente hacia la parte trasera de la casa.

“¿Cómo sabe del borde del acantilado?” preguntó el doctor.

“Quizás este no sea el momento para esa pregunta, Doctor,” dijo Thomas.

“En efecto. Puede informarme amablemente más tarde.”

Registraron la casa, el pequeño jardín y el área detrás de la casa donde estaban los establos y el carruaje del Doctor Morton, pero Rebecca no estaba en ninguna parte. En la distancia, notaron a Connie corriendo hacia ellos, con las mejillas sonrojadas y una expresión alterada.

“No pude encontrarla, señor. No está en los acantilados, tampoco la vi en el paseo marítimo.”

“¿Hizo algún intento de buscar en el fondo de los acantilados?” preguntó Thomas con un nudo en la garganta.

“¿Cómo se atreve a insinuar...?” La voz del doctor se desvaneció y sacudió la cabeza con disgusto.

“Mis más sinceras disculpas, Doctor Morton. No tuve la intención de molestarlo más de lo que ya está.”

“Discúlpeme, señor.”

Una voz pequeña vino desde detrás de ellos y se dieron la vuelta. Un joven, que ni siquiera tenía veinte años, se acercó a ellos y el doctor parecía familiarizado con él.

“Jonny. ¿Has visto a Rebecca?” le preguntó.

“No, señor. No la he visto.”

Lleno de evidente decepción, los hombros del doctor se encorvaron y se volvió hacia Thomas. “Jonny es nuestro mozo de cuadra. Se encarga de los caballos de los residentes de las casas adyacentes.”

“Por cierto, noté que el caballo castrado que guarda para tirar de su carruaje falta, junto con la silla de montar de Rebecca, señor.”

“El caballo castrado no es seguro para montar, especialmente no para una mujer,” dijo el doctor Morton con un estremecimiento.

“No se preocupe, Doctor. Voy a llevar el carruaje de vuelta a Finlay Hall, buscaré mi propio caballo y la buscaré,” dijo Thomas.

“Muy bien, pero debe darse prisa. Pronto oscurecerá, y no deseo que mi hija se pierda en la oscuridad. Ella...”

La voz del médico se desvaneció una vez más y aunque no completó su frase, Thomas era muy consciente de cuáles eran esas palabras faltantes.

Se preocupaba cada vez más por cada momento que pasaba. Los acantilados eran un lugar peligroso para montar de noche, y Thomas tuvo que detenerse a sí mismo para no temer lo peor.

Se apresuró hacia su carruaje y ordenó al conductor que se apresurara, llevándolo urgentemente de regreso a Finlay Hall lo más rápido posible. No había absolutamente tiempo que perder.

Mientras el caballo galopaba a toda velocidad, la mandíbula de Thomas se apretó al darse cuenta de que realmente le importaba Rebecca, incluso más profundamente de lo que inicialmente había pensado. Se había sentido obligado a cortejarla para salvar su reputación, pero ahora reconocía que realmente deseaba cortejarla, pase lo que pase. Simplemente quería estar con ella y, en última instancia, casarse con ella.

Para ser honesto, no había absolutamente ningún punto en negarlo por más tiempo: se había enamorado de Rebecca. Darse cuenta de esto lo golpeó con fuerza, y sabía que nunca podría perdonarse si le sucedía algo. Tenía que encontrarla y llevarla a casa sana y salva.

No tenía otra opción.



Capítulo veintiocho

Con el viento en su cabello y lágrimas surcando su rostro, Rebecca guiaba el caballo de su padre a lo largo del campo cubierto de hierba. No sabía cuánto tiempo había estado montando, dirigiendo al animal hacia lo desconocido, ni dónde terminaría exactamente. Lo único que sabía era que necesitaba alejarse.

Después de escuchar a su padre y a Thomas deliberar sobre su futuro como esposa de Thomas, sin siquiera mirarla una vez, y mucho menos consultar sus deseos, nunca se había sentido tan impotente. No le preguntaron su opinión, ni siquiera la dejaron ser parte de la discusión.

A pesar de sus sentimientos por Thomas, no esperaba que simplemente tomara la decisión de casarse con ella sin discutirlo primero. Nunca se había sentido tan insultada.

Rebecca miró hacia el cielo. El sol estaba muy cerca del horizonte y pronto oscurecería. Sus alrededores no parecían en absoluto familiares, y tomó una respiración profunda. Dirigiendo al caballo en dirección opuesta, esperaba encontrar su camino de regreso a terreno conocido, pero pronto se dio cuenta de que estaba perdida.

A lo lejos, notó un gran lago, luego se dio cuenta de lo sedienta que estaba. No estaba segura de si el agua era lo suficientemente limpia para beber, pero podía salpicar agua en su rostro antes de intentar encontrar el camino de regreso a la casa familiar.

Había estado viviendo en Weymouth durante algún tiempo, pero nunca se había aventurado tan lejos, y mucho menos sola.

Su caballo se detuvo y ella se bajó lentamente cerca del lago, con sus pies tocando la hierba suave y verde. La hierba junto al lago era exuberante y verde, y tan pronto como se arrodilló en la orilla del agua, su entorno de alguna manera le resultó familiar, como si ya hubiera estado allí antes.

El agua fresca se sintió encantadora en sus manos y salpicó un poco en su rostro. Tomó una respiración profunda y cuando se puso de pie, notó el gran establo a su derecha, y a lo lejos una gran mansión que se alzaba detrás de los árboles. Reconoció instantáneamente las grandes ventanas, así como la piedra labrada en las esquinas de los ladrillos, y retrocedió tambaleándose hacia su caballo.

Estaba en los terrenos de Finlay Hall, la finca del duque, uno de los dos lugares donde no deseaba estar. Tiró de las riendas del caballo en un intento de escapar rápidamente, antes de que alguien la viera. Especialmente la Duquesa Viuda.

Mientras caminaba alrededor de su caballo, se mordió el labio. Por mucho que no quisiera admitirlo, no estaba segura de cómo encontrar su camino de regreso a la casa de su padre desde allí, y no quería llamar a la puerta de Finlay Hall y solicitar ayuda.

"¿Disculpe?" una chica llamó y Rebecca saltó. "¿Podemos ayudarla?"

Se dio la vuelta y notó a dos chicas jóvenes en ropa de equitación y un joven mozo de cuadra que las acompañaba.

"¿Quién es usted?" preguntó el mozo de cuadra, frunciendo el ceño con sospecha.

"Yo..." Rebecca tartamudeó de miedo.

Antes de que pudiera esclarecer sus ideas, una dama rodeó los establos y se acercó a ella. Probablemente tendría diez años más que ella. Estaba vestida con ropa de equitación muy cara.

Ahora se sentía tonta. No había ninguna posibilidad de que Rebecca pudiera simplemente alejarse sin parecer grosera y despectiva.

Se apartó de su caballo. "Perdonen la intrusión. Soy Rebecca Morton."

"¿Rebecca Morton? ¿La hija del Doctor Morton?" preguntó la dama.

"Así es."

La mujer le tendió la mano a Rebecca con una sonrisa brillante. "Emma Melton. Charles es mi esposo. Encantada de conocerla. He oído tantas cosas sobre ti."

Rebecca hizo una reverencia profunda. "Es un placer conocerla, Su Gracia."

"¿Conocerme? Es como si nos conociéramos desde hace un tiempo," dijo Emma con una sonrisa.

"¿Y eso por qué?" preguntó Rebecca con cuidado mientras se levantaba de su reverencia.

"Thomas ha hablado de usted en más de una ocasión," dijo Emma. "¿Ha venido a visitarlo? No estoy segura de dónde está, pero puedo averiguarlo."

"No, no estoy aquí para verlo. Francamente, ni siquiera sabía que estaba en la finca," dijo Rebecca y se aclaró la garganta. "Es bastante vergonzoso admitirlo, pero salí a dar un paseo en mi caballo y no sabía dónde estaba hasta que llegué aquí al lago y vi la mansión. No tenía la intención de allanar, Su Gracia. Lo siento mucho."

"Emma, por favor," dijo la duquesa y colocó su mano sobre su corazón. "No hay necesidad de disculparse, y definitivamente no está allanando. Los niños y yo acabábamos de regresar de montar nosotros mismos, y estábamos a punto de disfrutar de una cena temprana. ¿Le gustaría unirse a nosotros?"

"Debería estar regresando. No quisiera que mi padre se preocupe," dijo Rebecca.

Emma estaba a punto de responder cuando se escuchó un gran alboroto desde detrás de los establos. Una nube de polvo se levantó mientras aparecía un carruaje. La mandíbula de Rebecca cayó cuando reconoció al joven que descendía del vehículo.

Se preguntaba qué había hecho que Thomas regresara a la finca, pero tan pronto como llamó al mozo de cuadra, se dio cuenta de cuáles eran sus planes.

"Tú ahí, prepara mi caballo lo más rápido posible," dijo, lo suficientemente alto como para que incluso Rebecca lo escuchara.

"¿Thomas?" preguntó Emma y se volteó hacia los establos.

"Emma, mis disculpas, pero no tengo tiempo para charlar."

"¿Qué sucede?" preguntó Emma. "¿Y por qué estás en un estado tan frenético?"

Rebecca recordó a Thomas hablándole de la gracia y serenidad de la duquesa, y cómo era capaz de tranquilizar a la gente con su comportamiento calmado y gentil. Ahora lo veía de primera mano y era bastante impresionante.

Sin embargo, ver a Thomas la hizo recordar la conversación con su padre y la forma en que la habían hecho sentir impotente y no deseada. No había sido justo de su parte, de ninguno de los dos, y deseaba hacerle saber esto, aunque significara que necesitaba enfrentarlo en este momento.

"Necesito mi caballo. Rebecca está desaparecida y debo encontrarla, Emma," dijo Thomas, su voz llena de culpa. "Debo encontrarla. Podría estar en peligro, y si algo le sucede, nunca me lo perdonaría."

"No hay necesidad de ir, Thomas. Está bien," dijo Emma.

"¿De qué hablas? Debo irme. Yo soy el culpable de esto. Soy el responsable, y debo encontrarla. Pronto oscurecerá."

"Thomas, por favor, escúchame..."

"Emma," dijo Thomas y la miró directamente. "Sé que lo dices de buena fe, pero no entiendes la urgencia de este asunto. Ahora, retírate."

Rebecca no apreció el tono de Thomas dirigido injustamente a Emma y marchó hacia él. "Esa no es forma de hablarle a la Duquesa de Wagn."



Capítulo veintinueve

Thomas miró en silencio a Rebecca, que estaba sana y salva en la finca, y aunque se sintió aliviado de verla frente a él, la ira y el resentimiento en sus ojos lo inquietaron.

"Rebecca, está aquí," jadeó, sin aliento y consciente de que sonaba un poco como un tonto.

"Eso es precisamente lo que quería decirte, pero no me diste la oportunidad," dijo Emma y puso una mano en su cadera.

"¿Podrías quizás disculparnos por un momento, Emma?" preguntó Thomas, luego pensó en agregar, "¿Por favor?"

"Por supuesto," asintió Emma. "Vamos, niños."

Sus sobrinas salieron de los establos y siguieron a Emma hacia la casa solariega. Tan pronto como estuvieron lo suficientemente lejos, él se acercó a Rebecca.

"¿Dónde ha estado? Su padre y yo estábamos preocupados," dijo Thomas, su voz más alta de lo que había anticipado.

Sus palabras se silenciaron de inmediato cuando Rebecca dio un paso adelante y lo abofeteó en la cara.

"¿Cómo se atreve?" escupió Rebecca, luego cruzó los brazos. "Nunca en mi vida he conocido a un hombre más presumido, y créame, he conocido más de los que debería."

Thomas apoyó la palma de su mano contra su mejilla caliente y miró a Rebecca. "¿De qué está hablando? Su padre y yo la hemos estado buscando. No estaba en sus habitaciones y..."

"Me sorprende que hayan notado que me fui."

"¿Por qué no lo notaríamos?" preguntó él.

"Su conversación era muy absorbente, parecía."

"Rebecca," suspiró Thomas. "Estoy confundido."

Rebecca rio amargamente y levantó las manos en el aire mientras se volvía hacia donde había venido. "Imagínesse mi sorpresa."

Thomas frunció el ceño y siguió a la joven enojada por la ligera pendiente que llevaba al lago. "Rebecca, por favor espere."

Extendió la mano para agarrarle el brazo y la giró hacia él.

"Suélteme inmediatamente," dijo ella.

"No hasta que explique por qué está actuando de manera tan extraña."

"Estoy actuando como debería. Estoy molesta y tengo todo el derecho de estarlo," dijo ella.

"¿Podemos ir adentro y discutir nuestro futuro como adultos sensatos?"

El pensamiento de describirse a sí mismo como un adulto sensato le divirtió, pero mientras se reía para sí mismo, Rebecca lo miraba con furia.

"Lo siento," se apresuró a agregar. "Había muchas cosas pasando por mi cabeza que no debería estar pensando. Pero, por favor, no deseo verla molesta. Permítame llevarla a un lugar seguro adentro donde podamos conversar como necesitamos hacerlo."

Rebecca lo miró como si no estuviera segura de si obedecer, con los ojos entrecerrados de sospecha.

"Por favor, Rebecca",

Ella inhaló profundamente y asintió. "Está bien, pero con una condición."

"Cualquier cosa," dijo Thomas y juntó las manos. "Haré cualquier cosa."

"Devuelva el caballo de mi padre y dígame que estoy a salvo," dijo ella.

"Por supuesto," asintió Thomas, y llamó al mozo de cuadra. Dio instrucciones al joven, que luego fueron transmitidas a uno de los mozos de cuadra.

Él le ofreció el brazo a Rebecca, pero ella lo rechazó. Entonces, levantó las manos en señal de derrota y continuó hacia la casa solariega. Los pasos de Rebecca lo seguían de cerca, y una sonrisa se formó en sus labios. Al menos ella no había intentado huir de nuevo.

Estaba completamente desconcertado por su enojo. Había tenido la impresión de que le agradaba y disfrutaba de su compañía. Compartían intereses en el arte, la pintura y el dibujo. Ella se había divertido mucho cuando buscaron fósiles en la playa.

O eso había pensado él. ¿Se habría equivocado acerca de sus afectos por él? ¿Por qué estaba tan molesta por el hecho de que le hubiera dicho a su padre que deseaba cortejarla con la promesa de un compromiso y matrimonio? ¿No era eso lo que ella quería? Había pensado que estaría feliz, no enojada.

Quizás ser un hombre lo hacía ignorante en cuanto a las formas de las mujeres. O tal vez había sido cierto lo que su difunto padre le había dicho, que las mujeres no fueron creadas para ser comprendidas completamente. En ese momento, cuando su padre dijo eso, sintió que era algo bastante despectivo, pero a medida que crecía y comenzaba a encontrarse con mujeres por sí mismo, se dio cuenta de lo increíblemente sabio que había sido su padre. Las mujeres *eran* más complejas de lo que había imaginado, y el comportamiento de Rebecca ahora lo demostraba claramente.

Con suerte, su conversación aclararía las cosas.

Thomas la llevó al salón de señoras y abrió la puerta para que ella entrara. Como era de esperar, Emma, Julia y Abigail estaban dentro, vestidas con hermosos vestidos esperando la cena. Thomas miró a Rebecca, que parecía bastante incómoda en la compañía de las otras tres damas.

Las lágrimas comenzaron a formarse en sus ojos cuando ella retrocedió, pero Thomas la instó a entrar.

"Mis queridas hermanas," anunció Thomas. "Todas ustedes me han oído hablar de una encantadora joven que ha capturado mi corazón, y quiero presentárselas. Esta es Rebecca Morton, la mujer que planeo desposar."

Sonrió hacia Rebecca, pero su expresión tormentosa lo hizo retroceder. Por un momento, incluso temió que lo abofetearan nuevamente.

"Desearía que dejara de anunciar cosas que no son ciertas, Thomas," dijo Rebecca, y justo cuando estaba a punto de responder, ella agregó rápidamente: "Y no. Tener una conversación con mi padre sin incluirme, no le da la autoridad para decidir por su cuenta que va a casarse conmigo."

"Thomas," dijo Abigail y se volvió hacia él. "¿Es eso cierto?"

"Bueno, yo..." tartamudeó y bajó la mirada.

"Rebecca, ven aquí. Siéntate con nosotras," dijo Emma, y cuando levantó la mirada nuevamente, su cuñada lo miraba con enojo.

Rebecca se acercó al gran sofá donde estaban sentadas las tres jóvenes y se unió a ellas.

"¿Es esto cierto, Rebecca?" preguntó Emma.

Rebecca miró preocupada a Thomas, pero Abigail agregó: "Puedes hablar libremente aquí, Rebecca."

Rebecca inhaló profundamente y asintió. "De hecho. Presencié la mayor parte de la conversación desde lejos, fui una espectadora a quien no se le pidió que diera su opinión sobre el asunto. No estoy segura por qué Thomas piensa que eso es lo que quiero."

"¿No te importa él?" preguntó Abigail.

Se apartó y bajó la mirada para ocultar su decepción. Si ella no tenía sentimientos por él, todo lo que había hecho había sido en vano y se había hecho el ridículo. Su corazón comenzó a latir con fuerza. ¿Y si realmente *no* le gustaba?

"Francamente," dijo Rebecca después de una larga pausa, "me gusta Thomas. Es maravilloso y amable en los mejores momentos, pero verlo hoy hablando con mi padre sin tener en cuenta lo que yo quiero, no es el tipo de hombre que sé que él es. Mis sentimientos por él no importan mucho. Si estoy profundamente enamorada de él o no, no puedo aceptar casarme con un hombre que hizo arreglos con mi padre como si yo fuera una carga. Ni siquiera me pidió permiso, ni siquiera mi opinión primero. Si no importaba en la propuesta, ¿por qué importaría en el resto del matrimonio? Eso no es lo que quiero en un matrimonio."

"¿Qué quieres?" preguntó Emma.

Thomas contempló a la encantadora Rebecca, a quien había perdido su corazón, y claramente también todo su sentido de la razón. Temía haber cometido el mayor error de su vida.

Lo que ella dijo era cierto. Ni siquiera había pensado en preguntarle qué pensaba sobre casarse con él. ¿Por qué había sido tan poco considerado? Seguramente le costaría caro.

"Quiero *importarle* al hombre con el que me case," dijo Rebecca, y su mirada se encontró con la de Thomas al otro lado de la habitación. "Quiero importarle a mi esposo más que a nadie o cualquier otra cosa."



Capítulo treinta

Rebecca miró a Thomas, cuyos ojos estaban llenos de culpa y vergüenza. Las emociones eran claramente visibles en su rostro, y Rebecca sintió remordimiento en su alma. Y tristeza por lo que probablemente estaba renunciando. Pero ella merecía más de lo que le habían dado, de eso estaba segura.

"Pero usted es lo más importante, Rebecca," dijo Thomas, y al menos sus palabras sonaban sinceras.

"Ciertamente no se sintió así hoy."

Thomas pasó los dedos por su oscuro cabello y se acercó lentamente a ella. Se arrodilló ante ella, sus manos reposando en sus rodillas. Aunque no era lo más apropiado, la duquesa y las otras dos damas al menos estaban presentes como acompañantes.

"Realmente lamento si dio esa impresión, Rebecca. La razón por la que le dije a su padre que me casaría con usted fue porque no quería que su reputación se arruinara por las terribles cosas impresas en el periódico, que ni siquiera eran verdaderas..."

"Bueno, al menos no todo," dijo Julia, con un suave recordatorio.

Thomas frunció los labios, evitando apartar su atención de Rebecca. Tomó ambas manos entre las suyas y respiró hondo. "No quería que su reputación se manchara de ninguna manera, Rebecca, y pensé que una solicitud de cortejo que eventualmente resultara en matrimonio era la forma correcta de hacer las cosas. Pero ahora puedo ver que no lo fue. Lo único que logré fue molestarla y alejarla de mí."

"Thomas, no me alejó," dijo ella.

"Tampoco caí en sus brazos ante la idea de casarme con usted. Monté en un caballo y me fui."

"Estaba decepcionada, ya que rompió una promesa que me hizo," dijo Rebecca y bajó la mirada hacia él, preguntándose si él recordaba.

La estudió por un momento, como si intentara recordar una promesa rota. Su mirada estaba preocupada. "No lo..."

"Prometió que la razón por la que pediría mi mano en matrimonio no sería cuando mi reputación estuviera en juego."

Ella vio el momento exacto en que el recuerdo lo golpeó. La vergüenza llenó su expresión.

"De hecho, tiene razón. Lo hice," dijo Thomas, tomando una respiración lenta y profunda.

"Lo siento mucho, Rebecca. No fue mi intención molestarla o hacerla sentir como si no importara. Valoro su opinión. Simplemente le pedí permiso a su padre porque quería desviar su enojo lejos de lo que había sucedido. Ciertamente no es una excusa, ni justifica mis acciones."

"No, no lo hace."

Thomas se encogió y tomó una de sus manos entre las suyas. El calor de la conexión se extendió por su brazo. Ella miró sus manos unidas.

"¿Me perdonará?" dijo él. "Perdone a este tonto hombre que la ha tratado injustamente pero

que no desea nada más que su felicidad. Por favor, perdóneme y permítame demostrarle que realmente me importa, más de lo que he me ha importado nadie."

"Es verdad," dijo Emma con una sonrisa, y Rebecca la miró.

"¿Lo es?" preguntó Rebecca.

"Ciertamente," dijo Emma. "El primer día que te conocí, regresó a casa y no dejaba de hablar de ti."

"Todos pensamos que estaba ebrio, murmurando con soñadora exaltación por los pasillos," dijo Julia.

Rebecca no pudo evitarlo. Dejó escapar una risita y miró de nuevo a Thomas. "Eso es bastante encantador de escuchar."

"No, usted es encantadora, Rebecca. Nunca he conocido a una mujer tan hermosa y amable como usted, que también disfrutara de ir a cazar fósiles. Al principio, no pude determinar si solo lo decía para distraerme del dolor mientras suturaba mi herida, pero ver la admiración en sus ojos en la playa confirmó que estaba realmente interesada."

"Lo estaba. Nunca fingiría estar interesada en algo que no lo estuviera, independientemente de lo encantadora o atractiva que sea la persona," dijo Rebecca.

Las comisuras de la boca de Thomas se curvaron hacia arriba mientras la miraba. "¿Me considera encantador y atractivo?"

"Me abstendré de responder a esa pregunta por el bien de las esposas de sus hermanos," dijo Rebecca, permitiendo que un poco de calidez volviera a sus ojos.

"Oh, no nos haga caso. Es bienvenida a responder," dijo Emma, mientras Abigail y Julia hacían gestos a Rebecca, instándola a continuar.

"De hecho, lo hago," dijo Rebecca, mientras sus mejillas se calentaban.

El alivio calentaba los ojos de Thomas. Su pulgar acariciaba el dorso de su mano y se sentía muy bien. "Desde el primer momento en que la vi, Rebecca, me cautivó. Hemos compartido muchas risas juntos en el corto tiempo que nos conocemos, y no desearía nada más que seguir disfrutando de esas cosas con usted por el resto de mi vida."

"Thomas..."

"Rebecca, por favor, permítame el tremendo honor de cortejarla," dijo Thomas. "No por su reputación, sino porque me he enamorado de usted. Y con toda la intención de un compromiso, por las razones correctas esta vez."

Rebecca mordió su labio inferior, deseando poder caer en sus brazos y decir que sí. En cambio, sacudió lentamente la cabeza.

"Thomas, tanto como me conmueven sus palabras y el significado que las acompaña, debo declinar," dijo.

"¿Qué? ¿Por qué?" Thomas preguntó y aflojó su agarre en sus manos.

Ella apartó las manos y se puso de pie, dejándolo arrodillado en el suelo. Su boca estaba abierta, e incluso las otras damas en la habitación parecían sorprendidas por su respuesta.

"Por favor, créame que desearía decir que sí. Con todo mi ser, diría sí sin dudarle un momento..."

"Entonces, ¿por qué rechazar mi oferta si desea aceptarla?" preguntó mientras se ponía de pie con la ayuda de Emma. Su pierna obviamente seguía lastimada, y no podía cambiar de posición tan rápido como debería.

"Es más complicado, y usted de todas las personas debería ser consciente de ello," dijo Rebecca.

La frente de Thomas se frunció mientras la miraba. "¿A qué se refiere con eso?"

"Oh, Thomas. Mi falta de sangre noble, así como mi reputación ahora destrozada, hacen imposible que nos casemos. ¿No puede verlo?"

Él negó con la cabeza con fervor. "No me importa nada de eso. Ninguno de esos detalles. Quiero estar con usted, y sé que usted quiere lo mismo."

"Lo hago, pero debe entender," le dijo ella mientras sus hombros se encogían. Su corazón se rompía. Lo amaba, y era imposible tenerlo.

"Míreme. Soy la hija del médico del pueblo. Mi familia no es rica ni tiene títulos, y ciertamente no soy la mejor mujer para usted, según la sociedad."

"No me importa lo que piense la sociedad, Rebecca. Es la mujer con la que quiero pasar mi vida, y lo demás no me importa. Para el mundo y la sociedad, tal vez solo sea una simple señorita, pero para mí es la reina de mi corazón."

Rebecca lo miró, con la boca abierta, los ojos brillando con lágrimas.

Emma se acercó a ella y le ofreció un pañuelo bordado. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y tomó el pañuelo para secarlas.

"Su madre, Thomas," le recordó suavemente. "Ella..."

Él negó con la cabeza con fervor. "No me importa lo que diga, lo que piense. Quiero pintar con usted en los acantilados por el resto de mis días. Y si le preocupa dónde viviremos, estoy seguro de que Charles no permitirá que mi madre nos castigue financieramente."

Emma asintió y sonrió. "Siempre tendrá un hogar, Rebecca. Se lo prometo."

Thomas sonrió y la miró con amor brillando en sus ojos. "Entonces, Rebecca, ¿mi amor? ¿Qué dice?"

"Bueno, parece que ya no puedo negarme más," dijo con un sollozo y una risa, y luego chilló cuando él se precipitó hacia adelante y la tomó en sus brazos. "También lo amo, Thomas," admitió, descansando en su abrazo y permitiendo que su amor finalmente floreciera. "Acepto irrevocablemente su propuesta."



Capítulo treinta y uno

Thomas nunca había entendido cómo funcionaban las mentes de las mujeres. Sabía cómo encantar a una joven, halagarla y hacerla reír. Tenía un entendimiento de las conversaciones casuales y cómo halagar o cortejar a una mujer. Incluso sus hermanos habían contado con su consejo respecto a las damas en sus vidas y siempre había dado consejos sólidos, por decir lo menos.

En lo que Thomas no tenía experiencia era en relaciones a largo plazo y comprometidas. Era más que capaz de cortejar a una joven y comenzar a cortejarla, pero nunca se había aventurado en un matrimonio prospectivo antes.

Por eso, la escena ante él era bastante inquietante. Desde el momento en que Rebecca había aceptado casarse con él, las esposas de sus hermanos se habían lanzado sobre ella, determinadas a planear su boda en una sola noche, parecía.

Ahora, hablaban simultáneamente sobre flores de boda, trajes lujosos e incluso la fecha de su boda con Rebeca. Hablaban en frases confusas sobre cosas que nunca había escuchado y términos que eran un completo misterio para él.

Rebeca se había vuelto más callada mientras escuchaba a las damas a su alrededor hablar con mucha emoción. Thomas reconoció su expresión al instante. Llevaba la misma mueca de impotencia en su rostro que veía cuando hablaba con el Doctor Morton sobre los planes para casarse con su hija. Thomas no deseaba volver a perturbar a Rebecca permitiendo que se sintiera excluida de lo que debía ser el día más feliz de su vida.

Rebeca, que era demasiado amable y educada, miró a Thomas con desesperación. Sin duda, no ignoraría los silenciosos ruegos de su futura esposa y se acercó al diván.

Thomas extendió su mano hacia ella, y ella colocó la suya en la de él sin dudarlo un momento. Al levantarse, las otras tres damas lo miraron boquiabiertas con los ojos muy abiertos.

"¿Y a dónde crees que la llevas?" preguntó Julia.

"Lejos de aquí," dijo Thomas simplemente.

"Pero hay mucho que planear si te vas a casar pronto, Thomas," dijo Abigail.

"Y entre tú, Emma y Julia, serán más que capaces de planear," dijo Thomas.

"Pero Thomas..."

"Emma, por favor. Mi querida está abrumada, y simplemente requiero un momento a solas con ella," dijo Thomas, su voz llena de urgencia protectora.

"¿Y cuánto durará este momento?" preguntó Julia.

"Tanto como sea necesario," dijo Emma, interviniendo, y dando a Thomas y Rebecca un gesto de aprobación.

"Emma, no puedes estar de acuerdo..."

"Si Rebecca y Thomas requieren un momento, o más, a solas, entonces que así sea," dijo Emma.

"Pero no tenemos tiempo que perder, Emma. Una boda requiere mucha planificación,

especialmente una que debe ser memorable. Es el último hijo Melton en casarse."

"Julia, yo misma planeé y ejecuté meticulosamente una boda perfecta en solo tres días. Creo que seremos perfectamente capaces de hacer lo mismo. Somos tres esta vez."

Julia frunció los labios y asintió.

Thomas murmuró un agradecido "gracias, hermana" a Emma, quien correspondió soplando un beso hacia ellos, dándoles permiso para salir del salón.

Thomas llevó a Rebecca corriendo hacia la puerta principal y tan pronto como salieron, el aire fresco inmediatamente le hizo sentirse mejor. Rebecca también lucía mucho más compuesta, con el color regresando a sus mejillas anteriormente pálidas.

"Siento que debo disculparme," dijo mientras se volvía hacia ella.

Su mano estaba presionada bajo su busto, respirando lenta y profundamente. "¿Por qué te disculparías?"

"Las esposas de mis hermanos... tienen la tendencia a ser bastante enérgicas a veces."

"¿Así es como lo llamarías?"

Thomas sonrió y ladeó la cabeza. "¿Y cómo lo llamarías tú?"

"Demasiado entusiastas, tal vez. 'Enérgicas' apenas es suficiente, en mi opinión," dijo ella.

"De hecho. Solo estaba intentando ser amable y no ponerlas en una luz despectiva."

"No creo que eso sea posible. Todas son encantadoras."

"Definitivamente eres parte de la familia. A mis ojos, siempre lo has sido. Desde el momento en que te conocí, en realidad."

Rebeca entrecerró los ojos y cruzó los brazos. "Thomas, realmente debería darme la oportunidad de terminar mis palabras. Sus interrupciones no son nada caballerosas."

"Mis disculpas más sinceras, mi encantadora Rebeca," dijo Thomas con una sonrisa y extendió la mano. "¿Consideraría quizás perdonarme por mis modales brutos al acompañarme en mi carruaje?"

"¿Y cómo me convencería un paseo en carruaje para perdonarlo?" preguntó ella.

"Ah, pero no recuerdo haber dicho que iremos en carruaje," respondió él.

Rebeca ladeó la cabeza y miró brevemente su mano extendida. Una sensación de alegría estalló dentro de él cuando los ojos de Rebeca brillaron, y se emocionó ante la perspectiva de estar a solas en un carruaje apartado con su hermosa mujer.

"Muy bien," dijo Rebeca y puso su mano en la suya.

Mientras se dirigían al carruaje, Thomas la miró. "¿Qué era lo que deseaba decir antes de que la interrumpiera tan groseramente, mi querida?"

"Ah, sí. Las damas me tratan como si ya fuera una Melton, parte de una familia con alta nobleza. Nunca en mi vida imaginé que una duquesa y dos damas quisieran pasar su tiempo conmigo."

"No sé cómo es ser una lady, pero ni por un momento piense que alguna vez ha sido insignificante. Lo que sí debe recordar es que es importante para todas las personas que importan. Y el resto no," dijo Thomas, desde el fondo de su corazón.

"Realmente es el hombre más maravilloso del mundo, Thomas. Y aunque esto suene ridículo e insensible, ciertamente me alegra que haya entrado en la habitación de mi padre ensangrentado y herido."

Thomas sonrió y asintió. "A pesar de las circunstancias, yo también."

Él atrajo a Rebeca hacia su abrazo y envolvió sus brazos tiernamente alrededor de su cintura. Se inclinó y sus labios se encontraron en un suave beso. Sensaciones de amor y felicidad intensa burbujearon dentro de él.

Estaba seguro de que nunca se sentiría de esta manera por nadie más, y Rebeca Morton era la única mujer que deseaba tener a su lado por el resto de sus días.

Sus labios se separaron lentamente, y Thomas dijo en un susurro: “Permítame llevarla a casa primero. Creo que hay algo que deseo discutir con su padre. Si eso le parece bien, mi querida. Y estoy seguro de que le gustaría verla, asegurándose de que está a salvo con sus propios ojos.”

Rebeca asintió en silencio, sus ojos brillando a la luz de la luna mientras caminaban tomados del brazo hacia el carruaje que los esperaba.

“Y prometo venir por usted mañana para un picnic y tal vez un paseo en bote por el lago. Si le complace, por supuesto.”

“En efecto, me complace mucho,” dijo ella. “Me complace mucho.”



Capítulo treinta y dos

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa de los Morton, Rebecca y Thomas bajaron silenciosamente y se dirigieron hacia la puerta principal. Había sido un viaje en carruaje en silencio, pero las palabras no eran necesarias.

Ahora, simplemente tenían que contarle a su padre lo que habían decidido. Rebecca esperaba que al discutir el asunto con su padre y con Thomas presente también, se aclarara el ambiente y se resolvieran cualquier malentendido entre ellos.

Rebecca también era consciente de la naturaleza terca de su padre, pero esperaba que fuera razonable al escuchar lo que tenían que decir.

Rebecca entró en su hogar, con la cabeza en alto, seguida de cerca por Thomas. Rebecca miró hacia el salón, donde había visto por última vez a su padre, pero ya no estaba allí.

“Señorita Rebecca.”

Rebecca se volvió y una sonrisa se formó en sus labios al ver a Connie acercarse con los brazos abiertos. La criada abrazó a Rebecca con amor, como una madre abrazaría a una hija. En cierto modo, Connie había sido una figura materna para ella después de que su madre falleciera, y estaba realmente agradecida de tenerla a su lado. Connie la había defendido muchas veces, la había apoyado cuando los tiempos eran más difíciles de lo habitual, y le había proporcionado a Rebecca un hombro en el que llorar cuando la añoranza por su madre se volvía abrumadora.

“Mi querida Rebecca, gracias a Dios que estás a salvo.”

“Así es. Estoy agradecida por tu preocupación,” dijo Rebecca con una sonrisa. “Debo disculparme por hacerte preocupar.”

“Lo entiendo, pero tu padre puede necesitar un poco más de convicción,” dijo Connie. “Está en su estudio.”

“Gracias, Connie.”

Rebecca se dirigió cuidadosamente por el pasillo hacia el estudio, y aunque su corazón latía con fuerza en su pecho, se sentía más segura con Thomas a su lado.

Su padre estaba dentro, sosteniendo un vaso medio lleno de whisky. Se giró hacia la puerta y los miró a ella y a Thomas por un momento. Rebecca notó el ceño fruncido en su rostro, así como el periódico que descansaba sobre el escritorio.

“Padre,” le dijo ella.

El doctor Morton corrió hacia su lado y la abrazó, lo que fue una sorpresa. Había esperado que su padre le gritara y la reprendiera por ser irresponsable y descuidada al desaparecer con su caballo y regresar después del anochecer.

“No puedo decirte cuánto me he preocupado,” dijo él y la miró con culpa y alivio.

“Lo siento mucho, padre. No debería haberme ido tan abruptamente y haberme puesto en peligro. Estaba molesta porque me excluiste mientras tú y Thomas discutían nuestros planes de matrimonio, pero también porque ni siquiera me preguntaste lo que quería,” dijo Rebecca y se apartó de su padre.

"¿Qué es lo que quieres, querida?" preguntó de repente el doctor y colocó el vaso en la mesa junto a él. "Dime y te daré lo que sea."

"Deseo ser considerada en las decisiones que afectan mi vida. Deseo no ser excluida de esas decisiones porque soy mujer. También deseo que se me consulte mi opinión y se tengan en cuenta mis deseos. Soy un ser humano, no un premio por el que pelear. ¿Está claro?"

"Tanto como los cielos en una tarde de julio, querida."

"Perfecto," dijo Rebecca y miró expectante a su nuevo prometido. "Thomas desea decir algo."

Thomas cambió su peso y aclaró su garganta. "Así es, doctor Morton."

Su padre frunció el ceño, pero miró a Thomas con calma.

"Doctor Morton, Rebecca y yo tuvimos una conversación sobre los arreglos matrimoniales, y me di cuenta de que la forma en que los estaba discutiendo con usted, y no con ella, estaba equivocada. Casarnos únicamente para salvar su reputación del escarnio no me pareció correcto, ya que su hija merece ser feliz. Merece estar en un matrimonio donde sea tratada con amor y respeto, donde sea cuidada y apoyada en todo lo que desee intentar y lograr. Merece a alguien que tenga sus mejores intereses en el corazón y que, por supuesto, la ame por lo que es, en lugar de intentar reparar una reputación arruinada."

"Ciertamente. Mi hija merece lo mejor," dijo el doctor Morton. "Y no puedo creer que vaya a pronunciar estas palabras, pero parece que es de hecho esa persona."

"¿Padre?" preguntó Rebecca, sintiendo que su corazón empezaba a palpar en su pecho. ¿Había comprendido que Thomas era realmente la persona adecuada para ella?

"He visto cómo la mira, y cómo ella lo mira a usted. La suavidad en sus ojos cuando se menciona su nombre, y cómo se ofreció a casarse con ella para salvarla del ridículo. No muchos hombres harían eso por una mujer a la que no han conocido mucho. A pesar del daño a la reputación de mi hija causado no solo por usted, sino también por ella misma, creo que su oferta provino de un lugar puro y genuino."

"En efecto," dijo Thomas. "Todavía deseo casarme con su hija, pero hay otra razón que me gustaría añadir."

"¿Y cuál es?" preguntó el doctor.

"Estoy enamorado de Rebecca. Entiendo que su impresión de mí no es como yo preferiría que fuera, pero haré lo que sea necesario para cambiar esa impresión. Soy un buen hombre que puede proveer para su hija. Compartimos los mismos intereses y somos mucho más parecidos de lo que había soñado que era posible. Su hija es una mujer joven maravillosa y cautivadora, y su influencia en mí me ha convertido en un hombre mejor. Ella me ha enseñado amor y consideración, paciencia y aceptación. Lo más importante, me ha enseñado que no se debe huir de los sentimientos, sino abrazarlos y nutrirlos," dijo Thomas, y sonrió a Rebecca. "Ella es excepcional, y nada significaría más para mí que recibir su bendición para nuestro matrimonio."

Su corazón revoloteaba en su pecho por las palabras que Thomas pronunciaba, y el amor que sentía por él crecía con cada momento que pasaba. Él la amaba y la aceptaba tal como era, y eso era todo lo que ella había querido en un esposo.

"Pido su bendición para nuestro matrimonio hoy, ya que deseo obtener una licencia especial para casarme con su hija. No por deber, ni porque sienta culpa por lo que he hecho. Deseo casarme con ella porque la amo, y pasar un día más separado de ella de lo necesario sería mi perdición," dijo Thomas.

El doctor Morton se volvió hacia su hija y levantó las cejas expectantemente. "Mi hija, ¿también amas a Thomas y es este tu deseo? ¿Casarte con él?"

"De hecho, lo amo, padre. Más que cualquier cosa en este mundo," respondió Rebecca sinceramente. "Incluso más que lo que amo pintar. Tanto como tú amabas a madre."

Para su sorpresa, una lágrima rodó por la mejilla de su padre, pero rápidamente la apartó. "Aunque estoy convencido de que eso no es posible, porque seguiré amando a tu madre por el resto de mis días, tu respuesta es la confirmación de lo que necesitaba escuchar," dijo y volvió a mirar a Thomas.

"Es un placer absoluto concederle permiso para casarse con mi hija, Thomas. Sé que la tratará bien."

"Claro que lo haré, doctor Morton. Siempre," dijo Thomas, sonriéndole.

La sonrisa de Thomas le calentó el corazón y no pudo contener las lágrimas de felicidad que se derramaron sobre sus mejillas.

La vida que nunca se había atrevido a soñar para sí misma, la de un esposo amoroso y un hogar propio, realmente se estaba haciendo realidad.



Epílogo

El salón de baile elegantemente decorado de Finlay Hall era, de hecho, el lugar perfecto para su íntima boda con Thomas. Habían acordado que no había necesidad de una reunión grande y lujosa con invitados a los que ninguno deseaba tener presente.

Los últimos tres días habían sido difíciles para Rebecca, ya que recibió poca misericordia por parte de los residentes de Weymouth debido al artículo en el periódico. Había recibido miradas de desaprobación y habían hablado de ella en términos vulgares lo suficientemente alto como para que ella escuchara siempre que pasaba.

Thomas, por supuesto, había estado tentado en varias ocasiones de enfrentarse a quienes la miraban de manera despectiva, sin mencionar a aquellos que susurraban sobre ella mientras se cruzaban en las calles. Era muy consciente de que eso no resolvería nada, y posiblemente empeoraría las cosas.

Entonces, simplemente había ignorado los susurros, las miradas y las palabras que le dirigían. Al menos en público. En la privacidad de su hogar, él había enjugado muchas lágrimas de sus mejillas mientras ella sollozaba y revelaba su tristeza a Thomas, donde no había nadie más que los dos.

Thomas le había dicho que había escrito una carta contundente al editor del periódico, con el consejo y las directrices de su hermano abogado, Robert, quien supervisaría cualquier acción que se pudiera tomar con respecto a la situación.

El editor, a cambio, publicó una carta de disculpa detallada no solo hacia el Doctor Morton y Rebecca, sino también hacia toda la familia Melton. Por supuesto, el polvo se asentaría pronto, o hasta que se conjurara el próximo escándalo, pero Rebecca estaba contenta con el resultado.



Capítulo treinta y tres

Thomas observaba a su encantadora esposa, vestida con un hermoso vestido blanco adornado con piedras preciosas alrededor del corpiño y el cabello recogido en lo alto de su cabeza.

Ella irradiaba felicidad en su rostro, con los ojos brillantes y la piel radiante, y él sabía que nunca antes había lucido tan hermosa. Le complacía mucho verla brillar de felicidad, y aún le resultaba surrealista pensar que estaba casado con esta maravillosa mujer que había conquistado su corazón tan completamente.

"Enhorabuena una vez más, hermano," dijo James mientras él y Robert se acercaban.

"Rebecca está simplemente espléndida."

"Gracias, hermano," dijo Thomas.

"Rebecca es verdaderamente encantadora," dijo Robert.

"Ella es una Melton ahora. Solo se permiten personas espléndidas en nuestra familia," dijo James con una sonrisa.

Una sonrisa se formó en los labios de Thomas mientras observaba a Rebecca participar en una conversación evidentemente divertida con Emma y Julia. Las tres mujeres se reían y todas parecían genuinamente felices con la compañía de las demás.

"En efecto," dijo Thomas.

"Estás muy callado, Thomas. ¿Por qué es eso?"

"Sin motivo," dijo Thomas y carraspeó mientras se apartaba. "Discúlpeme un momento."

Ignorando las preguntas de sus hermanos sobre a dónde iba, se acercó a Rebecca. Ella se volvió hacia él con una sonrisa feliz.

"Mi querido," le dijo.

"¿Sería posible llevarte a solas?"

"Por supuesto," dijo Rebecca y se excusó.

Thomas la llevó a un espacio apartado en el salón de baile, donde ella se volvió hacia él.

"¿Todo está bien?"

"En efecto, pero esto no era lo que tenía en mente cuando dije que deseaba llevarte a solas," dijo él.

"Oh, querías algo más que un momento," dijo ella.

"Lo que tengo planeado requerirá mucho más tiempo que un momento, mi amor," susurró en su oído.

"Esperaba que dijeras eso," dijo ella con una risita mientras él los sacaba sigilosamente del salón de baile.

La vista de la casa de campo apartada en el paseo marítimo hizo que Rebecca jadease de emoción.

La casa de campo era el escondite secreto de Thomas, donde ni siquiera sus hermanos se atrevían a aventurarse. Estaba apartada de la civilización, como a menudo la describía Thomas, y él había estado allí muchas veces cuando necesitaba aislarse de las presiones de la vida. O

simplemente cuando quería estar solo.

Había hecho que los sirvientes prepararan la casa de campo según sus estrictas especificaciones, ya que deseaba que estuviera perfecta cuando sorprendiera a Rebecca con ella.

"Thomas," dijo ella con un jadeo y entró en la casa de campo.

Aunque era pintoresca y no tan espaciosa ni grandiosa como Finlay Hall, parecía que Rebecca no la encontraba deficiente en absoluto.

"¿Te gusta?" preguntó él mientras cerraba la puerta tras de sí.

"¡No! La adoro," dijo ella.

"Maravilloso. Había esperado que..."

Antes de que Thomas pudiera decir otra palabra, Rebecca rodeó su cintura con los brazos y presionó su cuerpo contra el suyo. Sensaciones de deseo pulsaban a través de él mientras ella lo besaba con ansias. Ella no parecía poder controlarse, y a Thomas no le importaba en absoluto. De hecho, él se sentía exactamente igual.

Desde aquel día en la playa, cuando había visto las curvas de su cuerpo debajo de su vestido empapado, no había podido dejar de pensar en cómo sería su cuerpo y cómo se sentiría su piel desnuda contra la suya.

Finalmente, tenía la oportunidad de averiguarlo.

Thomas levantó a Rebecca del suelo y se dirigió a la cómoda cama en la esquina de la cabaña. La acostó sobre la colcha, y ella agarró la parte delantera de su camisa, instándolo a acercarse.

Él cayó sobre la cama con ella y sus manos rápidamente encontraron el frente de sus pantalones. La emoción y la anticipación habían crecido dentro de él, y su pene estaba duro como una roca y listo para ella. Por un momento sintió un ligero temblor en su labio inferior y una mirada preocupada en sus ojos, pero al sostener su barbilla, inclinando su cabeza para que lo mirara directamente, le aseguró silenciosamente que todo estaría bien.

Más que bien, quizás.

Su respiración comenzó a agitarse mientras Thomas levantaba las faldas de su vestido, revelando sus piernas perfectas, con una piel suave como la seda. Para su sorpresa, descubrió que no llevaba ropa interior y su deseo aumentó inmediatamente diez veces. La miró con una sonrisa pícara. "Bueno, bueno, pequeña esposa," murmuró.

Rebecca rio y encogió los hombros. "Ahora estamos casados."

"En efecto lo estamos. Realmente soy el hombre más afortunado del mundo," dijo en un susurro.

Un gemido escapó de su boca cuando Thomas frotó lentamente sus dedos contra la suave piel de su entrepierna y, para su deleite, sintió su deseo por él en un torrente de calor húmedo. La besó lentamente mientras usaba sus dedos para explorar su humedad, haciéndola gritar contra su boca. Quería que estuviera tan lista para él como pudiera, así que se tomó su tiempo deslizando sus dedos dentro de ella, estirándola y tentando su botón de placer.

"Thomas..." Sollozó contra su boca, moviendo sus caderas contra su mano. "No sabía..." Se arqueó hacia él de nuevo. "No sabía que podía ser así. Tan... bueno..."

Thomas sonrió contra su boca, luego se alejó para quitarse los pantalones, revelando su pene. Sus ojos se abrieron de par en par mientras lo miraba, pero no se alejó.

Él volvió a la cama y se deslizó entre sus muslos sedosos. Alineó su pene con su cuerpo acogedor, y cuando ella levantó las piernas para envolverlas alrededor de sus muslos, lentamente se introdujo en ella.

Rebecca agarró un puñado de sábanas y arqueó la espalda.

"¿Estás bien?" preguntó, preocupado por el dolor que podría haberle causado.

"Bésame," instó en un jadeo sin aliento y Thomas presionó sus labios contra los suyos, deslizando su lengua para probar su boca.

Movió sus caderas, deslizando su pene más profundamente dentro de ella, acelerando gradualmente su ritmo a medida que su cuerpo se estiraba para acomodarlo.

Estar dentro de ella era aún más perfecto de lo que había imaginado, y escuchar sus sonidos de éxtasis era verdaderamente música para sus oídos.

Su espalda se arqueó una vez más y un fuerte gemido escapó de su garganta, con su respiración entrecortada. El placer de Thomas se disparó y sus embestidas se volvieron más duras y rápidas hasta que finalmente explotó y eyaculó su semilla dentro de su hermosa esposa. Gimió fuertemente contra los labios de Rebecca mientras lo hacía, y finalmente se desplomó junto a ella.

Su respiración entrecortada pronto se convirtió en risas de diversión cuando sus miradas se encontraron, y Rebecca se giró hacia un lado.

"Te prometo que la próxima vez durará más," dijo Thomas con una mueca.

"No es la duración lo que me importa, Thomas. Es estar contigo y ver que te complazco. Prometo amarte siempre."

"Me complaces mucho, mi más querida. Y prometo amarte por el resto de mis días, Rebecca," dijo Thomas, su voz apenas un susurro.

Él extendió la mano hacia ella y presionó sus labios contra los suyos una vez más. Después de todo, estaban casados, lo que significaba que podía pasar todos los días pintando junto a ella, examinando sus criaturas marinas y admirando a la maravillosa mujer que era su esposa. Y cada noche, podía abrazarla en sus brazos y mostrarle cuánto la deseaba y amaba. Ella era suya, en todos los sentidos, así como él era completamente suyo.



Fin

EL ÚLTIMO LIBRO DE la serie Los Hermanos del Duque ya está disponible. Puedes comprarlo: [AQUÍ](#)

O sigue leyendo para echar un vistazo a 'Lord Melton y su Duquesa'.



Capítulo Primero

Los rayos del sol de la mañana temprana se filtraban a través de la ventana de la casa de la ciudad de Londres, proyectando una corriente de luz brillante en el suelo junto a los pies de Charles. Nada más que silencio resonaba en la casa a su alrededor.

Como Duque de Waign, normalmente había un ambiente bastante animado cuando estaba en su residencia en el campo. Sus dos hijas mayores, de nueve y seis años respectivamente, eran un dúo animado que poseía una energía aparentemente ilimitada. Sus risitas podían escucharse desde las primeras horas de la mañana hasta mucho después de que el sol se pusiera en el cielo.

Charles se consideraba afortunado de estar bendecido con sus hijas, de las cuales ahora tenía tres. La más joven aún era un bebé, apenas caminando, y aunque había deseado un hijo varón para heredar su título de duque algún día, ciertamente no cambiaría a sus hijas por un heredero masculino.

Tenía hermanos de sobra para eso.

Charles frunció los labios. En lugar de disfrutar del tranquilo entorno de su hogar en Londres, se sentía molesto. Por qué, no estaba seguro, ya que había tenido una agradable noche de sueño, sin interrupciones.

Su esposa, Emma, y sus tres hijas aún estaban en Finlay Hall, su finca en el campo, junto con su hermano menor y su esposa. Charles había regresado a Londres, solo.

Él era miembro de la Cámara de los Lores y, como tal, debía hacer una aparición en la primera reunión del comité de la sesión. Por supuesto, extrañaba la presencia de su esposa e hijos, pero se unirían a él de nuevo en la casa de la ciudad en su momento.

Charles alcanzó su taza de té y dio un sorbo. Estaba frío. El sabor repugnante lo hizo vomitar. Escupió el líquido vil de vuelta en la taza y llamó a su criada.

"¿Estás tratando de envenenarme, Constance?" exigió.

"¿Qué quiere decir, Su Gracia?"

"Este té es espantoso," dijo.

Sus ojos se abrieron con sorpresa. "Mis más sinceras disculpas, Su Gracia. ¿Debo prepararle otro?"

"No, ya estoy atrasado," dijo, mirando el alto reloj de pie de madera en el rincón del salón. Se puso de pie, echando la servilleta en la mesa con enojo, y salió de la habitación, sus pasos fuertes resonando por el pasillo.

"Su Gracia, antes de que se vaya. Una carta muy importante..."

"Constance, ciertamente no tengo tiempo para eso ahora. Si la correspondencia es tan crítica como dices, deberías haberme llamado la atención de inmediato."

"Acaba de llegar..."

"Le daré atención más tarde," insistió Charles, y le dio a su criada un gesto de despedida mientras salía de la casa de la ciudad.

No podía identificar exactamente por qué se sentía tan fuera de lugar. Tenía que ver con el

estado de su matrimonio, pero más allá de ese pensamiento, no quería aventurarse demasiado. Así que, en cambio, reconoció para sí mismo que los que estaban a su alrededor sufrían por su estado de ánimo. Tendría que intentar controlarse un poco mejor.

Pisó el pavimento y se dirigió hacia su carruaje, que ya lo esperaba en la calle. Cuando el conductor abrió la puerta, Charles subió rápidamente y con un tono firme e impaciente, ordenó al hombre que se diera prisa.

Sus alrededores se desdibujaron a su alrededor mientras el carruaje aceleraba, llevándolo al Palacio de Westminster. Pasaron junto a la Abadía de Westminster, y Charles inhaló profundamente. Ya no podía ignorar la oscura nube de agitación que se había posado sobre su hombro.

No tenía tiempo ni energía para reflexionar sobre el sentimiento, pero ignorarlo se estaba volviendo cada vez más imposible.

Miró hacia arriba cuando su carruaje se detuvo. Varios miembros estaban afuera del Palacio de Westminster, disfrutando del aire fresco de la mañana, y aunque Charles normalmente se uniría a sus conversaciones, esta mañana se disculpó y siguió caminando.

Su estado de ánimo estaba demasiado agitado como para probarlo con conversaciones inútiles. Entró al gran edificio, saludando a otros miembros parlamentarios con un gesto de reconocimiento.

Una vez que la sala comenzó a llenarse con otros miembros de la Cámara de los Lores, Charles tomó asiento y miró fijamente sus manos, que descansaban en su regazo. Deseaba que este estado de ánimo que tenía se disipara, pero no estaba seguro de cómo librarse de sus garras.

La agenda de la sesión de ese día era bastante sencilla, ya que la Revolución Francesa y las subsiguientes guerras con Francia que habían terminado una década antes habían enfriado el creciente clamor por la reforma. Cualquiera que la criticara era marginado o silenciado, y eran considerados como patriotas en el mejor de los casos, o peligrosos revolucionarios en el peor. Por supuesto, una delgada minoría reconocía que se requería algún grado de cambio para evitar una revolución.

El Duque de Wellington, a quien Charles conocía personalmente, al igual que toda la Cámara de los Lores, seguían en desacuerdo firme sobre la idea de una reforma.

Criado en un hogar con solo hermanos y una figura autoritaria y fuerte como padre, Charles había estado de acuerdo previamente con la Cámara de los Lores en oponerse a cualquier forma de cambio.

Después de casarse con Emma, había visto un lado diferente de lo que una dama era capaz de hacer. No solo era bondadosa y amorosa, cuidando de él y de sus hijos, también era inteligente, poderosa y un modelo a seguir fuerte para sus hijas, que ya estaban creciendo para ser independientes. Aunque ese pensamiento podría ser inquietante para la mayoría de los hombres, a Charles no le importaba reconocer lo inteligente que era su esposa.

A menudo buscaba sus opiniones sobre asuntos que se habían discutido durante las reuniones del comité, y valoraba su opinión en el más alto grado. Por supuesto, nunca podría darle crédito por las ideas y opiniones que le brindaba, sin importar cuán buenas fueran.

Charles seguía sumido en sus pensamientos mientras las discusiones ocurrían a su alrededor. "¿Su Gracia?"

El sonido crujiente de una silla junto a él hizo que Charles volviera al presente y enfocara su atención en su situación actual. Toda la habitación estaba en silencio, y se encontró con más de treinta pares de ojos que lo miraban expectantes. Apartó la mirada de todos ellos y solo miró a Lord Barry, uno de los pocos miembros mayores que tenía la palabra.

"Pareces ser el único en las cámaras que no dijo una sola palabra o contribuyó en absoluto," dijo Lord Barry, caminando lentamente en evidente molestia.

Como Charles no tenía idea de lo que se había discutido, no tenía forma de contribuir.

Inclinó la cabeza. "No tengo nada que decir, y si me permite citar a mi difunta madre, *si no tienes nada positivo en qué contribuir, no contribuyas en absoluto.*"

A menos que esa persona fuera ella misma. Su madre, a quien perdieron por enfermedad poco después de que Thomas se casara el verano pasado, nunca fue una que se guardara una opinión.

Lord Barry miró fijamente a Charles, luego negó con la cabeza. "¿Desde cuándo? Eres un hombre con opiniones, y no es normal en ti simplemente quedarte en silencio."

Charles frunció los labios y se puso de pie. "No siento la necesidad de explicarme a ti. O a nadie aquí."

"No se dirigirá ni a mí ni a nadie aquí en la Cámara de los Lores con un tono tan irrespetuoso, independientemente de su título, Lord Melton. Por favor, siéntase libre de irse," dijo Lord Barry. "Y quizás no regrese hasta que esté listo para participar de manera significativa."

El hombre tenía un punto, pero su actitud simplemente añadió a la ira de Charles. Sin dudarlo un momento, se alejó de su silla y salió de las cámaras. Era muy consciente de las repercusiones de su acción, pero también era consciente de que las repercusiones serían mucho más severas si se quedaba, especialmente dado su mal humor.

No estaba seguro de poder controlar su lengua desbocada, si alguien lo empujaba demasiado lejos.

Irse era ciertamente el mal menor, y la mejor decisión posible que podía tomar en las circunstancias actuales.



AUNQUE EL VERANO HABÍA terminado hace algunas semanas, el clima aún era encantador y bastante templado, deleitando mucho a Emma. Disfrutaba del calor de la temporada y de estar al aire libre.

Una mariposa revoloteó mientras ella mantenía la mirada en sus dos hijas mayores jugando en la exuberante hierba verde del prado donde hacían un picnic.

"Catherine, Sarah, tengan cuidado cerca del agua," llamó Emma, advirtiendo suavemente a sus hijas que tuvieran especial cuidado en el borde del lago.

Aunque las dos niñas eran nadadoras habilidosas, no deseaba que cayeran al agua.

"Estamos teniendo cuidado, Mamá," gritó Catherine, agarrando la mano de su hermana menor.

Emma sonrió y se volvió hacia sus dos cuñadas, Rebecca y Abigail, que estaban sentadas con ella.

Desafortunadamente, Julia y Robert ya habían regresado a Londres antes de lo esperado, debido al trabajo de Robert como abogado. Fue triste ver partir a Julia, pero Emma disfrutaba del hecho de que ahora tenía tres hermanas. Así que, incluso sin la encantadora presencia de Julia aquí, aún tenía a dos compañeras deliciosas para hacerle compañía.

"¿Te sientes bien, Rebecca?" preguntó Emma.

Aunque las tres mujeres estaban cómodamente sentadas en una suave alfombra sobre la hierba, con una hermosa vista del lago detrás de Finlay Hall, Rebecca no parecía tan cómoda como lo había estado hace unos minutos.

Rebecca puso su mano sobre su vientre hinchado y suspiró. “No tan bien como desearía, pero estoy bastante bien.”

“Solo faltan unos meses más,” dijo Emma, tratando de tranquilizar a la madre primeriza. “Recuerdo estar bastante incómoda con Sarah también, pero solo porque era una pequeña animada.”

“Y parece que sigue siendo así,” dijo Abigail con una risita, mirando significativamente a las niñas corriendo sobre la hierba.

“En efecto,” dijo Emma. “Tuve terribles cambios de humor con Lilly también.”

“Como yo con los mellizos,” dijo Abigail. “Aunque solo puedo imaginar que fue porque tenía a un niño y a una niña en mi vientre. ¡Imagino que competían por el espacio! ¡Tan competitivos!”

“Todavía no puedo creer que hayas dado a luz a dos bebés al mismo tiempo. Un verdadero milagro,” dijo Emma, y miró a Rebecca, quien parecía cada vez más cansada mientras hablaban. “No te preocupes. Uno es mucho más fácil.”

Una sonrisa asomó en los labios de Rebecca. “Incluso uno es bastante desalentador, debo admitirlo. Como este es mi primer hijo, me siento fuera de lugar y llena de dudas. ¿Seré una buena madre? ¿Todo estará bien?”

“Por supuesto que sí,” dijo Abigail, y ella y Emma pusieron sus manos reconfortantemente sobre las de Rebecca.

“¿Les gustaría un refrigerio señoras?” preguntó una voz desde detrás de ellas.

“Joseph,” dijo Emma mientras miraba hacia arriba y se protegía los ojos del brillante sol con su mano.

¿Qué hacía él aquí?

Joseph, el Conde de Lundham, era primo de Charles y residía en Londres, a poca distancia de la casa familiar Melton. Emma siempre se aseguraba de que fuera invitado a la mayoría de las actividades familiares, aunque rara vez asistía. Era un hombre muy sociable, unos años más joven que Charles, pero muy diferente de su esposo en temperamento, en muchos aspectos.

Donde Charles era bastante excéntrico y buscaba la perfección en cada paso que daba, Joseph era mucho más relajado. Su personalidad le recordaba a la de Thomas, pero sin el intenso interés de su cuñado en fósiles y antigüedades.

Joseph estaba mucho más interesado en su colección de rifles y, por supuesto, en su otro pasatiempo: las mujeres.

A lo largo de su noviazgo y matrimonio con Charles, Joseph siempre había mostrado un interés inusual en Emma. Un interés con el que no se sentía cómoda.

Por supuesto, Joseph estaba muy consciente de que ella estaba casada con su primo, de hecho, lo había estado durante varios años ya. Pero eso ciertamente no detenía a Joseph de prestarle más atención de la que era necesaria, o incluso apropiada.

Como la mayoría de los hombres en la familia Melton, Joseph era muy encantador y guapo. Pero eso no cambiaba el hecho de que Emma era la esposa de Charles y la madre de sus tres hijas. No estaba encantadoramente feliz, pero en general, estaba contenta con su vida.

No estar delirantemente feliz en su matrimonio no era excusa para recibir o invitar la atención de otro hombre.

Emma había sido criada desde su nacimiento para ser una duquesa y le habían enseñado a ser educada, siempre. Por lo tanto, le resultaba difícil decirle directamente que la dejara en paz, aunque deseaba tener el coraje para hacerlo.

Sin embargo, eso no era posible sin sonar grosera y ofender a la familia de Charles.

Ya había suficiente fricción entre ella y su esposo como para empeorar las cosas.

Joseph sostenía tres vasos en una bandeja y Abigail y Rebecca los aceptaron educadamente.

"Y uno para ti, querida Emma," dijo Joseph.

"Gracias, aunque no era necesario," dijo Emma, tomando el vaso de él.

"Tonterías. En ausencia de mi primo, no me importa atender tus necesidades," dijo Joseph, y el doble sentido no pasó desapercibido para nadie.

Abigail y Rebecca intercambiaron miradas, parpadeando un poco como si no estuvieran seguras de qué decir o hacer. Emma carraspeó. "Por supuesto."

"¿Puedo unirme a ustedes, señoritas?" preguntó.

"Si la mención del parto y los síntomas del embarazo no te causa ninguna angustia, eres más que bienvenido," dijo Rebecca con un asentimiento rígido.

Para alivio de Emma, observó cómo el rostro de Joseph palidecía y tragaba de forma conspicua. "Quizás en otro momento," dijo y se alejó silenciosamente.

Rebecca comenzó a reír y sacudió la cabeza. "Es ciertamente una buena cosa que las mujeres sean las que dan a luz a los bebés."

"¿Viste su rostro?" Abigail preguntó entre risas. "Pobre hombre."

Emma frunció los labios y sacudió la cabeza, sin decir una palabra.

"¿Estás bien, Emma?" preguntó Rebecca.

"Estoy perfectamente bien. Es solo..." No estaba segura de cómo explicar la situación.

"¿Joseph?" Abigail preguntó, aparentemente más perspicaz de lo que Emma le había dado crédito. "Te ves inquieta cuando él está cerca."

Suspiró, queriendo confiar en sus amigas más cercanas. "En honestidad, me siento muy incómoda en la presencia de ese hombre."

"¿Es por las cosas que dice, que todos hemos notado a veces pueden ser de mal gusto?"

Los ojos de Emma se abrieron y miró a Rebecca. "¿Todos lo han notado? ¿Entonces no soy solo yo?"

"Parece estar bastante decidido a captar tu atención," dijo Abigail. "No creo que sea algo por lo que debas preocuparte. ¿O sí?"

"No estoy segura, pero estoy menos que cómoda a su alrededor. Charles seguramente tendría muchas palabras si supiera hasta qué punto su primo está atendiendo mis... necesidades," dijo Emma. Sus mejillas se calentaron en la última palabra. No lo había dicho como sonó, pero afortunadamente, Abigail y Rebecca parecían entender.

"Si te angustia, tal vez Charles debería saberlo. Podría hablar con Joseph," sugirió Rebecca.

Emma negó con la cabeza. "Todos somos conscientes de cómo Charles tiende a exagerar las cosas. No quiero molestarlo por cosas triviales."

"Tu comodidad y seguridad no son triviales, Emma," frunció el ceño Rebecca.

Emma suspiró. Realmente deseaba abordar el tema del interés de Joseph en ella, pero no estaba segura con quién debería hablar. Después de todo, Charles era su esposo y la había apoyado durante todo su matrimonio.

Pero su mayor defecto era su incapacidad para reconocer sus sentimientos. No consideraba sus emociones cuando hablaba de ciertas cosas, y ella le había señalado ese hecho en más de una ocasión. De hecho, su falta de consideración hacia los sentimientos de Emma era una de las principales causas de tensión en su matrimonio.

"Hablaré con Charles cuando regrese de su viaje de negocios en Londres. No deseo molestarlo al punto de que sienta que debe regresar a casa antes de lo planeado, y unos días más no harán mucha diferencia en la situación."

¿O sí?

Emma esperaba tener razón, pero tenía un presentimiento de que, tal vez, las cosas estaban escalando a un ritmo más rápido de lo que había anticipado.

Descargar: [AQUÍ](#)